

# EL MADRID TAURINO DE GOYA

José Julio García

### **Autor**

José Julio García Sánchez

Madrileño, madrileña, Licenciado en Derecho y Periodismo, en 1953 publica su primer artículo en la revista *Torerías*, posteriormente colabora en la redacción de Cadena Rato, Televisión Española, Radio España de Madrid, Gabinete de Prensa de Presidencia del Gobierno, *Los Sabios del Correo*, y cuando este libro esté publicado, ya será *Escalera del Éxito* 103.

### **Edición**

*Los Sabios del Correo*

### **Diseño y Maquetación**

Imagen Beta, S. L.

Dayo 2000, S. L.

MonoComp, S. A.

### **Impresión**

Edigrafos, S. A.

Volta, 2. Polígono Industrial San Marcos

28906 GETAFE (Madrid)

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad, ni parte de esta publicación puede reproducirse, registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electroóptico, por fotocopia, escaneado o grabación o cualquier otro, sin permiso previo por escrito del editor.

EL MADRID TAURINO DE GOYA

© *Los Sabios del Correo* – Agrup. A. A. Teletrofeo, S. L.

Cartagena, 47 - 28028 Madrid

Tel.: 91 725 80 26 / Fax: 91 725 80 45

e-mail: [teletrofeo@imagenbeta.com](mailto:teletrofeo@imagenbeta.com)

[www.sabiosdeltoreo.com](http://www.sabiosdeltoreo.com)

© José Julio García Sánchez

Rueza, 38 - 2.º C

28011 Madrid

Tel.: 91 479 66 15

Depósito legal: M. 49.692-2004

## JUSTIFICACIÓN DE TIRADA

De esta edición de EL MADRID TAURINO DE GOYA, se han impreso  
QUINIENTOS EJEMPLARES, sobre papel offset ahuesado edición de 90 gr.

**450 Ejemplares** nominados y numerados, para los «**amigos de la cultura**».

**25 Ejemplares** numerados en números romanos del **I al XXV**, destinados al autor.

**15 Ejemplares** numerados en números romanos del **XXVI al XL**, destinados al editor.

**10 Ejemplares** destinados a Organismos Oficiales y a la Biblioteca Nacional marcados B. N.

EJEMPLAR NÚMERO .....

De don .....



*A Laly, mi esposa,  
tan abundante en dulzura  
y comprensión*



# Índice

|   |     |
|---|-----|
| Prólogo.....  | 9   |
| Introducción.....                                       | 11  |
| El toreo en los comienzos del siglo XVIII.....          | 13  |
| El toreo alcanza su mayoría de edad .....               | 19  |
| Primera plaza de toros en Madrid .....                  | 23  |
| Fernando VI sube al trono. Nace Francisco de Goya ..... | 27  |
| La plaza de toros de la Puerta de Alcalá.....           | 29  |
| El joven Goya llega a Madrid .....                      | 35  |
| Goya de nuevo en Madrid. El motín de Esquilache.....    | 37  |
| Goya en la Real Fábrica de Tapices .....                | 43  |
| Toreros del siglo XVIII .....                           | 49  |
| «Costillares», Pedro Romero y «Pepe-Hillo».....         | 55  |
| Don Paco <i>el de los toros</i> .....                   | 59  |
| Carlos III prohíbe las corridas de toros.....           | 63  |
| Carlos III engrandece Madrid .....                      | 65  |
| Coronación de Carlos IV .....                           | 71  |
| El ambiente del Madrid dieciochesco .....               | 75  |
| Goya y Madrid .....                                     | 81  |
| Textos y normas del toreo .....                         | 87  |
| Godoy favorito, Goya cae enfermo.....                   | 101 |

|   |     |
|---|-----|
| Toreros de finales del siglo XVIII .....                                | 105 |
| Plazas y ganaderías.....  | 111 |
| Una visión de la sociedad de finales del siglo XVIII.....               | 115 |
| Problemas políticos y sociales .....                                    | 121 |
| Cambios políticos, usos y costumbres.....                               | 125 |
| Goya y «Los caprichos» .....  | 129 |
| El toreo al comienzo del siglo XIX .....                                | 131 |
| La muerte de «Pepe-Hillo» .....   | 133 |
| Dos sucesos curiosos .....  | 139 |
| El teatro de Los Caños del Peral.....                                   | 141 |
| Boda real.....  | 143 |
| Goya apenado por la muerte de la duquesa de Alba .....                  | 145 |
| Carlos IV suspende los festejos taurinos .....                          | 149 |
| Fernando VII en el trono .....  | 151 |
| El 2 de mayo .....  | 153 |
| José I, rey intruso. La fiesta sigue.....                               | 161 |
| El conde de Cabarrús y su hija Teresa .....                             | 167 |
| José I y sus amoríos .....  | 171 |
| Goya se queda viudo .....   | 175 |
| La situación invasora se complica .....                                 | 179 |
| Fernando VII vuelve a Madrid.....                                       | 185 |
| Jerónimo José Cándido, Curro Guillén y otros espadas....                | 187 |
| Se regulariza la celebración de corridas de toros.....                  | 199 |
| Goya y su tauromaquia .....   | 205 |
| El trienio liberal .....  | 211 |
| El rey se casa en terceras nupcias .....                                | 213 |
| Siguen los festejos taurinos, aunque con vicisitudes.....               | 217 |
| Goya dona la Quinta del Sordo a su nieto,<br>va a Francia y muere ..... | 225 |
| El gran pintor benefició a Madrid.....                                  | 231 |



# Prólogo

Mi buen amigo, excelente aficionado y escritor, José Julio García, me pide prologue su obra «El Madrid Taurino de Goya». Quisiera decir muchas cosas del mérito que tiene José Julio de escribir obras de asunto vario, entre las que están las de tema taurino. La que referimos es además oportuna, pues nuestra querida Fiesta Nacional, hoy en día, se la defiende poco.

En su obra de «El Madrid Taurino de Goya», se remonta a los comienzos del siglo XVIII. Las primeras plazas de toros de Madrid, los toreros de la época, todos los cambios y costumbres de ese siglo y comienzos del XIX.

Ciertamente es una obra importante que todo buen aficionado debería leer, y quien no lo sea también, por los retazos de historia y costumbrismo que se recogen en sus páginas. Quisiera extender más, pero prefiero ser breve y conciso en esta presentación. Sólo pretendo reflejar con sinceras palabras el buen concepto y consideración de la publicación, al recrearme leyendo sus páginas.

Nuestra extensa bibliografía taurina se ve enriquecida con esta magnífica obra que pasará a engrosar la lista de los ejemplares de obligada consulta.

La dedicación erudita y la cuidada prosa de este libro, sirve de ejemplo de lo que es capaz en sus trabajos José Julio.

Con mi admiración y afecto,

MAURICIO ÁLVAREZ DE BOHORQUES.  
Duque de Gor

# Introducción

En la vida de Francisco de Goya y Lucientes, lo taurino representa una viva y constante afición. Se sabe que de joven toreaba y mantiene, siempre, contacto y amistad con la torería de su tiempo. Es un asiduo a los festejos de toros en Madrid y otras plazas, y se autodenomina o le llaman «Don Paco, el de los To-



La Plaza Mayor, de Madrid, en el siglo XVIII.

ros». En sus pinturas y grabados refleja episodios, lances y suertes de la lidia que ha presenciado. El Madrid taurino de Goya, recoge esta faceta del genial pintor, incrustada en un ambiente vario, multiforme y vivo, de personajes coetáneos de toda índole, desde la realeza a, nobles, intelectuales, artistas, cómicos, toreros, tonadilleras y el pueblo llano... Un mundo lleno de colorido, cortesano y popular, social, castizo, costumbrista, con vigencia de episodios históricos importantes. Un mundo, escenario de la vida de un siglo y comienzo de otro, con ambientes, actitudes y sucesos, que suponen un retazo de la historia de Madrid, de España, y un documento de la simbiosis fundamental de la tauromaquia, el paso definitivo del auge y consolidación del toreo a pie, respecto al toreo a caballo. Más la nómina y efemérides de cuantos con su valor, arte y totería marcaron pautas y perfeccionaron la lidia y sus suertes, base del toreo actual. Toda una exposición del desarrollo y sucesos iniciales, dentro de la tauromaquia, del toreo a pie, y las realidades históricas y sociales paralelas, a través de la biografía de un pintor, español y universal.

# El toreo en los comienzos del siglo XVIII

España entreverada de luz y sueño, a través de su historia, con tiempos de gloria y otros de añoranza o esperanza, alcanza el siglo XVIII, y la Casa de Borbón ocupa el Trono, que había ostentado la Casa de Austria. Al primer rey de la nueva dinastía, Felipe V, no le gusta la Fiesta de los Toros. Hace un esfuerzo ini-



cial, seguramente Felipe de Anjou tiene presente la recomendación de su abuelo, Luis XIV, sobre el deber de convertirse en un buen español, pero nunca logra vencer el rechazo que sintió al presenciar la primera lidia. Esta diversión tan distinta de las que ha visto en Versalles, en la corte del Rey Sol, vanas y frívolas, por las que no experimentaba ninguna atracción, solamente las encontraba civilizadas. Los festejos de toros los encuentra violentos y le resultan insoportables, su desagrado cambió la historia taurina. Hasta ese tiempo, la Fiesta de los Toros ha sido un entretenimiento y ejercicio aristocrático, posible resabio de los antiguos torneos, en los que lucían su valentía y destreza los caballeros. Nadie ha olvidado que Carlos V alanceó un toro para celebrar el nacimiento de su hijo Felipe. La postura antitaurina del Rey condiciona a la nobleza que desdeña el ejercicio del toreo a caballo, que practicaba tradicionalmente y da cumplida atención y lisonja a las nuevas costumbres palaciegas. Al rehusar los nobles su participación activa en las fiestas de toros, florece el toreo a pie, por impulso decidido de las clases populares. Es un momento de transición en la historia de la tauromaquia, en la que el toreo a pie se naturaliza y gana auge. Se fijan sus propias normas y adquiere una fisonomía peculiar que llevará al toreo moderno, después de un largo proceso de pugnas internas y confusión, que en el siglo xx, lo revolucionara Juan Belmonte, sentando cánones, dando autenticidad al parar, templar y mandar, regla de oro del toreo. Confirmó, el llamado «Pasma de Triana», la verdadera forma y arte de lidiar toros iniciada por Pedro Romero.

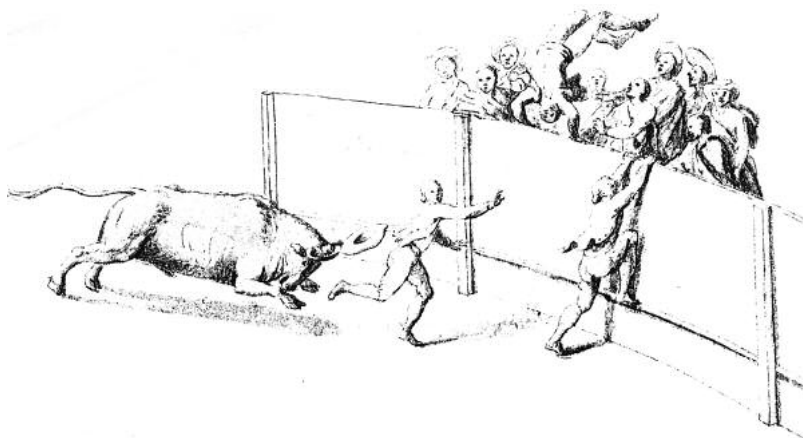
Poco a poco en el conocido por «Siglo de las Luces», comienzan a aparecer bandas irregulares de toreros, aventureros, unidos por el deseo de encontrar un sentido a la vida. Algunos son seres marginales, ladrones, borrachos, ex-presidarios, que se juegan insensatamente la vida, como si no les quedara nada que perder. No tienen ninguna experiencia profesional, ni conocimiento de la lidia, pero les sobra valor. Recorren pueblos y ciudades, se enfrentan a los toros y divierten a los espectadores.

Se crean lances de capa y se origina la suerte de picar con vara larga, por algún tiempo de suma importancia, hasta que

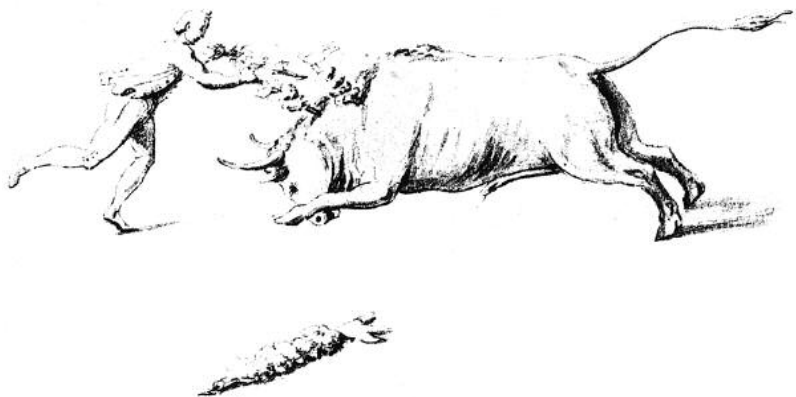
los peones auxiliares de los varilargueros, comienzan a permitirse licencias que jamás hubiesen tenido con los caballeros en plaza.

La intervención de los toreros a pie, va adquiriendo mayor importancia y gustando al público, aunque el prestigio seguía siendo de los varilargueros, herederos de la tradición aristocrática de alancear y rejonear a caballo. La vara de detener todavía es un recuerdo vivo de la lanza de los caballeros en plaza. Además, el varilarguero se diferencia porque tiene un caballo de su propiedad, signo de señorío. En ocasiones desdeña toda paga, conforme al secular desprecio de los hidalgos españoles por tales remuneraciones. De la nómina de estos varilargueros destacan Antonio de las Infantas, Pedro Azcona, Melcón, Tomás Melgarejo y el más famoso de todos José Daza, quién acrecienta su prestigio en las plazas, al escribir un tratado sobre el arte de picar con lanza o vara de detener, bajo el título: «Precisos manejos y progresos», condensados en dos tomos. «El más famoso peculiar del arte de la agricultura, que lo es el toreo, privativo de los españoles».

Consecuentemente al eco popular del toreo a pie, se ordena la lidia de los astados, cuestión que aún tardaría en llegar. Entre los lidiadores más conocidos en esos primeros tiempos, la ma-

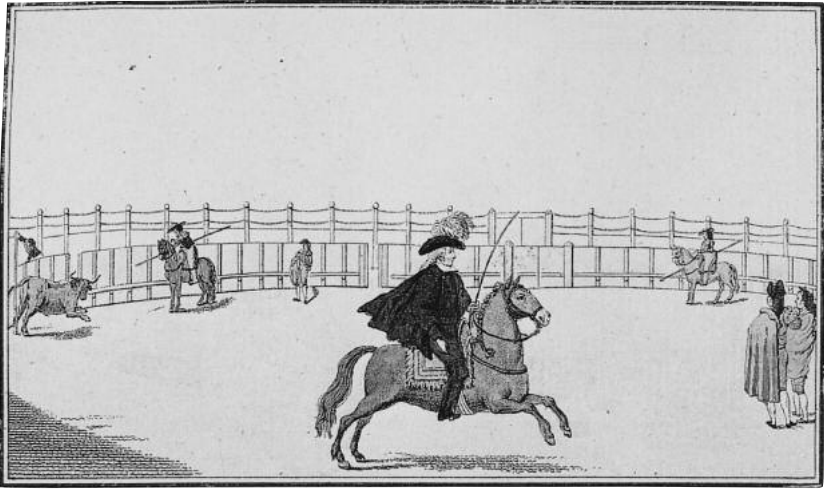


yoría de La Rioja, Navarra y Aragón, auténticos adelantados del actual espectáculo, se conoce a los hermanos Martín y Antonio Ebassun, apodados «Martincho», naturales de Ejea de los Caballeros, y la cuadrilla torera de Calahorra formada por Manuel, Juan, Emeterio, Gaspar y Pascual. Además de Argensorem Solchaga, que gozaba de gran prestigio, pues cobró quince doblones (mil quinientas pesetas) por torear en Madrid, cuando los mejores de su clase, no cobraban más que quince o veinte pesos (setecientas cincuenta pesetas). El más célebre de esa época fue el famoso «Licenciado de Falces». En una «Carta apologética de las funciones de toros», aparecida en el siglo xviii, se relatan las suertes ejecutadas por Bernardo Falces, verdadero nombre, que oculta bajo el seudónimo con que alcanzó la fama, «hizo varias veces rendir al toro sin salir del recinto de un pequeño círculo marcado por él mismo en la arena, sin desembozarse de la capa, salta por encima del cornúpeto poniendo el pie derecho sobre el testuz, cuando humillaba para cornear. Tendido sobre la arena coloca parches de pez o brea, casi hasta cubrir al toro y realiza otras mil atrocidades de valor, que ya no se hacían porque no hay quien sepa, o quien sea capaz de hacerlas. Ese período originario del toreo a pie, se caracteriza por su absoluta anarquía y las temeridades que se realizan. El hombre puesto ante el toro cuando se arranca, no tiene otra



finalidad que librarse de la embestida, ejercitando sus facultades o su habilidad. Correr al toro con rectitud, según la agilidad de sus piernas, burlar la acometida del astado a cuerpo limpio, recortarlo con la capa, arrojar pequeños dardos previstos de arponcillos, clavar banderillas una a una, sin importar en que parte de la anatomía de la res, dar lanzadas colocando una rodilla en tierra y por último acuchillar al toro con una espada, sin sujeción a ninguna regla, utilizando la capa arrollada al brazo izquierdo como defensa, fueron suertes comunes, no sujetas a más orden que el capricho o arrojito de los lidiadores. Los primitivos profesionales del toreo a pie, crean otros lances o audacias, producto de su fantasía, que parecen más espectáculo circense, que taurino. Los saltos sobre el toro con la garrocha y el salto del transcuerno han sobrevivido desde las primeras tauromaquias, no así otras series de ejercicios arriesgados, que parecen del clásico lema circense «más difícil todavía», como rejonar cabalgando sobre otro toro, aguantar la acometida con los pies juntos al tablero de una mesa sujetos con grillos de hierro, derribar al toro, asiéndolo de los cuernos y el rabo, y otros alardes por el estilo. Los públicos se apasionan ante el anuncio de las nuevas hazañas y muestran su entusiasmo, cuando con valor extraordinario, los arriesgados lidiadores salen airoso de sus increíbles empeños. En el momento que estos lidiadores se imponen, con apogeo de los de Navarra, se abre para ellos las puertas de la fama y la fortuna. En un cambio radical, la hegemonía del toreo se desplaza a Andalucía, donde se centra la mayor parte de lo concerniente a lo taurómico. Después de este período del toreo a pie, que pudiéramos llamar anárquico, llega otra etapa, caracterizada en su principio por el uso de la muleta y el empleo de la estocada, que se denomina toreo defensivo o arte de defenderse del toro, atendiendo a determinadas reglas toreras.





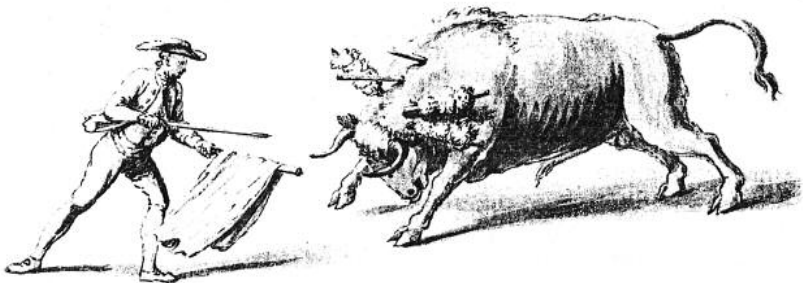
# El toreo alcanza su mayoría de edad

Superados los balbuceos de los comienzos y la anarquía que predomina por falta de otras experiencias ante las reses, el toreo avanza y gana en conocimiento para su ejecutoria. El hecho de que el toreo andaluz se centralizase en el Matadero Municipal de Sevilla, posibilita la ocasión de torear a las reses que traían de la dehesa para sacrificar. Las llevan al matadero conducidas por garrochistas, que se divierten corriendo, acosando y derribando vacas bravas, toros y novillos. En el camino o cañada, suelen aparecer aficio-

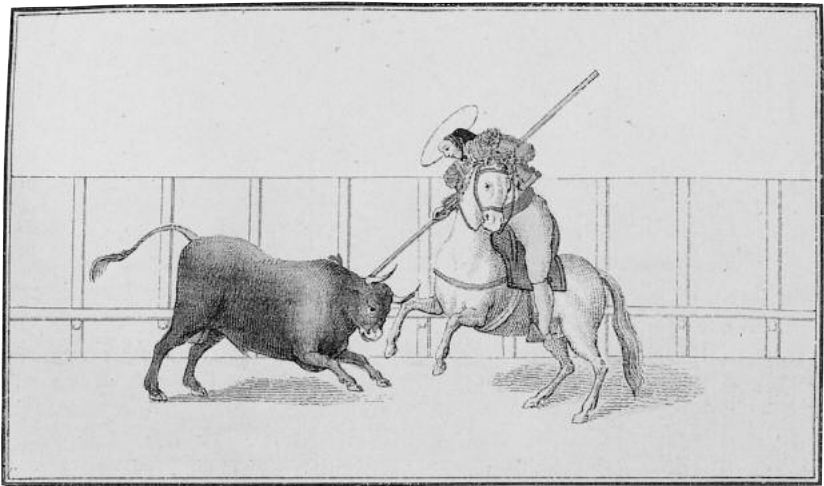


Salto de la garrocha.

nados diestros en el manejo de la capa. Sevilla por sus inmediaciones ganaderas y el ambiente taurino creado, se convierte en el centro de peregrinaje de cuantos intentan ser lidiadores. En el transcurso del siglo xviii, la afición a los toros se agiganta, surgen los barrios y las dinastías toreras. Hasta una clase social, la clase torera, que nace del pueblo llano. Se habla y se discute sobre la Fiesta de los Toros, con pasión, hasta entonces desconocida. Los diestros más famosos y sus escuelas respectivas son motivo de formación de bandas de exaltados panigeristas de unos y detractores de otros. Sevilla goza y es la primera ciudad con más afición taurina. La Real Maestranza de Caballería favorece la afición por el toreo a pie de las clases populares. En aquellos albores, los toreros más destacados que se conocen, son José Daza «El Extremeño», Potra de Talavera», Miguel Canelo, Francisco Benete, José Saavedra, Narváez, Moisés Calderón, José Huebo, Cosme Rodríguez, Pedro Chamorro y los hermanos Juan, Pedro, Manuel y Félix Palomo, acuñan un estilo alegre y movido, que distingue ya al toreo de la escuela sevillana. Mientras en Ronda, nace una dinastía torera que también crea escuela. La encabeza el patriarca de la dinastía Francisco Romero, de quien se dice es el primero que practicó la suerte de matar, utilizando espada y muleta. La saga continua con su hijo Juan y después con los nietos, Pedro, primer coloso del toreo, Antonio que muere de una cornada en la Plaza de Granada, José y Gaspar, muerto por un toro en Salamanca. En la vieja y romana ciudad de Ronda, es donde cabe el honor de contar en-



tre sus naturales, a un hombre de dimensiones taurinas extraordinarias, un genio que se anticipa a su tiempo recogiendo experiencias acumuladas y aprovechándolas en beneficio propio, y a la vez, enseña al resto de la torería, que quiere aprenderlas y asimilarlas. Este es Pedro Romero, que con la finalidad de la lidia para la muerte del toro, dirige y ordena experiencia de acuerdo con unas reglas que suponen una mayor dificultad en su ejecución, pero excluyen la idea de la sangrienta carnicería y transforma el espectáculo en emotivo, bello y gallardo. Gracias a Pedro Romero, la completa anarquía que existía en los ruedos, ejecutando cada cual la habilidad que le caracterizaba y creía dominar, queda sustituida por un orden riguroso, con cada suerte encuadrada en su momento oportuno. El hecho de torear por torear, sin otra finalidad que burlar al toro en cada arrancada queda borrado por el colosal rondeño, quien establece que la lidia ha de ir dirigida exclusivamente a la preparación del toro para la suerte de matar. La referencia de la llamada suerte suprema, la explica Pedro Romero señalando que la muleta, que es menos embarazosa de manejar con una sola mano, facilita la ejecución de la estocada y permite marcar con más facilidad la salida del toro. Es sabido que al abuelo de la dinastía, Francisco Romero, quien inventó la muleta, se le concede la primacía de haber brillado más que sus contemporáneos y ser el primero que practicó la suerte de recibir. Puede considerarse que la familia de los Romero establece las bases de la escuela rondeña, de toreo asentado y dominador.



# Primera plaza de toros en Madrid

En Madrid, con fines benéficos para mantenimiento de los hospitales, la Sala de Alcaldes solicita del rey Felipe V, que auspicie la construcción de un coso taurino de madera, en un paraje a las afueras de la primitiva Puerta de Alcalá. La primera Puerta de Alcalá se construye para solemnizar la entrada de la reina Margarita, esposa de Felipe III, en 1599. Se hallaba a la altura de la calle de Alcalá, donde comienzan actualmente las calles de Alfonso XI, a mano derecha y de Muñoz Seca, a la izquierda. Abría el recinto de la Corte, entonces, más cercado que amurallado. Previo derribo de la primera Puerta de Alcalá, construida de ladrillo, con tres arcos centrales y dos laterales menores, se levantó la actual en sitio más adelantado, el año 1778, se debe a Sabatini. La pretendida plaza de toros de madera inaugurada el 22 de julio de 1743, su estreno fue causa de un curioso expediente al considerar como propia la construcción la Sala de Alcaldes y anunciar la corrida sin dar aviso al corregidor, a quien correspondía presidir la fiesta, por razón de su cargo. Reclama el Concejo de la Villa y replican los alcaldes, alegando respectivamente su derecho. Responde el corregidor y pone fin a la discusión el Consejo Real, resolviendo el asunto a favor del representante de la Villa. Hasta entonces, los madrileños se valían, para celebrar festejos taurinos, además de la Plaza Mayor, de plazas improvisadas en distintas zonas. Es conocido el caso de una corrida anunciada en una plaza de madera y lona, armada en el

camino de Alcalá, hoy calle de Alcalá. Festejo organizado con el fin de socorrer con el beneficio económico a los pobres. Se suscita la inevitable competencia entre el Ayuntamiento y el Vicario eclesiástico, organizador del espectáculo, sobre quién había de presidir la corrida. Transcurre el tiempo, el pleito no se resuelve y los pobres se morían de hambre. Los representantes de la Iglesia deciden cambiar la ubicación al coso portátil, con rapidez acelerada, lo instalan en la plaza de Canillejas. Y el festejo lo preside el señor que ejercía jurisdicción en ese municipio.



Primitiva Puerta de Alcalá y el Pósito de la Villa.

La Real Academia de la Historia tuvo su origen en la tertulia del abogado de los Reales Consejo, don Julián Hermosilla, en 1735, y se creó con el nombre de Academia Universal. Pronto cambió por la denominación de Academia Española de la Historia. El 14 de mayo de 1736, celebraba la primera reunión en el local que el rey les cediera en la Real Casa de la Panadería en la Plaza Mayor. los primeros presidentes fueron don Agustín Montiano, el conde de Torre Palma, Capomanes y duque de Almodóvar.

El origen de la Academia de Medicina se produce en la tertulia literaria médica constituida por vario profesores de Medicina, Cirugía y Farmacia que se reunieron en la biblioteca del farmacéutico don José Ortega,

cuya botica se encontraba en la calle de la Montera. Después se conoció por Academia Nacional de Medicina, bajo la presidencia del protomédico don José Corbí, y por Cédula Real del 13 septiembre de 1734, Felipe V la denomina real Academia de Medicina. Los doctores Álvarez Alcalá, García Roel, Pérez de la Famosa, Sarabias Pardo, Rodríguez Abaytúa, Jado, el Conde de Cartagena, Iglesias, Calvo Marín, Salcedo, Ginestral, Martínez Molina, Rubio y varios más hicieron importantes donaciones para estimular a los estudiantes y licenciados de esta Facultad. Médicos de gran renombre han pertenecido a esta institución.

## La prensa

Independientemente de la *Gaceta*, que databa su aparición de 1661, el periodismo en general, sin carácter político, corresponde ya al siglo XVIII. Las principales publicaciones son: *Diario histórico, político, católico y moral*, de 1732, de aparición mensual. *Efemérides barométricas-médicas matritenses, periódico de carácter médico*, creado en 1734. *Diario de los literatos de España*, de 1737, fundado por don Juan Martínez Salafranca y don Jerónimo Leopoldo Puig, para contrarrestar el influjo francés.





# Fernando VI sube al trono. Nace Francisco de Goya

En 1746, muere Felipe V y como presagio venturoso de la Ilustración, que supuso un período de paz y de reedificación del país, llega al Trono de España, Fernando VI. En ese mismo año, en Fuentetodos, pueblo zaragozano de brava tierra cereal, del partido de Belchite, nace Francisco de Goya y Lucientes el 30 de marzo. En plena adolescencia abandona ese trozo de la Es-



Fernando VI y Bárbara de Braganza, por Van Loo.

paña rural, próximo a Cariñena, frío en invierno y duro en toda estación, para educarse en Zaragoza. La «operación ilustrada», se ha iniciado en los altos niveles sociales e intelectuales españoles, mientras en las zonas agropecuarias, aún viven sumergidas en el más secular abandono. Por suerte, Goya sale de su lugar natal, en 1760, marcha a Zaragoza donde su padre, José Goya, ejerce el oficio de decorador. Tiene la formación habitual de los jóvenes pintores en España. El padre no regatea en sacrificios para que su hijo alcance la suficiente cultura para desarrollar sus dotes artísticas. Vende la casa comprada en Zaragoza para pagar los estudios de su hijo de 14 años y gestiona el ingreso en el taller de José Luzán y Martínez, de la capital maña, donde aprende las pautas de un clasicismo tardobarroco. Goya temperamento lleno de vitalidad y juventud, se distingue por el alocamiento de acciones audaces y comprometidas. Alternativamente a su enseñanza artística, se aficiona a los toros, hasta el extremo de formar parte de una cuadrilla juvenil de toreros, de las después conocidos por maletillas.

# La plaza de toros de la Puerta de Alcalá

## Muerte de Fernando VI y subida al trono de Carlos III

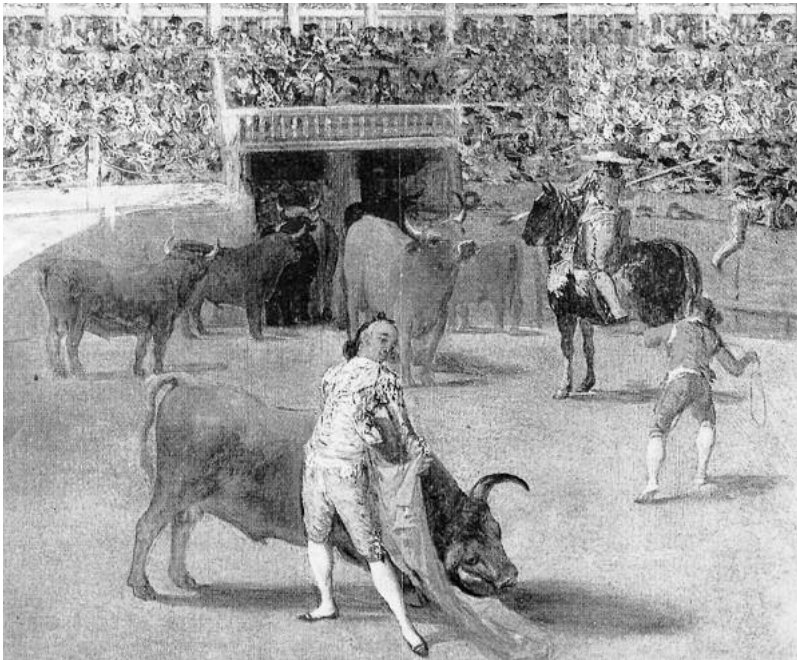
Por orden de Fernando VI, se derriba el coso de madera, a extramuros de la Puerta de Alcalá. Por cédula firmada por el marqués de la Ensenada, dirigida al marqués de Grafal, corregidor de Madrid, se dispone la edificación en el mismo lugar, a expensas del monarca, una nueva plaza de toros de fábrica, se-



Plaza de toros de la Puerta de Alcalá con Madrid al fondo.

gún el proyecto y planos de los arquitectos Ventura Rodríguez y Rafael Moradillo, que después dona a la Junta de Hospitales para ayuda y sostenimiento del Hospital General. La nueva plaza cuenta con un aforo de doce mil localidades y las obras tienen un costo de ochenta y seis mil escudos (veintiuna mil pesetas).

La corrida inaugural se celebra el 3 de julio de 1754, en la cabecera del cartel figuran los lidiadores, José Leguregui «El Pamplonés», Juan Esteller, de Sevilla y el madrileño, Antón Martínez que venía matando toros desde 1745. También participan en la fiesta, caballeros en plaza, que quebraron rejones, picadores que utilizan el garrochón y banderilleros que practican la suerte del parcheo y la lanzada a pie, sin que faltase un toro embolado.



La primitiva plaza de la Puerta de Alcalá.

Al ocupar el trono de España la dinastía borbónica en 1700, con Felipe V, al margen de lo político, llegan a España artistas franceses que fueron los principales inductores en Madrid de nuevas concepciones, transformando el gusto y la moda, hasta entonces imperante en España. Esta influencia se fue debilitando durante el reinado de Fernando VI, y se acentuó más el cambio con Carlos III, educado en Nápoles y admirador de lo italiano.

El 10 de agosto de 1759 muere Fernando VI. La sucesión se verifica sin dificultad, cumpliéndose lo previsto en el testamento del difunto Rey del 10 de diciembre de 1758, en el cual reconocía como heredero a su hermano el rey de Nápoles y designaba como regente durante su ausencia a la reina viuda de Felipe V, Isabel de Farnesio (cuarta esposa del monarca, su padre).

El carácter del nuevo rey estaba sólidamente formado de manera que no se advierte cambio alguno hasta su avanzada edad. Era robusto y gozaba de magnífica salud. De una fealdad singular que reflejan los retratos de Goya y se adivina tras las más aduladoras imágenes de Mengs. De inteligencia mediana, testarudo y tenaz en sus conceptos de la política y de la vida. Severo consigo mismo y bondadoso e inteligente con los demás, con recta conciencia y exacto cumplidor de sus deberes.

Carlos III había sido coronado rey de las dos Sicilias con el nombre de Carlos VII en 1734, veinticuatro años después vino a España para ocupar el trono cuando contaba 43 años. En realidad, cuando llegó ya hacía un año que regía los destinos de España, pues su hermano Fernando, el verdadero rey pasó el último año de su vida desvariando entre los muros del castillo de Villaviciosa de Odón. En esta referencia extra oficial le asesoraron su madre Isabel de Farnesio y el secretario de Estado, el irlandés Ricardo Wall.

Había casado en 1738 con María Amalia de Sajonia con la que tuvo trece hijos y murió al año de ser reina de España el 27 de septiembre de 1760. Había constituido con Carlos III un matrimonio ejemplar y el viudo guardó toda la vida, su memoria. Se negó a contraer nuevas nupcias.

Su espiritualidad resulta curiosamente repartida entre una entrega total a la ideología enciclopedista y regalista y una religiosidad nimia. Aunque su cultura era superficial, protegió a las Ciencias y a las Artes. Hizo venir a España a Tiépolo y a Mengs, reavivó la adormecida tradición pictórica española. Se levantaron magníficas construcciones de piedra y su perfecto sentido del urbanismo dio a Madrid categoría metropolitana.

Su Corte fue monótona y aburrida desde el fallecimiento de la reina. Las jornadas durante el año las repartía entre los reales sitios: Madrid, Aranjuez, El Pardo, El Escorial y La Granja de San Ildefonso.

El Marqués de la Ensenada (don Zenón de Somodevilla) a quien levantó su destierro, fue su gran ministro, que con don José Patiño había devuelto España a su rango de primera potencia,

tiempo después volvió a sufrir la amargura de un nuevo y definitivo destierro en Medina del Campo, donde falleció en 1781.

Aunque conservó en el Gobierno a los ministros de Fernando VI, Carlos III creyó que la reforma de «europeizar» a España solo podría hacerse con ministros no españoles. El Marqués de Tanucci, su hombre de confianza en el gobierno de Nápoles, Ricardo Wall, a quien encargó de la cartera de Hacienda, y de hecho la dirección de la política real la llevó el siciliano don Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache, más el genovés De Guiraldo fueron los ejecutores del plan



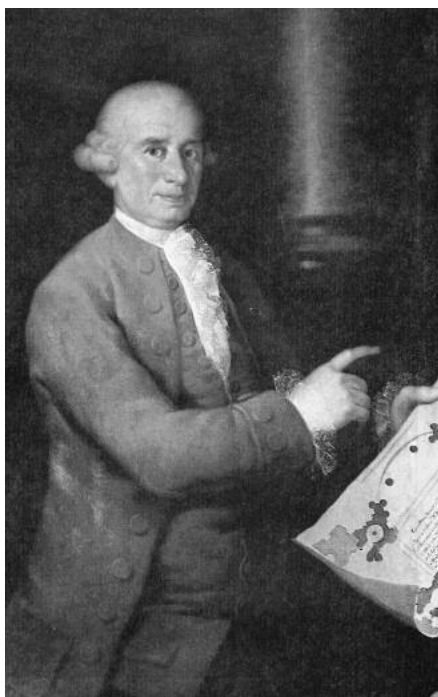
Carlos III, por Mengs.

de reforma. Lo llevaron a cabo, pero les faltó lo esencial, conocimiento exacto del pueblo español. El concepto rígido de autoridad, fomentado por la adulación de los cenáculos internacionales de filósofos hizo creer al rey que todo era posible.

El Rey y Esquilache fracasaron en su afán de civilizar al rudo, bronco y castizo pueblo español. Por decreto no se podía convertir a los manolos y chisperos madrileños en cortesanos de Versalles o de Viena.

Carlos III trató con solicitud a los artistas. Antonio Rafael Mengs, bohemio es frío, de espíritu tudesco, culto, no pintaba con el corazón, pintaba con la inteligencia. Había residido en Italia y coincidió en la corte de Nápoles con el que iba a ser Carlos III de España que le reclamó desde Madrid, a donde llegó en 1761, un año antes que Tiépolo. Ocupó cargos importantes y prestó apoyo a los artistas españoles. Teórico de la pintura, ejercía influencia sobre Goya, descubriéndole las últimas corrientes europeas.

Carlos III creó los alcaldes en número de ocho para otros tantos barrios de Madrid, aumentados después en dos más, y también existieron los alcaldes hijosdalgos, para conocer de los pleitos de hidalguía y de los agravios hechos a los hijosdalgos en sus exenciones y privilegios. Los alcaldes de cuartel, más tarde fueron conocidos por alcaldes de barrio.



Ventura Rodríguez.

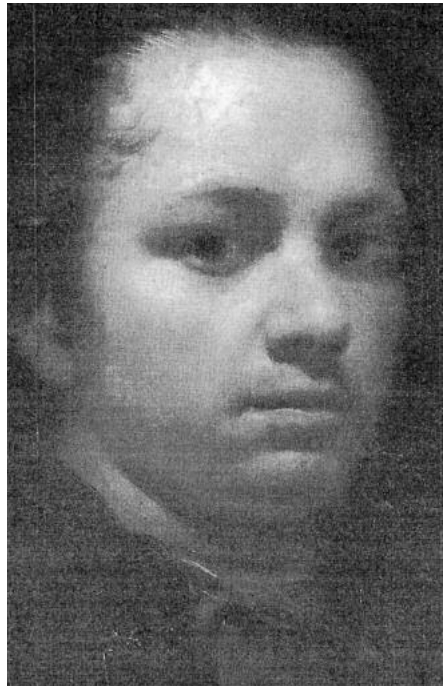


Respecto a los alcaldes y corregidores eran nombrados por el Rey con duración limitada y con deberes puramente administrativos y políticos. Terminaron limitadas sus atribuciones a la Administración y los cargos pasaron a ser de elección popular.

# El joven Goya llega a Madrid

Goya que ha permanecido seis años en el taller zaragozano, por aquel tiempo, viajó a Fuendetodos y pintó parte de los interiores de la iglesia.

Un comprometido enredo juvenil de faldas le obliga a marchar a Madrid para librarse de temeroso desenlace. Además Madrid era la meta del joven Francisco de Goya. Ocasionalmente llega a la Corte, por primera vez, a los diecisiete años, el año 1763, y participa en los concursos artísticos promovidos por la Academia de Nobles Artes de San Fernando,



Francisco de Goya.

con sede, entonces, en la Plaza Mayor. El bisoño pintor fracasa en su empeño, pese a este revés, le llama la atención la ciudad Carpetovetónica, que se le va metiendo en su espíritu de artista y tiene ocasión de asistir a corridas de toros. En ese tiempo se cumplen veinte años de la subida al trono de Carlos III.

# Goya de nuevo en Madrid. El motín de Esquilache

Tres años después, Goya vuelve a Madrid para concursar de nuevo y fracasa otra vez. Esta segunda estancia en la Villa coincide con el Motín de Esquilache. El mandato de un bando de 1766, ordenaba se usase sombrero armado de tres picos, peluquín o pelo propio, rendingol o capingot, pero de ningún modo con capa, gorro, ni embozo. En los balcones y alojaderos no se permitía poner celosías, ni las mujeres cubrirse sus rostros con los mantos, disposición que solo cumplían los funcionarios del Estado. El 10 de marzo de 1766, el ministro, don Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache, decreta aplicar de manera rigurosa esa ley a todo el vecindario, bajo castigo de multa y cárcel. El incumplimiento mencio-



Llegada de la diligencia de Postas.

nado respecto a la indumentaria popular del largo tamaño de las capas y las descomunales alas de los sombreros, que ocultaba a la gente maleante y obligaba a cambiarla por el sombrero de tres picos y la capa corta se desobedece. No se cumple la pragmática, aunque beneficia a la seguridad urbana. Por aquel tiempo, la salud de Madrid tiene su mejor reconfortante en el sople del aire del Guadarrama, las calles adoquinadas con picudos guijarros, no se limpiaban más que cuando llovía torrencialmente. En cerrada la noche, no hay otra luz que la proporcionada por la luna, los asesinos y ladrones son los dueños de la ciudad, de suerte que aventurarse a salir por las calles después del toque de oración, si no, se va escoltado por una patrulla de servidores, y aún así, puede ser peligroso, supone una osadía. Únicamente los retablos devotos ofrecen alguna luz. Hasta las rondas de alguaciles y corchetes, única policía, tienen cuidado



Una escena del motín.

de no tropezarse con la gente del bronce. En consecuencia con la situación que se vive, el 23 de marzo de 1766, Domingo de Ramos, se pasean dos embozados por la Plaza de Antón Martín, al cruzar por delante de la puerta del Hospital de Inválidos, un soldado se les acerca y les pregunta la causa de no vestir de la forma ordenada, uno de ellos saca la espada y el otro hace sonar un silbato, e inmediatamente, de las calles adyacentes aparece una multitud de individuos que desarman al soldado y tumultuosamente marchan por la calle de Atocha hasta llegar al Palacio Real, a los gritos de «Viva el rey», «Muera Esquilache». una comisión de amotinados es recibida por el duque de Arcos, quien les promete que serán atendidos sus deseos. No contentos con la promesa, se dirigen al domicilio del ministro Esquilache, en la Casa de las Siete Chimeneas, calle de las Infantas, esquina a la Plaza del Rey, saqueando y prendiendo fuego al mobiliario que han lanzado por balcones y ventanas, tras desbordar a los criados y al retén de guardia Walona que custodia el edificio. Aún prosigue el motín, los días 24 y 25, y los disturbios acaban con la salida de España de Esquilache, el destierro a Medina del Campo del marqués de la Ensenada, y la entrada como consejero del monarca, del conde de Aranda, que reúne a los cincuenta y nueve gremios de los diversos oficios de la Villa y por la persuasión, logra cuanto no ha podido Esquilache contra la violencia. Más tarde, surge el rumor, con visos de verdad, que han instigado el motín, el marqués de la Ensenada, el



Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache.

abogado Lorenzo Hermoso y los jesuitas Miguel Gándara e Isidro López. El secreto duerme en la sombra. Goya sorprendido por este episodio no se intimida y prolonga su estancia en Madrid. Trabaja en el taller de su paisano, amigo y futuro cuñado, Francisco Bayeu, pintor de Cámara del rey.



El motín, asalto a la casa de Esquilache.

Destaca en la ejecución de frescos con estilo propio. Deja Madrid por motivos de faldas y huye al sur con el fin de ir a Italia. No tenía dinero y hace el viaje con una cuadrilla de toreros y un elenco de Cómicos de la Legua actuando con ellos. Como pintor atraído por Italia, en particular Roma, logra embarcar y llegar al puerto de Ostia. Allí lleva una vida azarosa, se dedica a la pintura por cuenta propia sin colocarse en ningún taller. Con el caballete plantado en calles y plazas capta tipos humanos. Somete sus cuadros a la consideración de los académicos romanos que le acusan de despreocupación y desacato por las rígidas leyes con que manifiestan las grandes obras del Renacimiento. Hay personas de sensibilidad que saben apreciar sus dotes y reconocen su espíritu de rebeldía ante normas caducas. Vende cuadros para su sustento y el embajador ruso cerca de los Estados Pontificios que lo era en aquellos tiempos, de la emperatriz Catalina, aprecia las muestras pictóricas de Goya y le propone viajar a San Petesburgo. Goya no lo acepta, siente añoranza de España, de sus padres. Regresa en 1771, y llega a Zaragoza tras cinco años de ausencia. Su estancia en Roma le da prestigio y le facilita el encargo de pintar varios frescos del templo de El Pilar. Sigue manteniendo la amistad con Francisco Bayeu, su maestro en Madrid y el hermano Ramón, que le abre muchas puertas.

Su carácter es ya más reposado, sin perder el brío y la foga-sidad, pinta y pinta.

Goya viaja de Zaragoza a Madrid, se hospeda en la casa de los Bayeu. La hermana menor de los pintores le colma de atenciones y la amistad con Josefa Bayeu se convierte en amor y se confirma el amor.

Se casan el 25 de julio de 1775 en la parroquia de San Martín, que estaba en lo que es hoy Plaza de San Martín frente a las Descalzas. Instala su domicilio en el número 9 de la calle del Reloj, contiguo del cuñado que habita el número 7. Después se trasladada a vivir a la casa propiedad de la marquesa de Campollano, en la Carrera de San Jerónimo, y más tarde a la calle de Valverde. De este matrimonio nacerán veinte hijos, solo uno de ellos, Javier, logrará sobrevivir, entonces la mortalidad infantil ofrecía un panorama sobrecogedor. Goya trabajaba con afán y se hace



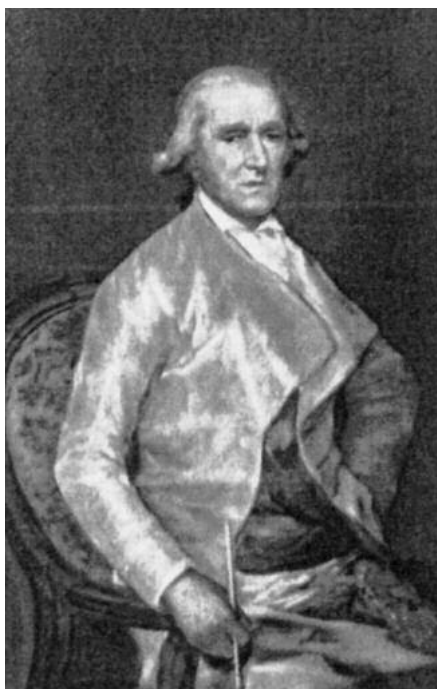
notar por la calidad de sus obras entre los pintores de la Villa y Corte, reflejándose en buenos ingresos y su buen nivel de vida. Entre 1777 y 1780 obtiene por la renta de sus cuadros y grabados la cifra de 140.000 reales. Cantidad considerable con que puede corresponder a su padre por cuanto hizo por su formación, que se encontraba ya viejo y con necesidades.

En este tiempo acentúa la toma de contacto con la corte y con los pintores y hombres de la Ilustración. La soñada revolución desde arriba, redentora del atraso del pueblo mediante el arma pacífica, lenta, esforzada y pedagógica de enseñar para ilustrar. Goya, en este movimiento ilustrado, es agente promotor de la revolución estética de la que ha surgido todo el arte contemporáneo. Se topa de bruces con el arte de su tiempo, el rococó nacido en Francia, que se aparta del barroco español de los pintores de la época de Carlos II. Mientras aparecía ya un neoclasicismo frío, comercial, academicista, que es realidad, en plena madurez de Goya. Es el arte de su tiempo y de su generación, racionalista y desangelado que caracteriza la tendencia artística del Siglo de las Luces. Fórmulas distintas que no tienen incentivo, ni eficacia, ante su genio profundo de pintor. Nunca hubiera podido, aunque quisiera creer en el rococó y aún menos en el neoclasicismo, su veta brava aragonesa y española se lo impedía. A Goya le sobra talento de pintor, autenticidad, raíz popular y castiza.

# Goya en la Real Fábrica de Tapices

La Real manufactura de Tapices le encarga a Francisco de Goya, por intercesión de su cuñado Francisco Bayeu, realizar un cartón con destino a los talleres de la misma.

Antonio Rafael Mengs de gran influencia en Palacio, siempre se muestra interesado por la obra de Goya, al que trata con deferencia. Goya desconocía la técnica del tapiz y realiza un lienzo en vez de un cartón. Introducido en la Real Fábrica, continúa trabajando. Al pintor le molesta que la sección de artesanos no reproduzcan con la fidelidad que merecían sus originales.



Francisco Bayeu.

Sobrevivía en los tapices la tradición francesa, a la que Goya se sustrajo, imponiendo su propio estilo, lleno de tradición popular española.

Los éxitos conseguidos, le llevan a pensar que ha llegado el momento de solicitar la plaza de pintor de la Corte. En 1779. realiza los trámites y su solicitud es rechazada, en compensación le nombran académico de la Real de San Ildefonso, reconociendo así sus componentes las innovaciones de su pintura original.

Su cuñado Francisco que dirige las obras de decoración del templo de El Pilar, le reclama de nuevo a Zaragoza para que pinte una serie de cúpulas. Entre ambos se suceden desavenencias y altercados, por no estar Bayeu de acuerdo con el proyecto presentado por Goya, que había comenzado a pintar. Recurren a las autoridades eclesiásticas, y estas apoyan a Francisco Bayeu, en quien tenían depositada su confianza. Esto provoca la ruptura de las relaciones entre los dos cuñados, al negarse



Cartón para tapiz de Francisco Bayeu.

Goya a seguir las indicaciones de Bayeu. Abandona el proyecto y antes de regresar a Madrid realiza, por encargo, algunas pinturas murales en iglesias y capillas de órdenes religiosas, entre estas las de la cartuja Aula Dei.

Ya en la Villa y Corte continúa su actividad artística y le encargan pintar San Francisco el Grande, la capilla plateresca de San Bernardino de Siena, en lienzo de 7,80 por 3,65 metros que lleva por leyenda «Éste conoció la Justicia». Presenta a San Bernardino predicando ante Alfonso V, rey de Aragón, Sicilia y Nápoles. El santo aparece rodeado de fieles con un crucifijo en la mano izquierda y bañado de celeste resplandor. El segundo de los personajes que están a la derecha, de medio perfil y con coleta amarilla, es un autorretrato del pintor. Templo donde su cuñado Francisco está decorando el altar mayor. En este templo acentúa la amistad con el arquitecto madrileño, de Ciempozuelos, Ventura Rodríguez, que le había conocido cuando acudió a Zaragoza llamado por su cuñado.



Cartón de Goya para la Fábrica de Tapices.

Las pinturas de Goya, del referido templo madrileño terminadas en 1784, muestran madurez y rigor frente a la corrección y el bien pintar de Francisco Bayeu. Ante la evidencia lo reconoce el mismo cuñado. Enterado que su cuñado ha elogiado su obra, olvida enfados y deseoso de reconciliarse con él, acude a la casa de Bayeu y vuelve la unidad que caracterizó desde el principio a la familia. Poco tiempo después, en 1786, data el notable retrato de Francisco Bayeu, que le realizó su cuñado, en prueba de buena armonía.

El caudal vital de Francisco de Goya se identifica con la Villa y Corte en colaboración mutua. Observador y colorista, es pueblo. Todo le es útil para llevar a los tapices, como los asuntos populares madrileños. Es testimonio de la vida rica, desenfadada del pueblo de Madrid, el que refleja en los sainetes don Ramón de la Cruz y las famosas tonadilleras de la época. La calidad y el carácter se elogia en la obra de Goya, por esto, conquista a todos. En los cartones para tapices también pinta asuntos taurinos, «La novillada», «La maja y los embozados», «Toros en la dehesa».

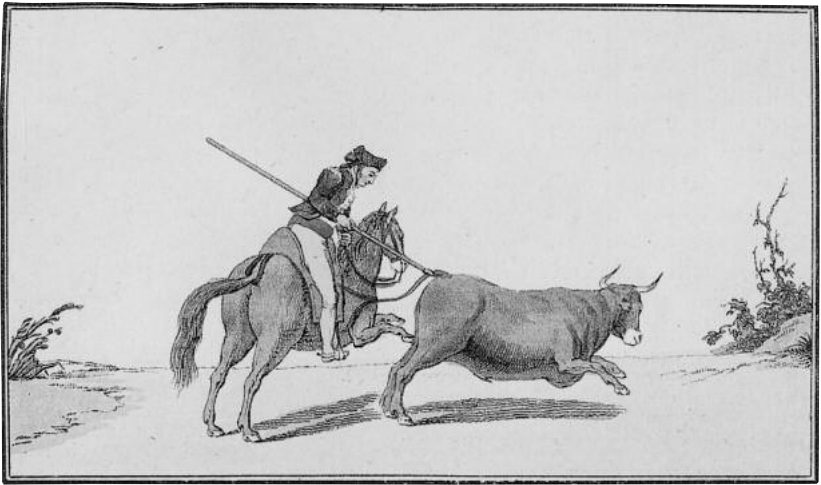
Francisco de Goya ve el camino del triunfo, preparado por su cuñado, Francisco Bayeu, bien situado en la Corte, que le abre las puertas de la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara.

Ventura Rodríguez introduce a Goya en uno de los círculos más reservados e interesantes de la principesca sociedad, la del infante don Luis Antonio de Borbón, hermano de Carlos III, que después de abandonar la mitra de Toledo, se casa con una bella dama aragonesa, doña Teresa de Vallabriga y se retira a una tranquila paz familiar alejado de la Corte o semidesterrado unas veces en el Palacio de Arenas de San Pedro, y otras, en el de Boadilla del Monte, que había proyectado Ventura Rodríguez. Su alteza encarga a Goya cuadros y retratos. Entre estos destaca el de la condesa de Chinchón, que casaría con Manuel Godoy.

En aquel 1784, el ministro Florida Ibáñez le encarga su retrato, que vino a ser su primera obra maestra en el género.

En 1785, la Academia de San Fernando le nombra subdirector y cubre la plaza vacante en la Real Fábrica de Tapices, con un sueldo fijo que se cifra en 1.500 reales anuales. Optaba a

esta plaza Ramón Bayeu, pero su hermano Francisco actuó con madurez y se la concedió a su cuñado al conseguir más méritos artísticos. Con este motivo desaparece totalmente el enojo entre los cuñados, al acudir Goya al domicilio de Francisco y sellar la reconciliación. Goya en 1786, pinta un notable retrato de Francisco Bayeu, muestra de la buena armonía familiar. Además en este año es nombrado pintor de la Corte. Esto representa un rango social que le obliga a amueblar su domicilio con arreglo a su nuevo estatus y a poseer una carroza de dos ruedas y su correspondiente lacayo, pues no puede llegar a Palacio en un coche de alquiler. Goya pasaba de estos convencionalismos, aunque transigió. Además por su desenvolvimiento en ambientes cortesanos, se vió obligado a aprender francés, idioma que la aristocracia gustaba hablar en España y en todos los círculos de las monarquías europeas.



## Toreros del siglo XVIII

En los ruedos la torería a pie desarrolla con ardoroso deseo de mejorar, cada vez más, el nascente arte, prevaleciendo todavía el valor sobre la habilidad y la técnica. Se habla de las temeridades de Manuel Bellón «El Africano», mozo de rostro moreno, musculoso, fornido y de aventajada estatura. Había hecho su aparición en el año 1760, en Sevilla, después de larga ausencia motivada, según relatos, por el desenlace de unos amores que terminaron trágicamente. Adolescente aún, se enamora con ciega pasión de una hermosa



Torero goyesco.



muchacha del sevillano barrio de San Bernardo, que si en un principio se muestra enamorada, no tarda en olvidar promesas y juramentos, rindiéndose a los requerimientos de otro hombre. El amante desdeñado, toma loca venganza, dando muerte al rival, y para no caer en manos de la Justicia, emigra al norte de África, donde se entrega a la caza de fieras, a las que vencía y dominaba con valor temerario y su fuerza hercúlea. Mitigada su pena, regresa con dinero para vivir con holgura. No pensaba en dedicarse a la lidia de reses bravas, pero como buen sevillano siente gran afición a los toros y por diversión toma parte en fiestas taurinas, sorprendiendo por sus bregas prodigiosas. Decide dedicarse al toreo como profesional y recibe la alternativa, de la forma que se otorga en este tiempo, alternando sin cesión de trastos, apadrinado por «Costillares». Tiene réplica de sus alardes temerarios en el guipuzcoano Martín Barcaiztegui «Martincho», que en su adolescencia había sido pastor de ganado manso y bravo en la ganadería navarra de don Antonio Mendialdúa. El diestro «El Pamplonés» que ve cualidades, por cuanto es capaz



«Picador caído».  
Oleo de Antonio Carnicero.

de hacer «Martincho» a los toros, con valor temerario, le anima a que lo haga en los ruedos. Pronto el neófito domina todas las suertes que eran usuales en el toreo y hasta osa alardes audaces y temerarios, entusiasmando a los públicos. Sus hazañas, tan heroicas y portentosas, que de no estar debidamente verificadas, se reputarían como legendarias. Retirado de los ruedos, fallece en Deva, el 13 de febrero de 1800.

Competidor de «Martincho», aunque no consigue desplazarle en el terreno del

valor, José Cándido Expósito le supera en agilidad, adorno de los lances con gracia y distinción. A la hora de matar, practica bien la suerte de recibir. Su gran deseo de distinguirse siempre, cuando se presenta en Cádiz un torero limeño, anunciando que mataría los toros, citándolos y dándolos salida con la mano izquierda, sin más engaño que un sombrero ancho, como actualmente se hace con la muleta, espera al desenlace de la hazaña. Al realizar el encuentro, el peruano clavaría un puñal en el sitio del descabello. El coso se abarrota de gente por la curiosidad de la rara novedad, pero el sudamericano resulta cogido al intentar consumir su alarde. Jerónimo José Cándido que desde el tendido presencia la actuación, baja a la arena, coge el sombrero y el puñal, y ejecuta la suerte con limpieza. Tras el éxito repite, más veces, esa manera de finiquitar al astado, aunque se sale de lo ya establecido en las normas de la lidia. También practica con buen resultado el salto del transcuerno, suerte que aprende de su maestro Lorenzo Martínez «Lorencillo». Inteligente

**EL REYN. TRO S. R (QUE DIOS GUARDE)**  
**SE HA SERVIDO SEÑALAR EL LUNES DIEZ**  
**DEL PRESENTE MES DE NOVIEMBRE DE 1777. (SI EL TIEMPO LO PERMITIERE)**  
**PARA LA DECIMASEXTA, Y ULTIMA FIESTA DE TOROS,**  
 DE LAS QUE SE HAN DE HACER EN LA PLAZA EXTRANJEROS DE LA PUERTA DE ALCALA, QUE POR RESOLUCION DE S. M. SE ADMINISTRAN POR CUENTA DE LOS REALES  
 Hospicios Generales, y de la Fabrica de esa Corte, para que sea priorada su asistencia en la crianza, y asistencia de sus pobres educados de ellos.  
**MANDARÁ, Y PRESIDIRÁ LA PLAZA EL SEÑOR DON JOSEF ANTONIO DE ARMONA,**  
 Corregidor de esta Villa.  
 Los diez y ocho Toros, son: Cinco de la Hacienda de Don Laureano Ortiz de Per, vecino de Segovia, que avies los del Cuño de Cardelosa, con divisa encarnada. Cuatro de la de Don Miguel de Carabala, con blanca: Tres de la de Don Miguel Amador Sanchez de Badajoz, vecino de la Villa de Alconera, Provincia de Es. tomadura, con azul: y seis de la de Don Manuel de Orozco, vecino de Alifaro, Reyno de Navarra, con divisa escarlada.  
 Por la matanza puegan quatro Toros: Antonio Molina, y Juan de Ortega: y el quinto, le puegan, lo por, con Vares de diestro, Ezequiel Perez, natural del Puerto de Santa Maria, el modo que se aguenta el mismo Cándido, y después le Vandelizá, solo, Cajamonte l. la Navera, con los acosturas Pedro Romero, y tambien le Estoqueará, según lo ha sido, con asistiendo de los concurretes, en la fiesta anterior, y el sexto Toro será el Embudado. Por la tarde quedará Raposo: y los dos primeros Toros, en calidad de Misionales, DON JOSEF DE PINEDA, CABALLERO PARTICULAR, natural de la Villa de Ultra, Reyno de Sevilla, á que se le comendó su crianza, y criançamiento, por el deseo de manifestar su habilidad, y singular inclinacion en obsequio del Público, y por el pidoño importante fin del beneficio de los Santos Hospitales: y para que sea mas lucido el desempeño de este cargo, servirá á sus órdenes á Juachín Rodriguez Castillares, y Josef Delgado, que le servirán de Chulos. A los seis siguientes Toros, los puegan Juan Manera, Luis Diaz, y Estanico Sanchez. Reñidos estos, avies el hijo Mariano Ceballos, según á caballo en su Jaca á llegar al noveno Toro, avanzará á un paso, que á ese fin habrá ensinado de la Plaza, en su vida, y mostrarle, como lo ha hecho ya otras veces: pelo con la prececion, de que luego que la haya pasado así, disuñyendo varias dices entre los Amigos, desmatalá: á dicho Toro, sin bolverse á amarrar, apredado al mismo tiempo, para que le ponda Vandelizá, y Capote: y matará Francisco Herrera (el Curro), cuya asistencia repite avies el campo puegan, á los dos Toros restantes se puegan Don Angelillo, y después de algunas corras, los siguientes, distinganse, á competencia, dos acosturas Perros de ciertos Aficionados de esta Corte. Los quatro Toros de la matanza, y ocho primeros de la tarde, los lidiarán los Quadriles de á por, al cuidado de los expresados Juachín Rodriguez Castillares, y Josef Delgado (que él será), y el ultimo Toro será Embudado, permitiendo bajar, así á éste, como al de la mañana, á los Aficionados.  
 I. En conveniencia de los que ocuparen los asientos del Sol, permite el GOBIERNO, que durante aquel asiento, pueda tenerse en esta sala del mismo, á fin de congregar con el nombre el mismo de aquella ocasionidad, pero no en los demás pargos señalados.  
**AVISO AL PUBLICO.**  
 SEÑÉVASE LA PROHIBICION DE QUE PERSONA ALGUNA BAJE DE LOS TENDIDOS A PONERSE ENTRE BARRERAS, HASTA QUE EL PENULTIMO TORO esté muerto, bajo de las mismas comminaciones que se suelen publicar.  
 La víspera por la tarde entrará el Ganado en el Arroyo acostumbrado, y abrietas las puertas de la Plaza.  
 POR LA MAÑANA SE EMPEZARÁ LA FIESTA A LAS DIEZ, Y POR LA TARDE A LAS TRES.  
 Estarán abiertas las puertas de la Plaza por mañana, y tarde, hasta que se baya el Domingo, y acabado éste por la mañana, se hará el Encuentro.

Corrida de 18 toros, el día 10 de noviembre de 1777, en Madrid.

y ágil en los recortes y quiebros, no lo es suficiente, para salvarse de la cogida, que le ocasiona la muerte, el 23 de junio de 1771, en la plaza del Puerto de Santa María. El sexto toro, de salida acomete con furioso empuje al picador Juan Barranco, quien se agarra bien y coloca un eficaz puyazo, al entrar a hacer el quite, sacando al toro del caballo, resbala en un charco de sangre, el astado hace por él, le cornea con saña, y le causa la muerte, siendo el primer matador de toros víctima de su profesión.

A la vez, que el toreo a pie y sus cánones se van consolidando, aparecen nuevas figuras, junto a los toreros vigorosos que hacen temeridades y alardes de valor. Los que llegan a los ruedos, encauzan por vías más normales, cuanto se hace ante los cornúpetas, depurando y eliminando los rasgos de barbarie y dando factura técnica y artística para evitar se desnaturalice.

El 11 de septiembre de 1777, se da un caso curioso en la plaza de toros a extramuros de la Puerta de Alcalá. Se estrena la ga-

**EL REY NUESTRO SEÑOR**  
(QUE DIOS GUARDE) SE HA SERVIDO SEÑALAR  
**EL LUNES OCHO**  
DEL PRESENTE MES DE MAYO DE 1775 (SI EL TIEMPO LO PERMITE)  
**PARA LA SEGUNDA FIESTA DE TOROS,**  
DE LAS QUE SE HAN DE HACER EN LA PLAZA EXTRAMUROS DE LA PUERTA DE ALCALÁ, QUE POR RESOLUCION DE S. M. SE ADMINISTRAN  
por cuenta de las Reales Hospitales Generales, y de la Pasion de esta Corte, para que sus productos se movieran en la curacion, y asistencia de los Pobres enfermos de ellos.

**MANDARÁ, Y PRESIDIRÁ LA PLAZA EL S.<sup>o</sup> D. PABLO ANTONIO DE ONDARZA,**  
Corregidor interino de esta Villa, por ausencia de el Señor DON ALONSO PÉREZ  
**DELGADO,** propietario en dicho Empleo.

Los diez y ocho Toros, son Quatro de la acreditada Bacada de Don Miguel Gijón, con divisa encarnada Quatro de la antigua de Doña Maria Veladier, vecina de Braojos, y Viada de D. Juan del Pozo, con pagna Cinco de D. Pedro Blas de Mejorada, vecino de Talavera, con azul, y cinco de Don Pedro Jusdado, vecino de la Villa de Colmenia Viejo, con divisa verde.

Por la mañana pelearán los cinco primeros Toros Manuel de Aguilera, y Juan Vazquez, natural de Albyda, Reyno de Sevilla, nuevo en esta Plaza, y el ultimo Toro saldrá Embolado. Por la tarde, a los ocho primeros, lo ejecutarán Juan Marcello, Francisco Gomez de Andrade, y Diego Lozano. Matarán los cinco Toros de la mañana, y quatro primeros de la tarde, los primeros Espadas, EL FAMOSO JUAN ROMERO, y Joachim Rodriguez Costillares, con su acostumbrado valor y destreza. A los quatro siguientes, ofrece Estoquearlos, SOLO, Pedro Romero, natural de Ronda, desecho de agrandar al Público, uniendo AL REFERIDO JUAN, SU PADRE, que ha logrado la fortuna de completarle muchos años. Los tres restantes serán lidados, como los anteriores, por las Quadrillas de a Pie al cuidado de los expresados ROMERO, y Costillares, y el ultimo Toro saldrá Embolado, permitendose bajar, asi a este, como a el de la mañana a los Aficionados.

En consecuencia de las que ocuparon las acciones del Sol, permite el GOBIERNO, que durante aquel asenso, pueda tomarse cada uno de los sombreros, a fin de conseguir con su sombra el alivio de aquella incómodidad, pero no en los demás por-ques sombreros.

La vespera por la tarde excusa el Ganado en el Arroyo acostumbrado, y abiertas las puertas de la Plaza.

POR LA MAÑANA SE EMPEZARA LA FIESTA A LAS DIEZ, Y POR LA TARDE A LAS QUATRO.

Estarán abiertas las puertas de la Plaza por mañana y tarde, hasta que se haga el Despeño, y acabado este por la mañana, se haze el Encierro.

Cartel de toros del siglo XVIII.

nadería de don Antonio Enríquez, reses que pastan en Salamanca. Según nota del cartel anunciador del festejo, el propietario de los toros da gratis los bureles que tomen menos de seis varas y percibirá quince mil reales por los que rebasen el número fijado... y ganó.

El 20 de octubre del mismo año, Juan Herrero y «El Fraile» se presentan en el ruedo madrileño montados a caballo, atados ambos por la espalda y así picaron en una mojiganga. El 30 del mismo mes, el indio Mariano Ceballos enmaroma un toro, lo monta y jinete en la res, da la vuelta al ruedo repartiendo dulces.

Entre los que marcan el nuevo rumbo del toreo, que tanto han de influir en el buen hacer torero, es preciso mencionar a Joaquín Rodríguez «Costillares», que concreta ciertas máximas y sienta principios para el arte de lidiar toros. Como un predestinado, inicia la reforma necesaria para torear sujetándose a unas normas preconcebidas, y no al denuedo de los diestros solamente. Hijo, nieto y sobrino de toreros, de Juan y Juan Miguel Rodríguez respectivamente, desde niño anda alrededor de los toros y su ambiente. Ayuda a su padre, dependiente del Matadero Municipal de Sevilla. En contacto con el matador de toros Pedro Palomo, recibe lecciones de tauromaquia y pronto revela su propio estilo y cualidades, con decisión y valor. Después de torear de banderillero en la cuadrilla de Palomo, a los veinte años de edad, le otorga la alternativa Manuel Bellón «El Africano», en la Plaza de Sevilla. In-



Juan Romero.

venta el lance a la verónica y también se debe a él, matar al volapié. Torero de estilo fino ejerce la profesión hasta el año 1790, que se retira obligado por un tumor que se le ha formado en la mano derecha. Había nacido en Sevilla, el año 1748 y muere el 27 de enero de 1800, en Madrid, ocupando un puesto de privilegio en la Historia del Toreo. En los ruedos, «Costillares» mantuvo una fuerte competencia con los Romero y «Pepe-Hillo».

## «Costillares», Pedro Romero y «Pepe-Hillo»

La característica principal del toreo de Pedro Romero es la sobriedad. Desprecia cuantos lances van dirigidos exclusivamente al lucimiento del espada, no emplea más que aquellos de indudable eficacia para que el toro llegue dominado y preparado al trance final. Torea con reposo, a diferencia de otros diestros en constante movimiento, corriendo y saltando sin parar en torno al toro. La conjunción de esa sobriedad de procedimientos con la seriedad y el aplomo de la ejecución, dan lugar al nacimiento de la escuela rondeña, a



Joaquín Rodríguez «Costillares», por

la que se opone inmediatamente la escuela sevillana, que encabeza «Costillares y muy especialmente «Pepe-Hillo», torero alegre y dinámico que sostiene con Pedro Romero una de las grandes competencias que registra la historia del toreo.

José Delgado, alias «Ilo», «Pepe-Hillo» natural de Sevilla, donde había nacido el 14 de marzo de 1754. Le ve torear «Costillares», famoso ya un tiempo, cuando este sostenía con ventaja, una pugna artística con Juan Romero padre de Pedro. Ante los fulgurantes éxitos desde sus comienzos de Pedro Romero, cree «Costillares» que ha encontrado en «Pepe-Hillo», el torero que buscaba para rival en los ruedos del rondeño. Le protege y lleva en su cuadrilla, primero de banderillero y después de medio espada, que es, en ese tiempo, el camino habitual para alcanzar la alternativa de matador de toros. En un plazo corto, la fama del joven torero se extiende de Andalucía hasta Madrid. Ante el



Pedro Romero, por Goya.

cartel alcanzado por «Pepe-Hillo» y la coalición formada por los toreros sevillanos, Pedro Romero se sostiene por encima, siempre, gracias a sus colosales dotes técnicas y artísticas y su fuerte personalidad. Son muchos y muy expresivos los datos relativos a esa competencia, al parecer enconada por parte de «Ilo». Uno de los hechos más interesantes, que demuestran hasta qué punto lleva su amor propio y su orgullo profesional, se observa en la primera corrida en que alternan juntos, el año 1778, en Cádiz.

La víspera de la corrida va un barbero a la fonda a

afeitar a Pedro Romero, que resulta ser el mismo del diestro sevillano. En el transcurso de la charla con que adereza el servicio, dice a Romero, que «Pepe-Hillo» había mandado poner velas a las ánimas para que abriese el tiempo y dejara de llover, porque desea trabajar con «gente guapa». Pedro le responde, «cada una hará lo que pueda».

Se cumplen los deseos del sevillano en lo referente al tiempo. A la hora del comienzo del festejo un sol espléndido cae sobre la plaza, como el mejor aficionado. «Pepe-Hillo», ansía oscurecer a su rival con sus propias armas. Emplea el menor número posible de pases y estoquea recibiendo. Después de tomar la espada y la muleta de manos de Romero, que le cede el primer toro, se va hacia el astado, le da uno, dos, tres pases de muleta y empleando un sombrero de castor de ala muy ancha para marcar la salida de la res, mata de una estocada y se desborda el entusiasmo general. Cuando llega la hora de matar al segundo de la tarde, lidiado por Pedro Romero, éste arma la muleta y paso a paso se acerca al toro que se fija y encampana, el diestro con absoluta tranquilidad, arroja la flámula a la arena, se quita el sombrero, que corre la misma suerte, después se despoja de la cofia y tras considerarla un momento, como si fuese a emplearla, la tira igualmente. Por último aparece en su mano una de esas peinetas de dos dedos, que se utilizan para sujetar la cofia, da dos pasos más hacia el toro, que ante su proximidad se



Pepe-Hillo, por Goya.



arranca. El rondeño aguanta impasible la embestida y coloca una soberbia estocada en todo lo alto. Ante tanto acierto el graderío enloquece de entusiasmo. Ya no tiene «Pepe-Hillo» el mismo éxito en el tercer toro, al pinchar repetidas veces. A la vista de este fracaso, el presidente de la corrida, llama a los diestros y les prohíbe que continúen actuando sin muleta. A lo que contesta Pedro Romero: «Yo no me he metido con el señor en nada, pues me ha buscado la boca, como V.S. ha visto, por eso he hecho lo que V.S. ha visto y así el señor, que quería liarse con la «gente guapa», ya lo ha conseguido».

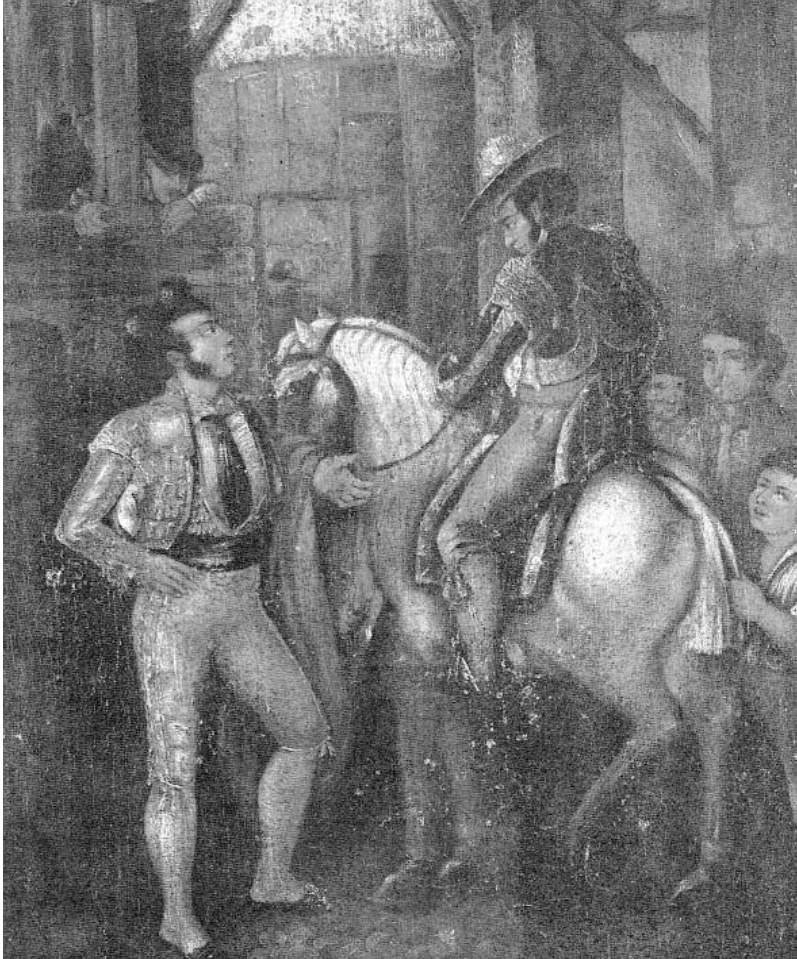
Otro espada sevillano que destaca en aquel momento, Francisco Garcés, nacido en el barrio de San Bernardo, el año 1761, ve alumbradas sus actuaciones por la notoriedad. En sus comienzos taurinos llama la atención y le protege, Jerónimo José Cándido, el primero de los tres grandes toreros de Chiclana, hijo de José Cándido, mortalmente corneado en el Puerto de Santa María y cuñado de los hermanos Romero, por haber contraído matrimonio con una hermana de estos. Garcés abandona los ruedos y muere el año 1800.

Sevilla crea toreros y Madrid se arroga merecidamente, la facultad de consagrar prestigios. Es en la plaza matritense donde con notorio escrúpulo se hace la selección, también es obligado considerar que la esencia del toreo emana de Ronda, conceptos que concretan el compendio de la magna historia del toreo.

# Don Paco *el de los toros*

En Madrid, es donde Francisco de Goya tiene más ocasión de asistir a las corridas de toros y dar cumplida satisfacción a su atávica y telúrica pasión taurina sentida desde temprana edad. Le gusta autollamarse «Don Paco, el de los toros», como escribe en una de las cartas que dirige a su amigo y biógrafo Martín Zapter. La manera apasionada de sentir las Fiesta de los Toros, cada vez, que acude a una corrida, bien en Madrid u otro lugar, es muestra evidente. Afición que impulsa a su genio de pintor para llevar al lienzo asuntos taurinos, o hacer retratos, inmortalizando a figuras de su tiempo. La práctica del toreo por Goya, fue una realidad en su juventud una carta que envía a un amigo de Madrid, Leandro Fernández de Moratín, desde Burdeos, en 1827, un año antes del fallecimiento del pintor, comenta una conversación, «le ha afirmado, que había toreado y manejado el estoque sin temor a ningún cornúpeto. Este testimonio certifica que toreó en varias ocasiones. Sus biógrafos ahondan más en la afición que sentía por los toros. En la revista «El Artista», de 1835, Corderera escribe referente al pintor de Fuendetodos: «Goya se transforma los días de corrida de toros, con su gran sombrero, su chupa, capa terciada y con su espada debajo del brazo, acompañado de su cuñado Francisco Bayeu, ambos con el mismo traje, mantenían amistad y conversaban con los toreros de mas nombradía». Conversaciones que principalmente tenían por escenario el Patio de Caballos de la Plaza de la Puerta de Alcalá.

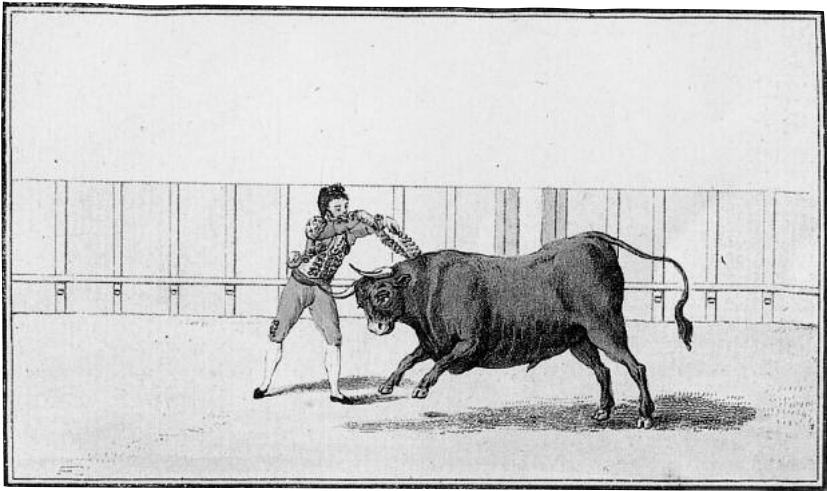
Goya sensitivo acierta a ver formas, apariencias, a distinguir sutiles sombras que revelan la belleza del toro de lidia, animal musculoso, elástico, una tempestad de sangre empujada con ira. Los días de corrida se transforma en otro hombre y su fervor taurino encuentra fuerte expresión en su genio artístico con trazo



Toreros de la época de Goya.

electrizante que llevaría después a su serie «Tauromaquia» y antes en la pintura costumbrista y castiza de los cartones para tapices. En el titulado «Una novillada en Carabanchel», uno de los diestros representados, es el propio Goya.

Un tapiz de Ramón Bayeu, hermano de Francisco y de Josefa, que pertenece al Patrimonio Nacional, representa el exterior del coso matritense. De su interior da cumplido detalle Goya en seis cuadrillos sobre metal, titulados «Salida de las cuadrillas», «Suerte de varas», «El matador», «Toreando de capa», «Toro luchando con perros» y «El arrastre». También recoge momentos taurinos de la Plaza de la Puerta de Alcalá en varias planchas de la tauromaquia, como la titulada, «La desgraciada muerte de «Pepe-Hillo» en la Plaza de Madrid».



# Carlos III prohíbe las corridas de toros

Enemigo de las corridas de toros, el conde de Aranda, ministro de Carlos III, en varias ocasiones aconseja al soberano, que las suspenda. Apoyado por el duque de Alba, del que recaba colaboración, consigue del Rey, que el 14 de noviembre de 1785, promulgue una pragmática sanción prohibiendo la Fiesta de los



«Una corrida de toros en una aldea», Eugenio Lucas Velázquez.



El pregón.

Toros en todos los pueblos del reino, a excepción de los que había concesión perpetua o temporal de festejos con destino público de sus productos económico, útil, o piadoso. Los organizadores de corridas las justificaron benéficas y de hecho la orden no produjo efecto. El 14 de diciembre de 1788, tres años después de tal suspensión, moría Carlos III. A la exaltación de Carlos IV se celebran corridas reales en su honor, y desde aquel momento, queda anulada la prohibición.

# Carlos III engrandece Madrid

Carlos III gran impulsor del urbanismo matritense, puso verdadero interés para remediar de cuanto adolecía la Capital y trató de engrandecerla. Para llevar a efecto este propósito encuentra la colaboración eficaz e inteligente de tres ilustres personajes, el conde de Aranda (don Pedro Pablo Álvarez de Balez), (don Pedro Rodríguez) conde de Campomanes y conde de Floridablanca (José Moñino) que con su gestión gobernadora, Madrid se transforma y deja de ser un lugar grande, sucio y destartalado. En 1775, se inaugura, la Puerta de San



Don José Moñino y Redondo,  
Conde de Floridablanca, por Goya.



Vicente, debida a los planos del arquitecto Sabatini, tres años después, en 1778, nos lega la elegante y maravillosa Puerta de Alcalá.

De la riqueza monumental legada a Madrid por Carlos III, y cumplida dentro de su mandato por el corregidor o alcalde, José Antonio Armona, entre los años de 1777 y 1792, hay tres fuentes emblemáticas: La de Cibele, diseñada por Ventura Rodríguez y cincelada la diosa por Francisco Gutiérrez en 1781 y los leones por Roberto Michel. La de Neptuno, escultura de Juan Pascual de Mena y la de Apolo, o de las Cuatro Estaciones, diseño de Ventura Rodríguez y realizada por Manuel Álvarez de la Peña, y a su muerte, terminada por Alfonso Vergaz.

## San Marcos

En la calle de San Leonardo el año 1753, Ventura Rodríguez construyó la iglesia de San Marcos, en cuyo templo está sepultado. En la cúpula del edificio está representada la batalla de Almansa, sucedida el 25 abril de 1707.



Fuente de Cibele.

## Fábrica de Porcelana

En el recinto del Buen Retiro se instaló por decreto de Carlos III, en 1759, la Fábrica de Porcelana, que sería destruida por los franceses en 1808, y restaurada en 1817, trasladada después a terrenos de la Moncloa.

Después de estas realizaciones, fue merecido el dicho: «El mejor alcalde, el Rey».

## La Lotería

La Lotería Nacional se estableció en Madrid, por Real Orden del 30 de septiembre de 1763. Fue el primer director don José Peya y la sede del Servicio se residió en la plazuela de San Ildefonso. El 10 de septiembre del mencionado año se celebró el primer sorteo, no estaba reglamentado en la forma actual. tenía dos cartones: ambro y terno.



Puerta de Alcalá.

La suerte del juego, con que ganaba el jugador por salir premiados los números de una misma combinación entre los que elegía. En la lotería primitiva, sistema de cartones, los números de una fila de un cartón, cuyas respectivas bolas han salido antes de las correspondientes a los tres números restantes de la misma fila.

Terno: Suerte de tres números en los comienzos de la lotería, en la llamada de cartones.

El erario público en el primer año obtuvo un ingreso de (575.000 pesetas) 2.300.000 reales.

La Junta de Cádiz, del 23 de noviembre de 1811, implantó la lotería dividiendo los billetes en cuartos, que después se convirtieron en décimos.



El Conde de Aranda.

## Alumbrado

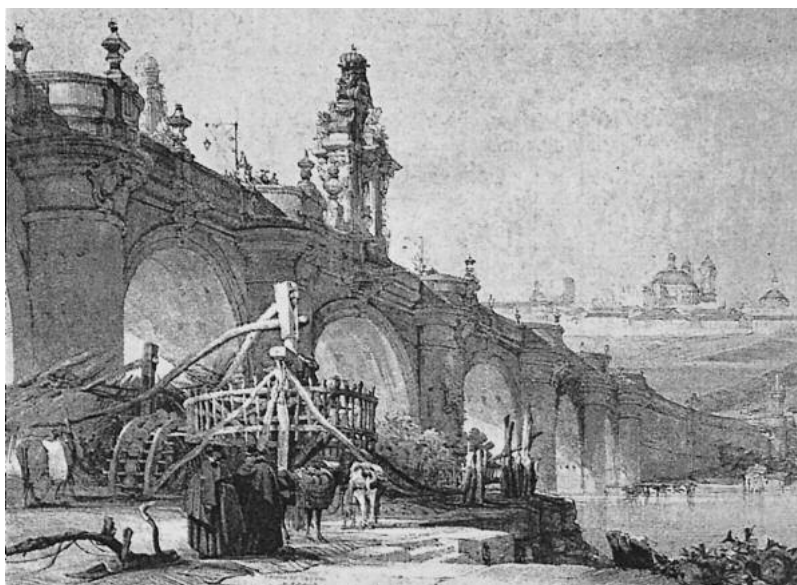
Carlos III ordenó la instalación de faroles con candilejas de aceite para alumbrado de las calles. Servicio mal acogido por el vecindario de los llamados barrios bajos. Los faroleros al comenzar el encendido tenían que ser custodiados por rondas y rondines de tropa, que tenían la misión de evitar la rotura de dichos faroles, acción frecuente tan pronto como se alejaba o desaparecía por una esquina el piquete.

El 30 de marzo de 1765 dispuso Carlos III una nueva iluminación urbana general para los seis meses

de otoño e invierno. El alumbrado todavía resultó mezzquino y pobre, pero a ninguna autoridad hasta entonces se le ocurrió instalar el gas que ya se venía usando en países europeos.

## Cementerios

En su reinado José Bonaparte dispondría la creación del llamado Cementerio del Norte, en las afueras de la Puerta de Fuencarral y otro del Sur, que hoy forma parte del de San Lorenzo. Ya Carlos III quiso acabar con la costumbre de enterrar los cadáveres en las iglesias, y en 1787 ordenó la construcción de camposantos, cuyos proyectos corrieron a cargo de Juan de Villanueva y de Ventura Rodríguez, trabajo que quedó suspenso, porque muerto el monarca



Puente de Toledo.



Pedro Rodríguez, conde de Campomanes.

su hijo heredero del trono no se preocupó de llevar a cabo el proyecto.

### **El primer diccionario**

Creada la Real Academia Española de la Lengua, al año siguiente se comienza a redactar el diccionario de la lengua castellana, obra que constaba de seis tomos en folio, publicada en 1739. El difícil de tan voluminosa obra obligó a la docta corporación a refundarla en un solo volumen que apareció en 1780. Entre una y otra edición se publicó la Gramática y la Ortografía.

# Coronación de Carlos IV

En 1788, comienza el reinado de Carlos IV, en homenaje a los nuevos monarcas se organizan festejos taurinos en la Plaza Mayor. El 22 de septiembre de 1789, con el boato de auténticas fiestas reales, que se creían ya abolidas, se lidian treinta y cuatro toros, por la mañana doce y por la tarde, veintidós. Como es tradicional los reyes presencian las corridas desde los balcones de la Casa de la Panadería. Goya nombrado pintor de Cámara, el 25 de abril de ese mismo año, se encarga de supervisar la decoración de la Plaza.



Carlos IV.

Nada se deja al azar, la selección de ornamentos, el juego de colores, la perspectiva más armoniosa desde el Palco Real. La bella escenografía para un espectáculo grandioso. La gente del pueblo llano haciendo un esfuerzo han adquirido localidades pagando dos o cuatro reales, por las localidades más baratas. Los ocupantes en mejores sitios lucen suntuosa vestimenta de majos ante el asombro de los auténticos. En el festejo matinal han actuado Antonio Romero, Francisco Herrera «Curro» y José de la Torre. En la corrida de la tarde participan los tres espadas de mas cartel de ese momento, «Costillares», Pedro Romero y «Pepe-Hillo».

Desde temprano se había desbordado la expectación y la gente se apiña alrededor de la Plaza Mayor, en algunos corros cantan:

*«Pepe-Hillo» y Romero  
¡dale que dale,  
se disputan la fama  
con «Costillares»!*

*¡Anda, graciosa,  
que el valor se reparten  
Sevilla y Ronda!*

«Pepe-Hillo» se mantiene al margen de la pugna que ha dividido a la afición taurina en dos bando, unos por «Costillares» y otros por Pedro Romero. Se dice que al sevillano le admira la masa entusiasta y los entendidos a Romero, del que gusta tanto su toreo sereno y elegante. «Pepe-Hillo» enardece a todos con su valor y su alegre hacer ante el toro, aunque no tenga igual hondura, como el toreo de «Costillares» y del coloso de Ronda. Pedro Romero antes de comenzar la corrida exige el sorteo de puestos, pues quiere lidiar y matar en primer lugar, aunque «Costillares» es más antiguo. Todavía no hay nada legislado, solamente el uso y costumbre. Mientras Joaquín Rodríguez alega su antigüedad, Pedro Romero pretexto su prestigio y triunfos en los ruedos, o sea su categoría. El presidente del festejo se aviene al sorteo y la buena suerte acompaña al

rondeño que se sale con la suya, de matar el primer toro. Anteriormente hubo que solucionar otro empecinamiento de Pedro Romero, que había pedido, que los toros a lidiar en la corrida real, fueran castellanos y no andaluces, como pretendían «Costillares» y «Pepe-Hillo».

La fiesta sigue y hubieron de torear más corridas y en distintos cosos, «Costillares» y Pedro Romero, con el dilema resuelto.

Carlos IV y sus ministros apoyan a Francisco de Goya y de resulta de esta deferencia han quedado para la posteridad cuadros magistrales que representan al monarca y su familia, en los que marca los rasgos de expresión y carácter. A Carlos IV le retrata con aspecto un poco cazarro, para expresar su escasa inteligencia, tónica de la familia. Su hermano mayor, Felipe, fue excluido de la sucesión al trono por haber nacido idiota. A la señora María Luisa de Parma, prima del rey la retrató con anti-pático aspecto y pinta de plebeya barriobajera. La primera interpretación goyesca de la familia, en su pintura fue acogida con frases elogiosas.



Frescos de la cúpula de San Antonio de la Florida.



La ermita de San Antonio de la Florida, edificada según planos del arquitecto Francisco Fontana, se terminó en 1798. Los frescos de Goya que decoran la cúpula, tienen relación con predicaciones escénicas del santo. El fragmento que representa la resurrección de Martín resulta impresionante por el admirable colorido de la composición, independientemente del impacto óptico de los rasgos expuestos del resucitado y los testigos con unos gestos asustados, y otros evidenciando fe y gozo. El resto de personas también tienen efectos emocionales y dan la sensación impronta de estar en la barrera de una plaza de toros. En la realización de estas pinturas empleó Goya cuatro meses y el costo con honorarios se cifró en 6.385 reales.

# El ambiente del Madrid dieciochesco

En el Madrid goyesco de duquesas y manolas, de nobles y majos, de cortesanas y chisperos, de cómicos, tonadilleras y toreros, se galantea, se coquetea en los saraos de los palacios, y se danza y baila en verbenas populares y en la pradera de San Isidro. En plazuelas y en corralas se baila el célebre baile del can-



Ambiente dieciochesco. «El paseo de las Delicias», por F. Bayeu.

dil y se escuchan fandangos y tonadillas. De toros se habla, y se discute, con apasionado acaloramiento muchas veces, en colmados, tabernas, bodegones, mesones, posadas y botillerías. Los colmados llegan a representar un elevado número. En el llamado de «Los Andaluces», en la calle de Carretas, uno de los más caros, se suele comer por diez y hasta ochenta reales. Las posadas y los mesones son los establecimientos frecuentados obligatoriamente, porque a falta de fondas y hoteles, no hay otro cobijo para el noble y el plebeyo, el precio y el servicio marca la diferencia de clientela y calidad. En algunas posadas, solo albergan trajineros, carreteros y labradores. Otras reúnen huéspedes de más preclaro origen. Son conocidas, el Parador de la Reina, en la desaparecida calle de San Miguel, al iniciarse la construcción del primer tramo de la Gran Vía. El Mesón del Segoviano, en la Cava Baja, Mesón de Castilla, en la calle angosta de San Bernardo, hoy calle de la Aduana. Además de los mesones, de Medina, de la Cruz, Madrid, y el de «La Úrsula», en la Plaza de la Cebada. Ante la puerta del mesón Galdo, salen las diligencias para la Granja de San Ildefonso. Las posadas de «El Dragón» y de la Villa, en la Cava Baja, de la Merced, León de Oro y San Pedro. Y los mesones del Maragato, en la calle de Segovia, Zaragoza, en la calle de Sevilla y Parador de la Higuera. También existen casas de huéspedes llamadas posadas secretas, que reciben clientes por el módico precio, de cinco céntimos. Los atienden mal y el huésped está expuesto al robo. En 1788, se dispone que estos aposentos sean investigados y vigilados por los alcaldes de barrio. La mayoría de esas posadas se denominan popularmente de la sogá. En el aposento colectivo, pernoctan los hospedados sobre una colchoneta de paja y por almohada una sogá, donde apoyaban la cabeza. A una hora temprana, el dueño o dueña del local, soltaba la maroma y todas las cabezas caían al unísono despertándose obligadamente los eventuales usufructuarios.

Entre las fiestas populares se celebran la de los mayos, la Santa Cruz y Corpus Cristi más la romería de San Isidro en el entorno de Lavapiés, en la Plaza del Alamillo, en la Pradera del Santo y otros, con asistencia de majos, majas, chisperos de Maravi-

llas y del Barquillo y manolas. Se bailaba, cantaba, bebía y se decían lindezas amorosas y otras picarescas, el pincel goyesco recogió estas holganzas populares. El requiebro o el piropo, madrigal de urgencia, solía tener respuesta aceptada o desdén, no eran fáciles las conquistas. Toreros y varilargueros con popularidad, por sus hazañas en el ruedo de la Puerta de Alcalá, se dejan caer por estas fiestas y reciben muestras de admiración y afecto, más de una manola se prenda de la bizarría de la totería y se deja querer, la más rebelde y de más carácter, por tanto, la más conocida, fue Pepa «La Naranjera», dura con todos, hasta que llegaba el tunante que la camelaba y se entregaba como «una gatita mimosa» a una efímera aventura. Ambiente alegre, de Castoreños, redecillas, pañosas rojas y traje corto, moda de la época. Latido del Madrid goyesco, bajo el paso de los días, bullanguero y sonoro del alma madrileña saltando chispas, relampagueos de frases, giros, costumbres, tipos y modos. Había sinceros afectos, la gente trataba de poder comer y divertirse. Los madrileños van a los toros, como siempre, y se enardecen los ánimos en los tendidos del coso, ante las faenas de sus diestros favoritos. El otro espectáculo que goza del favor del público, el Teatro, cuenta con tres coliseos que se reparten el auge de atracción de espectadores. El de Caños del Peral, dedicado principalmente al género lírico, el Teatro de la Cruz, con sus incondicionales llamados «polacos» por una cau-



María Antonia Fernández,  
«la Caramba».

sa anecdótica, y el teatro del Príncipe, con los conocidos por «Chorizos», por otro motivo de la misma índole. El teatro es en el siglo XVIII, según el carácter que le imponen los monarcas Carlos III y Carlos IV. Durante el reinado de Carlos III, la tragedia es el género más en boga, Fajardo, Olavide, Jovellanos, García de la Huerta, Rey, Valladares, Labiano, Moncans, Nifo, Rodríguez de Arellano, Trigueros Comella, escritores ilustrados, rinden culto a esta clase de obras, cuando no es a la traducción de las estrenadas allende nuestras fronteras. La tonadilla también es muy apreciada, y las zarzuelas con libreto de don Ramón de la Cruz, y música de Bocherini, Pablo Esteve, Antonio Rosales, Fabián Pacheco y Rodríguez Hita. Parte de las producciones teatrales sufren ataques del clero, que las califica de obras torpes, y lascivas a las comediantas por dar mal ejemplo con su reglada vida, proponiendo que se les declarase infames y sin derecho a sacramentos por la Iglesia. No todo el brazo eclesiástico opina tan severamente, algunos priores solicitan permiso para la celebración del espectáculo, basándose, en hacerlo con fines benéficos. La devoción de los cómicos en su mayoría está reconocida, en 1762 han creado la hermandad del socorro del Santísimo Cristo de la Piedad y nuestra Señora de la Concepción, alojada en la capilla de Nuestra Señora de la Novena, que la declaran su Patrona, con culto en la Iglesia de San Sebastián, en la calle de Atocha esquina a la calle del Viento, hoy de San Sebastián.

Las comediantas y tonadilleras más conocidas, Petronila Xibarra «La Portuguesa», Ana Jacoba Espinosa, María Teresa Palomino «La Pichona», María Ignacia Ibáñez, el amor trágico del escritor y militar José Cadalso y Vázquez, Paca Martínez, María Navas, Agustina Prado, Apolonia Rachel, María del Rosario Fernández «La Tirana», retratada por Goya, Rita Luna, María Bermejo, María Ladvenant, Antonia Prado y María Antonia Fernández «La Caramba», que terminó en un convento, son las más celebradas. Entre los actores destaca principalmente, el cartagenero, Isidoro Maíquez.

Uno de los autores más de moda en este tiempo, Leandro Fernández de Moratín, en 1790, estrena en el Teatro del Prínci-

pe, «El viejo y la niña», en 1792, en el mismo escenario, da a conocer «La Comedia Nueva».

En la vida española del siglo XVIII, el periódico, órgano de comunicación, comienza a alcanzar gran importancia por su participación y responsabilidad en los rumbos de la historia de la nación. La labor periodística es reflejo cotidiano, palpitante y puntual de los acontecimientos con un abanico de espacios informativos. Cada publicación suele ser afín a una u otra tendencia política, en estos tiempos, cuando se vive el episodio de la Revolución Francesa, surge el periodismo político y la matización de derechas e izquierdas. En Madrid y con sus pinceles, Goya denuncia la Inquisición y refleja el espectáculo de la Fiesta de los Toros en la Plaza de la Puerta de Alcalá y en los pueblos, la publicación de periódicos tiene buena acogida entre los ciudadanos. En 1738, se funda el *Mercurio Histórico y Político*, que cambia de nombre en 1784, pasando a titularse, *Mercurio de España*. En 1758, ve la luz el *Diario Noticioso, curioso, erudito y comercial, público y económico*, después titulado *Diario Oficial de Avisos*, subsistiendo hasta 1918. *El Pensador*, de don José Clavijo Romea, comienza a editarse en 1762. *Caxón de Sastre*, publicación fundada en 1760 y más tarde don José Cristóbal Romea edita *El Escritor sin título*, órgano defensor del teatro nacional. *La Aduana Crítica*, semanario, del que es responsable don José Miguel Flo-



El cómico Miguel Garrido, compañero de «la Caramba».

res, se ofrece a la opinión pública. En 1784, sale *Memorial Literario, Instructivo y Curioso de la Corte de Madrid*, que desaparece en 1808. Don Antonio Valladares edita en 1787, el *Semanario Erudito* y en 1788, aparece el semanario *Zumbas*.

El *Diario de Madrid*, antigua *Gaceta*, hoy *Boletín Oficial del Estado*, se ocupa de la fiesta de los toros y se puede leer: «Mañana jueves 22 del corriente, por particular privilegio del Rey Nuestro Señor, que Dios guarde, para beneficio de los pobres enfermos de Hospitales Reales de esta Corte, se hará la tercera corrida de toros, en la plaza extramuros de Madrid, inmediata a la Puerta de Alcalá. El ganado constará de 18 cabezas, doce de la célebre vacada de don José y don Miguel Gijón, vecinos de Villarrubia de los Ojos, de seis, siete y ocho años. Cinco de Colmenar, de don Fernando González Segura y uno de Argote, de don Antonio María, con marca de una H, previniéndose que este toro es el que no pudo traerse a la fiesta pasada por haber atropellado, diferentes veces a la gente de «a caballo» y de «a pie», queriéndole obligar». A esta larga retahíla anunciadora se añadía: «Por la mañana picarán de vara larga seis toros, Cristóbal Revisco y Miguel Ramírez. Por la tarde ejecutarán otros seis don Antonio Gamero y don Juan Merchante. Y retirados, saldrá vestido de golilla Pedro de la Cruz, alias «Mamón», a quebrar rejones en dos toros, concluyendo la función los toreros de «a pie», con la diversión de la Tinajilla y Dominguillos».

Los festejos taurinos, como se puede comprobar, ofrecían variadas facetas de alardes valerosos y de diversión. En los carteles de la plaza de toros de Madrid, para el festejo del 18 de octubre de 1790, anuncian que Francisco Herrera «Curro» pondrá a caballo banderillas de fuego.

En el *Diario de Madrid*, de febrero del año 1799, Francisco de Goya anuncia la puesta en circulación de su serie «Los caprichos». La duquesa de Osuna, acude a casa del pintor en la calle de los Reyes y adquiere por mil quinientos reales de vellón, los cuatro libros de «Los caprichos», grabados al aguafuerte, firmados de manera autógrafa directa por el maestro aragonés.

# Goya y Madrid

La figura de Goya es tan grande, no solo del arte español, sino del universal, que no se hace menester descubrir su personalidad ni encarecer su importancia. Aunque nacido en Aragón, puede considerársele como un artista muy madrileño, ya que en la Villa y Corte desarrolla poderosamente su genio, desde que empieza a pintar cartones para tapices a las órdenes de Mengs, en la antigua fábrica de la Puerta de Santa Bárbara, hasta que pinta la cúpula de San Antonio de la Florida o llena de



Panorámica del Madrid en la época de Goya.



pinturas caprichosas las paredes de su casa, a la otra orilla del Manzanares, en la ladera del cerro Bermejo, donde el llamado actualmente barrio de Goya, no muy lejos de la ermita de San Isidro, conocida por la «Quinta del Sordo». El ha dejado viva, veraz, a veces cruel, retratada una época. Desde la familia real, a tipos populares, majos, tonadilleras y toreros. También los símbolos trágicos al óleo o en dibujos de pesadilla. Desde un piso de la Puerta del Sol, esquina a la calle Arenal, ve las escenas del 2 de mayo, que inmortaliza en su cuadro «Carga de los mamelucos en la Puerta del Sol, 1808».

De los ochenta y dos años de su vida, cincuenta los pasa Goya en Madrid. Son las fecundas credenciales de su actividad artística, aquellos en que desarrolla su obra fundamental y cuando su formación técnica y estética alcanza sus más altas cotas. En Madrid, el siglo XVIII, la figura excepcional de Goya, es receptor de los saberes anteriores y emisor permanente de señales plenas de futuro. A través de su obra diseña y perfila lo que es el siglo XVIII, en sus acontecimientos, en sociedad, en sus noticias, en sus hombres. Según

sus biógrafos, se puede fijar su obra total, contando dibujos, grabados y pinturas, alrededor de dos mil producciones. Es sabido que pintó al óleo sobre lienzo, tabla, cobre y hojalata, al aguafuerte, litografía, miniaturas y dibujo. Todo el siglo XVIII, en todas las esferas sociales, en todas actividades está encerrado en el mundo infinito del retrato goyesco: Hombres, mujeres, niños, personajes, diplomáticos, médicos, pintores, financieros, arquitectos, actores y toreros.



Goyescos.

La rotunda forma del templo de San Francisco el Grande, emergido en la silueta más expresiva de Madrid, la que se descubre desde el Manzanares hace a Goya sentirse obsesionado. En su delicioso cuadro «La pradera de San Isidro». San Francisco El Grande es la eminencia urbana que ordena el paisaje. En muchos de los cartones para tapiz aparece al fondo la masa del referido templo, a veces, tratada como pura abstracción geométrica. Por ejemplo, en «La cometa». Aunque la oportunidad más importante que se le ofrece a Francisco de Goya, como colaborador en una empresa arquitectónica, es la decoración al fresco de la ermita de San Antonio de la Florida.

Goya guarda una cierta coherencia vital con el espíritu del pueblo que procedía y por esa línea de tradición, se remonta al pincel de Velázquez. El rey le impone el rococó, él se agarra a la tradición barroca española. Le gusta lo popular, costumbrista, castizo y torero, de ahí su veta de pasión por la fiesta de los toros. Al mismo tiempo, alterna con aristócratas y con los intelectuales. Se reúne con el clan de Manuel José Quintana, también acude a la tertulia de los adversarios de éste, en la Fonda de San Sebastián, que se encuentra en la calle del Viento, esquina a la Plaza del Ángel, de la que es iniciador don Nicolás Fernández de Moratín, que se regenta por el solo estatuto de conversar únicamente de teatro, toros, versos y mujeres. Asiste José Cadalso, Tomás Iriarte, Ignacio López de Ayala, Signori, autor de *Historia crítica de los teatros*, Conti traductor al italiano de los versos de Juan Herrera, los Argensola y de Garcilaso de la Vega.

En 1785, Goya cuenta entre sus clientes al duque de Medinaceli, mayordomo mayor de palacio. Otro buen cliente gana ese mismo año, a doña María Josefa Alonso de Pimentel Téllez Girón, condesa-duquesa de Benavente, casada con el duque de Osuna. Primerísima dama de la Corte, que rivaliza con la duquesa de Alba, aunque alejada de lo popular y lo castizo, excepto de la torería y las comediantas, se desenvuelve en ambientes refinados y despóticos de la Ilustración. Tiene su tertulia literaria en su palacio de la Cuesta de la Vega y también en el palacete «El Capricho», de la Alameda, en el camino de Barajas. Lugar acogedor, con estanques, templetos, y grotescos, donde

se dan las fiestas de más rumbo de la época. A su tertulia acuden Nicolás Fernández de Moratín, don Ramón de la Cruz, Tomás Iriarte, y demás de cuanto significa en la vida intelectual madrileña, que en ese momento, vive de las corrientes filosóficas y estéticas procedentes de Francia.

Goya entre los cuadros y retratos que hace por encargo para los duques de Osuna, en 1785, les entrega el titulado «Un apartado de toros». El hecho taurino gusta a nobles y plebeyos, como se ve en las preferencias generales. En «El Capricho» se celebran carreras de caballos, las primeras de Madrid, de las que se tiene noticia, festejos taurinos, representaciones de teatro, ópera de cámara, zarzuela de cámara y tonadillas.

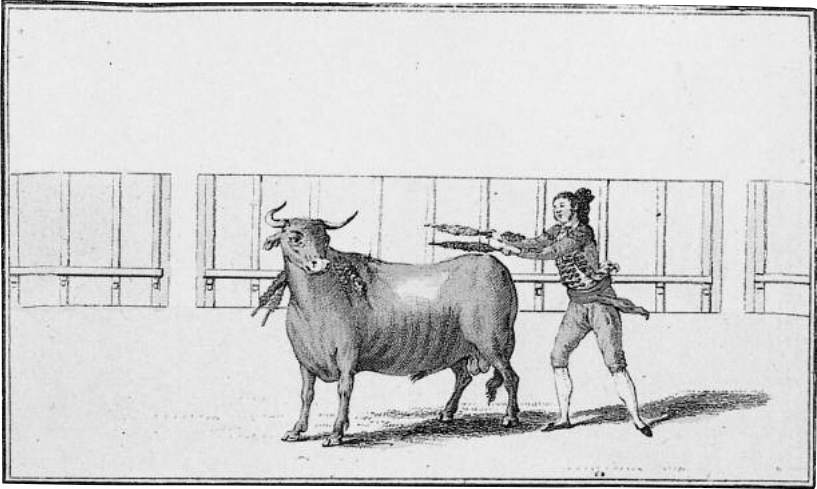


Calesero.

Por estos tiempos Goya figura en las reuniones de sociedad y saraos que ofrecen las condesas de Montijo, Carpio, marquesa de Santa Cruz, y duquesa de Vistahermosa, propietaria con su esposo de una de las ganaderías de reses bravas base de la casta de otras vacadas formadas posteriormente. Junto a la duquesa de Benavente, quien principalmente se mueve entre la aristocracia es María Teresa Cayetana de Silva Álvarez de Toledo, duquesa de Alba, verdaderas madrinas de los más ilustres ingenios de su época, entre los que se pueden contar las tres figuras máximas del toreo, «Costillares», Pedro Romero y «Pepe-Hillo». La duquesa de Alba tiene en el alma un arraigado trapío de maja de rumbo, ex-

tiende sus aficiones más allá del academicismo tan en boga, en el Siglo de las Luces, y gusta de codearse con los más representativos ídolos del pueblo, cómicos, tonadilleras y toreros. Además de decidida protectora de Francisco de Goya y del sainetero don Ramón de la Cruz.

En la rivalidad entre los asiduos al teatro del Príncipe y los del teatro de la Cruz, la de Alba capitonea el bando de los «polacos», del coliseo de la Cruz, mientras que la de Osuna, se pone al frente de los «Chorizos» adiptos al teatro del Príncipe. Partidas que defienden y aplauden, unos a la notable comedianta María del Rosario Fernández «La Tirana» y los otros a la destacada artista Pepa Figueras. En su rivalidad en todo y por todo, la duquesa de Alba gana en popularidad, bizarría y donaire a la de Osuna.



# Textos y normas del toreo

Textos que recogen reglas del toreo, aparecen varios en el siglo XVIII, aparte del ya citado de José Daza, uno de los más famosos editado en 1788, existen otros anteriores *Cartilla de las Reglas del Arte de Torear*, de Nicolás Rodrigo Noveli, de 1726, por ese tiempo, Diego Torres de Villarroel da a conocer, *Reglas para Torear y Arte de Todas Suertes*. En 1738, publica Juan Francisco Melcón, *La Malicia confundida y Verdad Triunfante*, que tiene un título confuso con materias religiosas, pero de asunto taurino.

Además se edita *Reglas de Torear a Caballo*, de José Fernández de Córdoba y *Arte de Rejonear a Caballo*, de Marcelo Tamarit, de Carmona. En la biblioteca del duque de Osuna se guarda una *Cartilla sobre el toreo* de autor anónimo.

*La Tauromaquia o Arte de Torear* del que es autor el espada «Pepe-Hillo», aparece en 1796. En realidad la escribe don José de la Tixera, pues el torero solo sabe firmar. El escritor recoge conceptos y experiencias de gran utilidad para la torería con relación correcta y apropiada para el tema.

Nicolás Fernández de Moratín pone su inspiración lírica para cantar a la Fiesta de los Toros, con su célebre:

*MADRID, castillo famoso,  
que al rey moro alivia el miedo,  
arde en fiestas en su coso  
por ser el natal dichoso  
de Alimenón de Toledo.*

*Su bravo alcaide Aliatar,  
de la hermosa Zaida amante,  
las ordena celebrar  
por si puede ablandar  
el corazón de diamante.*

*Pasó, vencida a sus ruegos,  
desde Aravaca a Madrid;  
hubo pandorgas y fuegos  
con otros nocturnos juegos  
que dispuso el adalid.*

*Y en adargas y colores,  
en las cifras y libreas  
mostraron los amadores,  
y en pendones y preseas,  
la dicha de sus amores.*

*Vinieron las moras bellas  
de toda la cercanía,  
y de lejos muchas de ellas;  
las más apuestas doncellas  
que España entonces tenía.*

*Aja, de Getafe vino,  
y Zabara de Alcorcón,  
en cuyo obsequio muy fino  
corrió de un vuelo el camino  
el moraicel de alcabón.*

*Jarifa de almonacid,  
que de la Alcarria, en que habita  
llevó a asombrar a Madrid  
su amante Audalla, adalid  
del castillo de Zorita.*

*De Adamuz y la famosa  
Meco llegaron allí  
dos, cada cual más hermosa,  
y Fátima, la preciosa  
hija de Alí el Alcadí.*

*El ancho circo se llena  
de multitud clamorosa,  
que atiende a ver en su arena  
la sangrienta lid dudosa,  
y todo en torno resuena.*

*La bella Zaida ocupó  
sus dorados miradores  
que el arteafiligranó  
y con espejos y flores  
y damascos adornó.*

*Añafiles y atabales,  
con militar armonía,  
hicieron salva, y señales  
de mostrar su valentía  
los moros más principales.*

*No en las vegas de Jarama  
pacieron la verde grama  
nunca animales tan fieros,  
junto al puente que se llama,  
por sus peces, de viveros,  
como los que el vulgo vio  
ser lidiados aquel día;  
y en la fiesta que gozó  
la popular alegría  
muchas heridas costó.*

*Salió un toro del toril  
y a Tarfe tiró por tierra,  
y luego a Benalguacil;  
después con Hamete cierra  
el temerón de Conil.*

*Traía un ancho listón  
con uno y otro matiz,  
hecho un lazo por airón,  
sobre la enhiesta cerviz  
clavado con un arpón.*



*Todo galán pretendía  
ofrecerle vencedor  
a la dama que servía;  
por eso perdió Almanzor  
el potro que más quería.*

*El alcaide, muy zambbrero,  
de Guadalajara huyó  
mal herido al golpe fiero;  
y desde un caballo overo  
el moro de Horche cayó.*

*Todos miran a Aliatar,  
que, aunque tres toros ha muerto,  
no se quiere aventurar;  
porque en lance tan incierto  
el caudillo no ha de entrar.*

*Más viendo se culparía  
va a ponérsele delante:  
la fiera le acometía;  
y sin que el rejón la plante  
le mató una yegua pía.*

*Otra monta acelerado:  
le embiste el toro de un vuelo,  
cogiéndole entablero;  
rodó el bonete encarnado,  
con las plumas por el suelo.*

*Dio vuelta hiriendo y matando  
a los de pie que encontrara,  
el circo desocupando;  
y, emplazándose, se para,  
con la vista amenazando.*

*Nadie se atreve a salir:  
la plebe grita, indignada;  
las damas se quieren ir,  
porque la fiesta empezada  
no puede ya proseguir.*

*Ninguno al riesgo se entrega,  
y está en medio el toro, fijo,  
cuando un portero que llega  
de la puerta de la Vega  
hincó la rodilla, y dijo:*

*«Sobre un caballo alazano,  
cubierto de galas y oro,  
demanda licencia, urbano,  
para alancear a un toro  
un caballero cristiano.»*

*Mucho le pesa a Aliatar;  
pero Zaida dio respuesta  
diciendo que puede entrar,  
porque en tan solemne fiesta  
nada se debe negar.*

*Suspense, el concurso entero  
entre dudas se embaraza,  
cuando en potro ligero  
vieron entrar en la plaza  
un bizarro caballero.*

*Sonrosado, albo color;  
belfo labio, juveniles  
alientos, inquieto ardor  
en el florido verdor  
de sus lozanos abriles.*

*Cuelga la rubia guedeja  
por donde el almete sube,  
cual mirarse tal vez deja  
del sol la ardiente madeja  
entre cenicienta nube.*

*Gorguera de anchos follajes,  
de una cristiana primores;  
en el yelmo los plumajes,  
por los visos y celajes  
vergel de diversas flores.*

*En la cuja, gruesa lanza  
con recamado pendón,  
y una cifra a ver se alcanza,  
que es de desesperación,  
o a lo menos de venganza.*

*En el arzón de la silla  
ancho escudo reverbera  
con blasones de Castilla  
y el mote, dice a la orilla:  
Nunca mi espada venciera.*

*Era el caballo galán,  
el bruto más generoso,  
de más gallardo ademán:  
cabos negros, y brioso,  
muy tostado, y alazán.*

*Larga cola, recogida  
en las piernas descarnadas;  
cabeza pequeña, erguida;  
las narices, dilatadas;  
vista feroz y encendida.*

*Nunca en el ancho rodeo  
que da Betis con tal fruto  
pudo fingir el deseo  
más bella estampa de bruto,  
ni más hermoso paseo.*

*Dio la vuelta alrededor;  
los ojos que la veían  
lleva prendados de amor:  
«Alá te salve», decían.  
«Dete el Profeta favor».*

*Causaba lástima y grima  
su tierna edad floreciente:  
todos quieren que se exima  
del riesgo, y él solamente  
ni recela ni se estima.*

*Las doncellas, al pasar,  
hacen de ámbar y alcanfor  
pebeteros exhalar,  
vertiendo pomos de olor,  
de jazmines y azabar.*

*Más, cuando en medio se para  
y de más cerca le mira,  
la cristiana esclava Aldara  
con su señora se encara  
y así le dice y suspira:*

*«Señora, sueños no son;  
así los cielos, vencidos  
de mi ruego y aflicción,  
acerquen a mis oídos  
las campanas de León,  
como ese doncel, que, ufano,  
tanto asombro viene a dar  
a todo el pueblo africano,  
es Rodrigo de Vivar,  
el soberbio castellano.»*

*Sin descubrirle quién es,  
la Zaida desde una almena  
le habló una noche, cortés,  
por donde se abrió después  
el cubo de la Almudena.*

*Y supo que, fugitivo  
de la corte de Fernando,  
el cristiano, apenas vivo,  
está a Jimena adorando  
y en su memoria cautivo.*

*Tal vez a Madrid se acerca  
con frecuentes correrías  
y en toda en torno la cerca;  
observa sus saetías  
arrolladas, y ancha alberca.*

*Por eso le ha conocido:  
que, en medio de aclamaciones,  
el caballo ha detenido  
delante de sus balcones,  
y la saluda, rendido.*

*La mora se puso en pie,  
y sus doncellas detrás:  
el alcaide, que lo ve,  
enfurecido, además,  
muestra cuán celoso está.*

*Suena un rumor placentero  
entre el vulgo de Madrid:  
«No habrá mejor caballero  
–dicen– en el mundo entero»  
y algunos le llaman Cid.*

*Crece la algazara, y él,  
torciendo las riendas de oro,  
marcha al combate cruel:  
alza el galope, y al toro  
busca en sonoro tropel.*

*El bruto se le ha encarado  
desde que le vio llegar,  
de tanta gala asombrado,  
y alrededor le ha observado,  
sin moverse de un lugar.*

*Cual flecha se disparó  
despedida de la cuerda,  
de tal suerte le embistió;  
detrás de la oreja izquierda  
la aguda lanza le hirió.*

*Brama la fiera burlada;  
segunda vez acomete,  
de espuma y sudor bañada,  
y segunda vez le mete  
sutil la punta acerada.*

*Pero ya Rodrigo espera,  
el pueblo mudo y atento;  
con heroico movimiento,  
se engalla el toro y altera,  
y finge acometimiento.*

*La arena escarba, ofendido;  
sobre la espalda la arroja  
con el hueso retorcido;  
el suelo buele y le moja  
en ardiente resoplido.*

*La cola inquieta menea,  
la diestra oreja mosquea,  
vase retirando atrás  
para que la fuerza sea  
mayor, y el ímpetu más.*

*El que en esta ocasión viera  
de Zaida el rostro alterado  
claramente conociera  
cuánto le cuesta cuidado  
el que tanto riesgo espera.*

*Más, ¡ay!, que le embiste, horrendo,  
el animal espantoso.  
jamás peñasco tremendo  
del Cáucaso cavernoso  
se desgaja, estrago haciendo,  
ni llama así fulminante  
cruza en negra oscuridad  
con relámpagos delante,  
al estrépito tronante  
de sonora tempestad,  
como el bruto se abalanza  
con terrible ligereza;  
más, rota con gran pujanza  
la alta nuca, la fiereza  
y el último aliento lanza.*

*La confusa vocería  
que en tal instante se oyó  
fue tanta, que parecía  
que honda mina reventó  
o el monte y valle se hundía.*

*A caballo, como estaba,  
Rodrigo el lazo alcanzó  
con que el toro se adornaba:  
en su lanza le clavó  
y a los balcones llegaba.*

*y, alzándose en los estribos,  
le alargó a Zaida, diciendo:  
«Sultana, aunque bien entiendo  
ser favores excesivos,  
mi corto don admitiendo:*

*si no os dignáredes ser  
con él benigna, advertid  
que a mí me basta saber  
que no le debo ofrecer  
a otra persona en Madrid.»*

*Ella, el rostro placentero,  
dijo, y turbada: «Señor,  
yo le admito y le venero  
por conservar el favor  
de tan gentil caballero».*

*Y, besando el rico don,  
para agradar al doncel,  
lo prende con afición  
al lado del corazón  
por brinquiño y por joyel.*

*Pero Aliatar, el caudillo,  
de envidia ardiendo se ve,  
y, trémulo y amarillo,  
sobre un tremecén rosillo  
lozaneándose fue.*

*Y, en ronca voz: «Castellano  
–le dice–, con más decoros  
suelo yo dar de mi mano,  
si no penachos de toros,  
las cabezas del cristiano.*

*Y si vinieras de guerra  
cual vienes de fiesta y gala,  
vieras que en toda la tierra  
al valor que dentro encierra  
Madrid ninguno se iguala».*

*«Así –dijo el de Vivar–  
respondo»: y la lanza al ristre  
pone, y espera a Aliatar;  
más, sin que nadie administre  
orden, tocaron a armar.*

*Ya fiero bando con gritos  
su muerte o prisión pedía,  
cuando se oyó en los distritos  
del monte de Leganitos  
del Cid la trompetería.*

*Entre la Monclova y Soto  
tercio escogido emboscó  
que, viendo cómo tardó,  
se acerca, oyó el alboroto,  
y al muro se abalanzó.*

*Y si no vieran salir  
por la puerta a su señor  
y Zaida a le despedir,  
iban la fuerza a embestir:  
tal era ya su furor.*

*El alcaide, recelando  
que en Madrid tenga partido,  
se templó, disimulando,  
y por el parque florido  
salió con él razonando.*



*Y es fama que, a la bajada,  
juró por la Cruz el Cid  
de su vencedora espada  
de no quitar la celada  
hasta que gane a Madrid.*

Además, declarado ferviente admirador de Pedro Romero, al que llama torero insigne, le dedica una oda:

*...pasea la gran plaza el animoso  
mancebo, que la vista  
lleva de todos, su altivez mostrando;  
no hay corazón que esquivo le resista.  
Seren el rostro hermoso,  
desprecia el riesgo que le está esperando:  
le va apenas ornando  
el bozo el labio superior, y el brío  
muestra y valor en años juveniles  
del iracundo Aquiles.  
Va ufano al espantoso desafío:  
¡con cuándo señorío!  
¡qué ademán varonil! ¡qué gentileza!  
Pides la venia, hispano atleta, y sales  
en medio con braveza,  
que llaman ya las trompas y timbales.*

*No se miró Jasón tan fieramente  
en colcos embestido  
por los toros de Marte, ardiendo en llama,  
como precipitado y encendido  
sale el bruto valiente  
que en las márgenes corvas de Jarama  
rumió la seca grama.*

*Tú le esperas, a un numen semejante,  
sólo con débil, aparente escudo,  
que dar más temor pudo:*

*el pie siniestro y mano están delante,  
ofrécesle arrogante  
tu corazón que hiera, el diestro brazo  
tirado atrás con alta gallardía;  
deslumbra hasta el recazo  
la espada, que Mayorte envidiaría.*

*Horror pálido cubre los semblantes,  
en trasudor bañados,  
del atónito vulgo silencioso:  
das a las tiernas damas mil cuidados  
y envidia a sus amantes;  
todo el concurso atiende pavoroso  
el fin de este dudoso  
trance. La fiera, que llamó el silbido  
a ti corre veloz, ardiendo en ira,  
y amenazando mira  
el rojo velo al viento suspendido.  
Da tremendo bramido,  
como el toro de Fálaris ardiente,  
hácese atrás, resopla, cabecea,  
eriza la ancha frente,  
la tierra escarba y larga cola ondea.*

*Tu anciano padre, el gladiador íbero  
que a Grecia España opone  
con el silvestre olivo coronado;  
por quien la áspera Ronda ya se pone  
sobre Lis, y el ligero  
Asopo el raudo curso ha refrenado,  
cediendo al despeñado  
Guadalentín; tu padre, que el famoso  
nombre y valor en ti ve renovarse,  
no puede serenarse,  
hasta que mira al golpe poderoso  
el bruto impetuoso  
muerto a tus pies, sin movimiento y frío,  
con temeraria y asombrosa hazaña,*

*que por nativo brío  
solamente no es bárbara en España.*

.....

*Y tú, por quién Vandalia nombre toma  
cual la esquiva Corinto  
(ni tal vio el circo máximo de Roma)  
si algo ofrece a mi verso el dios de Cinto  
tu gloria llevaré del Occidente  
a la Aurora, pulsando el plectro de oro;  
la patria eternamente  
te dará aplauso, y de Aganipe el coro.*

# Godoy favorito, Goya cae enfermo

El año 1792, resulta nefasto para la vida española, y consecuentemente para Goya. Triunfa en la Corte la voluntad de la reina María Luisa, de elevar al guardia de corps Manuel Godoy por encima de todos. El 28 de febrero, aparta del gobierno a Floridablanca y le sustituye por el viejo conde de Aranda, de setenta y cinco años, que solo dura en el gobierno hasta no-



«Don Manuel Godoy», por Goya.

viembre. Con estas decisiones se arrumba la iniciativa creadora y la ganada alegría de vivir progresista y esforzada de la Ilustración. Sucede la vana frivolidad de una corte corrompida, que se olvida de la empresa ilustrada, pese a los esfuerzos dramáticos que inútilmente tratan de salvar Jovellanos, Campomanes, Saavedra, Moratín y Urquijo, a los que tachan de afrancesados.

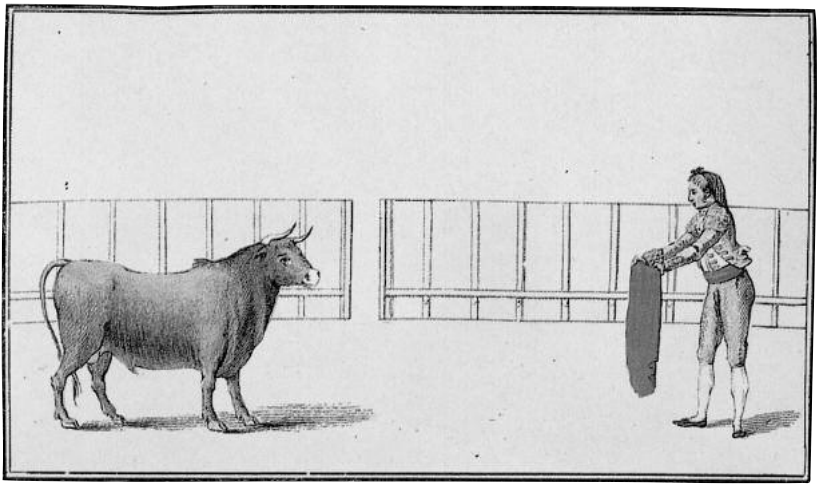


«Goya» visto por sí mismo en este genial autorretrato.

Se abre un proceso de desilusión nacional, con crisis política y destierro de Jovellanos a Gijón, que afecta a Goya, aunque no se mueve de Madrid.

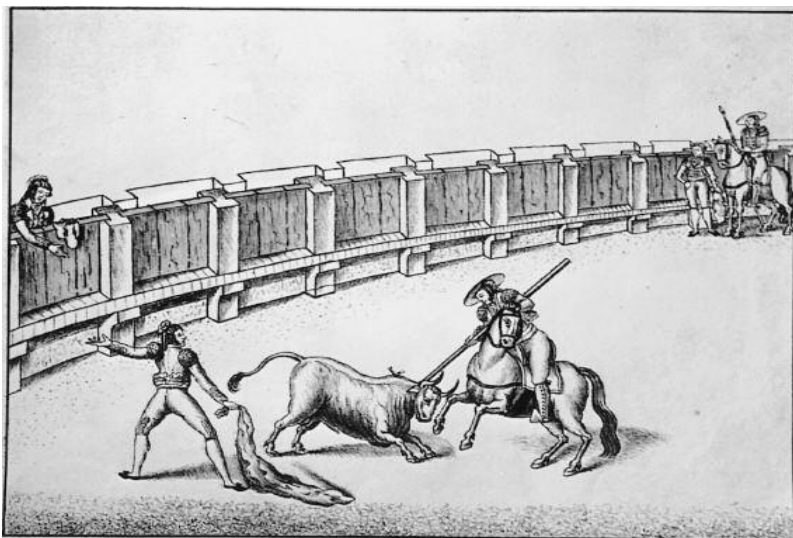
En el otoño de 1792, Francisco de Goya cae enfermo, ha perdido el sentido del oído, se mete en un mundo aislado, misterioso y profundo en el que va a bramar siempre como un toro malherido, el genio de la desesperanza. Su enfermedad, una sífilis con consecuencias de aortitis e hipertensión arterial y sordera, según diagnóstico posterior, del doctor don Gregorio Marañón, que coincide con su biógrafo Zapater. Al referirse éste a la causa de la enfermedad, escribe, «debido a la poca reflexión de aquella vida galante o un tanto turbulenta que llevó en su mocedad. Cual fuera el motivo es una cuestión, importa subrayar que fue una enfermedad gravísima que puso en peligro su vida y provocó una crisis ulterior y progresiva en el ánimo del pintor, que le dejó la secuela de la sordera permanente y absoluta para el resto de sus días.

Con permiso real por su condición de pintor de Cámara viaja a Andalucía para recobrar su salud y durante la enfermedad se hospeda en la casa de su amigo, el riojano Sebastián Martínez, vecindado en Cádiz. Hace alguna visita a Sanlúcar de Barrameda, invitado por la duquesa de Alba, a su residencia de las marismas del Guadalquivir. Y el 30 de junio de 1794, vuelve a Madrid.



# Toreros de finales del siglo XVIII

En la última década del siglo XVIII, Francisco de Goya retrata a todo el complejo social de la época, a todos juzga con su analítico pincel y todos le hacen el regalo de su amistad y se satisfacen en esa correspondencia. Entre los políticos e ilustrados retrata a su gran amigo Jovellanos y entre la torería amiga a «Costillares», Pe-



Grabado inglés del siglo XVIII. Ilustra la suerte de varas de una corrida de



dro Romero, sus hermanos y «Pepe-Hillo». Viaja con frecuencia a Chinchón, donde tiene oportunidad de presenciar festejos taurinos en su típica Plaza Mayor, que los días de corrida se convierte en uno de los cosos más coloristas y pintorescos. Suele pasar allí temporadas cortas en casa del menor de sus hermanos, Camilo, capellán de la iglesia parroquial. Capellanía que obtuvo por mediación del infante don Luis Antonio Jaime de Borbón y Farnesio, hijo de Felipe V, conde de Chinchón y protector del pintor. Para la mencionada iglesia, Goya pinta el magnífico cuadro de la Asunción de la Virgen, colocado en el centro del retablo principal.

En la Plaza de Madrid, asiste a la mayoría de festejos que se celebran y puede presenciar las actuaciones de una buena baraja de toreros que rivalizan en perfeccionar el arte de lidiar.

De los toreros de la primera etapa del toreo a pie, que antes de finalizar el siglo XVIII, se han retirado ya de la profesión, se encuentran:

**Francisco Romero**, nacido en Ronda, padre de Juan y abuelo de Pedro, José, Antonio y Gaspar.

**Lorenzo Manuel Martínez «Lorencillo»**, gaditano de nacimiento, que se sabe fue lidiador muy hábil, y se mantuvo largo tiempo en los ruedos, en 1737, actúa en la Plaza de Madrid y en 1758, es contratado en la villa y Corte para lidiar toros en unión con José Cándido Expósito y «El Mamón». Por su baja estatura fue apodado «Lorencillo». Ideó modificar el vestido de los lidiadores, adoptando para las plazas el de seda, según modelo, corriente entonces entre los majos y chisperos.

**Melchor Calderón** se distinguió por su destreza en el manejo de la capa y de la espada. Nacido en Medina-Sidonia, provincia de Cádiz, se le llamó «El Monstruo Andaluz», en su tiempo nadie le pudo aventajar. En banderillas excedió los límites que habían tocado los más diestros navarros, las partía por la mitad y las clavaba a cachetes. Sus actuaciones más destacadas en Madrid, se dieron el año 1748. La pérdida de su fortuna le arrastró a un final desastroso.

De **Miguel Canelo**, se conoce su presencia en los ruedos por los años 1734 a 1737, con buenas dotes toreras, sus mejores triunfos los obtuvo en Sevilla de donde era natural.

**Juan Rodríguez**, al que Felipe V, en las pocas veces que el monarca presencié una corrida de toros, le vio torear en Aranjuez en 1734, le concedió una pensión de cien ducados, por sus méritos ante los cornúpetas, siempre se le menciona, más que por su condición torera, por ser el padre y el abuelo de los diestros que en los carteles figuraron con el apodo de «Costillares». Y es lamentable, que no se le reconozca más su notable forma de hacer el toreo, con sus acciones técnicas y valerosas. Ante toros difíciles de lidiar, siempre, se mostró hábil e inteligente, representando cuanto realizó, doctrina taurina para la torería.

Otro sevillano, **Francisco Benete**, discípulo de Miguel Canelo, alcanzó reputación de torero de acreditada destreza, su nombre ya figura anunciado en las corridas sevillanas de 1738 y sin interrupción hasta 1745. En 1746, es cuando deja ver sus buenas dotes toreras en Madrid. Torear entre 1743 y 1754, supone una larga ejecutoria en los ruedos, tiempo que ocupó el diestro **José Saavedra** figurando en un buen número de festejos en Madrid y otras plazas.

El matador de toros gaditano **Marcos Combarro**, que se distinguía por su valentía, pese a su débil complexión, por lo que su fallo estaba a espadas, le costaba más de una entrada para despachar a sus enemigos. La primera vez que toreó en Madrid lo hizo como segundo espada, con «Lorencillo». El año 1737. Residió en Madrid, y en 1750, se retiró de los ruedos.

**Agustín Morales**, gaditano de nacimiento, también figuró en las corridas del año 1737, en Madrid alternando con «Lorencillo». Se distinguía en los saltos al transcuerno y a la garrocha, y en el manejo de la capa, tratando de imitar a «Lorencillo». Se casó en Madrid y se empadronó en la villa.

Con estos diestros alternó en los cosos **Manuel Bellón «El Africano»**, del que ya se ha hecho referencia.

Y entre los toreros más reputados del siglo XVIII, anteriores a «Costillares», Pedro Romero y «Pepe-Hillo», figura **Diego del Álamo «El Malagueño»**. Toreó en Madrid, por las temporadas de 1757 y 1760, con el calificativo de «Famoso». Pues, tal era su superior habilidad ante los toros, además de gallarda presencia y agradable fisonomía. Siempre, lidió con grande denuedo, arrojo

y valentía.

Depositado en la inclusa de Cádiz, el 30 de noviembre de 1734, **José Cándido Expósito**, se crió en Chiclana. Discípulo de «Lorencillo», éste le concedió la alternativa en Madrid, el 25 de mayo de 1756, alternando con ellos, «El Malagueño» y Juan Esteller. Ya ha quedado apuntado que corneado mortalmente en la Plaza del Puerto de Santa María, el 23 de junio de 1771, fue el primer lidiador a pie, que murió en el ejercicio de su profesión.

Hijo de Francisco, **Juan Romero**, como su progenitor, nació en Ronda, se empleó de aprendiz de carpintero de ribera, antes de iniciarse como torero. Se le puede considerar como el espada de máximo prestigio de su tiempo, percibía elevados honorarios, el año 1772 en Sevilla llegaron a pagarle, cuatro mil ciento cuarenta reales, cantidad no igualada por ningún otro diestro, entonces. Fue maestro de sus hijos José, Pedro, Antonio y Gaspar y se dice que su longevidad llegó a sobrepasar los cien años de vida.

Contemporáneos de los anteriores son los **hermanos Palomo**, Juan, Pedro, Manuel y Félix. Protegidos de la Real Maestranza de Sevilla, vivieron a sueldo de esta institución.

**Juan**, el mayor, toreó por los años 1737 a 1749 y se dice, que a igual que «Martincho» citaba a recibir con un sombrero de ala ancha, en vez de la muleta.

**Pedro**, segundo en el orden cronológico familiar, anduvo por los ruedos desde 1740 a 1759.

**Manuel**, el que logró mejor cartel de todos los hermanos, mantuvo su prestigio en los diversos cosos, por supuesto en el de Madrid, entre 1763 a 1780.

El más joven de ellos, **Félix** comenzó de banderillero y medio espada, como se acostumbraba, hasta que llega a alcanzar la alternativa, que consigue en 1769.

El primer espada, que lidió y mató un toro en la plaza de toros de la Puerta de Alcalá, el 3 de julio de 1754, día de su inauguración, **José Legurregui**, «**El Pamplonés**», fue uno de los mejores matadores que se conocieron a mediados del siglo XVIII.

Años anteriores al estreno del coso, primero de mamposte-

ría que ha tenido Madrid, allá por 1750, figura en las corridas que se celebran en Madrid el baturro, amigo de Goya, **Antonio Ebassun «Martincho»**, natural de Ejea de los Caballeros. Alternó con Melchor Calderón, «Lorencillo» y «El Pamplonés». Puede afirmarse que este «Martincho» es el que aparece en los grabados de la Tauromaquia de Goya, no el guipuzcoano Martín Barcáiztegui, «Martincho» de Oyarzun, como se ha supuesto. Barcáiztegui se distinguió por sus quiebros y sus saltos, nada más, por consiguiente, no debe ser considerado matador de toros.

**Martin Ebassun «Martincho»**, hermano de Antonio, y como éste natural de Ejea de los Caballeros, destaca en la lidia de reses bravas durante los años, de 1739 a 1744.

Con **Juan Castell**, proseguimos la referencia de toreros de mediados del siglo XVIII. Natural de Cádiz, ejerce la profesión, desde 1743 a 1765, comenzó de banderillero de Francisco Benete, sus progresos pronto le llevaron a la alternativa. Como matador de toros toma parte y destaca en las Fiestas Reales celebradas en 1759 y 1760.

**Juan Miguel Rodríguez**, hermano de «Costillares», no llegó a alcanzar la nombradía de su padre y de su hermano, aún menos la fama de su sobrino Joaquín. Tuvo más cartel en Sevilla, que en Madrid. Tomó parte con Juan Romero y con su hermano en las corridas reales de 1772. Murió en el año 1797.

Un diestro con apodo tan poco eufónico, como es el de «Mamón», así figuró en los carteles, **Pedro de la Cruz**, destacó como torero habilidoso que tomó parte en las corridas de 1758, en Madrid con «Lorencillo» y José Cándido, también quebró rejonés.

**Miguel Gálvez de Granada**, donde nació el año 1737, figuró de banderillero en la cuadrilla de Juan Romero y también de medio espada. Con su maestro actuó ya matador de toros, en Madrid, el año 1769. Diestro valiente, su precaria salud, fue causa de su retirada prematura de los ruedos, para dedicarse, como su padre, al negocio de la compra-venta de vacas lecheras.

Otro diestro de los que formó el cartel de festejos inaugural de la Plaza de toros de la Puerta de Alcalá, **Juan Esteller**, fue un torero con buen cartel. Natural de Sevilla, donde vio la luz

por primera vez en 1712. Brillante banderilleando y fácil con la capa y muleta, cumplía con la espada. Esperaba a los toros con serenidad y valor para matar recibiendo.

Fue notable toreando a caballo y mantuvo competencia en los ruedos con Manuel Bellón «El Africano».

**Jaime Aramburo Iznaga «El Judío»**, nacido el 21 de marzo de 1751, no llega a torear en Madrid, le citamos a título testimonial entre la torería de su tiempo. En 1786 toreando en Valencia le coge un toro de la divisa de Guendulain, que después pasaría a propiedad del banquero Carriquiri y más tarde la adquiere Espoz y Mina. La cornada es tan grave que trasladado a Pamplona muere como consecuencia de las heridas, el 16 de octubre.

# Plazas y ganaderías

En este tiempo, del final del siglo XVIII, cuentan con plaza de toros de las llamadas de fábrica, por emplearse en su construcción materiales a propósito de resistencia y habituales en la edificación, Sevilla, la Plaza de la Real Maestranza de Caballería, levantada en 1761; Zaragoza, inaugurada el 9 de noviembre de 1764; Granada, coso propiedad de la Maestranza de Caballería; Almadén; Béjar; Plaza de las Virtudes de Santa Cruz de Mude-la; Aranjuez, muy parecida en su estructura a la de la Puerta de

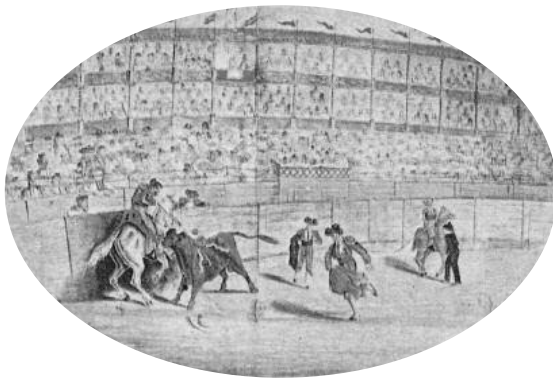


Toros en la Muñoza, orillas del Jarama.

Alcalá, de Madrid, abrió sus puertas el año 1796; y la famosa de Ronda, de la Real Maestranza, que data del año 1785, a la que el poeta Fernando Villalón dedicó en sus romances del ochocientos, los versos:

*Plaza de piedra de Ronda,  
la de los toreros machos:  
pide tu balconería  
una Carmen cada palco;  
un Romero cada toro,  
un Maestrante a caballo  
y dos bandidos que pidan  
la llave con sus retacos.  
Plaza de piedra de Ronda,  
la de los toreros machos.*

Toreros, y cosos donde realizaron sus hazañas. De no haber tenido toros, nada podían haber hecho. Las principales ganaderías, que criaron reses de lidia en el siglo XVIII y contribuyeron al auge de la Fiesta Nacional, eran la de Raso Portillo, Valdés y Mazpule, toros castellanos, terciados, bravos, duros, de muchos pies, y generalmente de pelo negro listón. La casta de la tierra tuvo su principal centro de producción en Colmenar



Interior de la Plaza de Madrid.

Viejo. Los toros colmenareños tenían gran alzada y peso, fieros y cornalones, ágiles, duros de pezuñas y de pelaje retinto y colorado. En la localidad gaditana de Rota, el sacerdote don Marcelino Bernaldo de Quirós cruzó vacas andaluzas con vacas navarras, y traspasó la ganadería a propiedad de los hermanos Gallardo, del Puerto de Santa María, quienes la mejoraron y seleccionaron tan acertadamente, que se llamó la casta de los Gallardos y fue una de las divisas más célebres de Andalucía. Estas reses se caracterizaban por su regular talla y por su excelente trapío. Denotaban bravura y poder, conservando hasta el final de la lidia sus facultades. Su pelaje más corriente, era el berredo en negro y castaño. De las ganaderías que a mediados del siglo se formaron en Navarra con reses de diversas procedencias fueron las primeras las de don Francisco Guendalain, en Tudela, y la de don Joaquín Zalduendo en Caparros. El auténtico toro navarro se distinguió por su pequeña talla y su mucha cabeza. Tenía muchos pies, nervioso, pegajoso y de bonita lámina, luciendo pelaje castaño, retinto, colorado y negro.

Hacia la mitad del siglo, don Rafael Cabrera formó una ganadería en Utrera, con reses andaluzas, logrando unos toros de magnífica lámina, bravos, ágiles, poderosos y finos, que en breve plazo se impusieron a los más famosos de aquellos tiempos. Los animales de la casta Cabrera son de gran alzada y largura, caracterizándose por su constitución galgueña, su dureza y su poder. En algunas ocasiones eran recelosos o demostraban sen-



Encierro de toros.



tido, si se les daba una lidia deficiente, sin obligarlos y dominarlos. La pinta más común de los pupilos de Cabrera era la negra, dándose ejemplares de pelaje cárdeno, berrendo en colorado y ojo de perdiz.

En Utrera, don Pedro Luis de Ulloa, conde de Vistahermosa forma una ganadería con una punta de vacas y algunos machos de los señores Rivas hermanos, también de la provincia de Sevilla. El toro de esta vacada era el prototipo del animal de lidia, su talla regular y su constitución robusta. La cabeza pequeña y recogida, la piel, la cola y extremidades, finas, el conjunto proporcionado y de bonita lámina. El pelo, negro, cárdeno, y castaño, suave y reluciente, siendo completa su bravura, alegría en la arrancada y su notable embestida.

En 1757, don Gregorio Vázquez y su hijo, Vicente José, crearon la ganadería con reses andaluzas del marqués de Casa Ulloa, de Bécquer y de Cabrera, más una punta de machos y hembras comprados al duque de Vista-Hermosa, de manera que refrescan y cambian totalmente la vacada. Con estos elementos de calidad obtuvo un toro distinto en conformación, trapío y pujanza del que arrancó la preciada casta vazqueña. El pelo de los toros vazqueños variado, como variadas fueron las sangres con que se formó la vacada. Los había sardos, jaboneros, negros, cárdenos, y berrendos en negro o en castaño. En los últimos años del siglo XVIII, doña María Espinosa, de Arcos de la Frontera, funda una ganadería con reses de Salamanca. Divisa que gozó de merecido crédito, en competencia con los Cabrera y Vistahermosa. Los Zapata compraron la ganadería y en sus manos esos toros ampliaron su renombre. Las características de estos morlacos se entendían, como duros, corpulentos, y su pelaje más característico, era el castaño, nevado y salinero. Otros toros pertenecían a las ganaderías de don Agustín Díaz Castro, de Pajares de los Oteros, Gabriel Gómez, de Arguedas, de Navarra, marqués de Tous y Diego Pereira, de Ciudad Real.

# Una visión de la sociedad de finales del siglo XVIII

El pueblo español, y Madrid, reflejo suyo, en la década final del siglo XVIII, demasiado adherido al Trono y a la Iglesia, como consecuencia, no aprueba la Revolución Francesa. En una reacción abiertamente casticista, todo lo francés es despreciado. Tras la ejecución en la guillotina de Luis XVI, en Madrid algunas señoras que aparecen en lugares públicos peinadas a la francesa, tienen que soltarse el pelo allí mismo, a pesar de un débil intento de los corchetes y alguaciles por evitarlo. El odio a los franceses, que ya había constatado



Cortesana.



Tipos de la época goyesca.

Montesquieu hacía más de setenta años, cobra nuevos ímpetus. En realidad, ocurría, que no se entendían los ideales franceses. Para la mayoría del pueblo español «libertad» era sinónimo de «licencia» y la República, un ultraje para la Religión y la realeza. Por Dios, su Patria y su Rey anhelaban hacer sacrificios. Todo es evidente cuando la Convención republicana gala, ofendida por las gestiones que Carlos IV realiza para intentar salvar la vida de Luis XVI, declara la guerra a España, el 7 de marzo de 1793. El pueblo hispano sermoneado e incitado por los clérigos a tomar las armas, no lo duda, en defensa de la Religión, la Patria y el Rey. Se predica una cruzada de venganza contra los asesinos de la familia borbónica. Esa guerra no pasa de una sucesión deshilvanada de escaramuzas, que unida a las catastróficas cosechas de 1788 y 1789, agotan el Erario público y colocan en mala posición a la Hacienda Real. A causa del bloqueo inglés, de América no llegan efectivos. Los pintores de la Corte, entre los que se encuentra Goya, envían memoriales a Palacio, en demanda de salarios y gastos realizados en su trabajo. En 1791, el director de la Fábrica de Tapices de Santa Bárbara, Livinio Stuyck, informa que tiene que despedir a un crecido número de oficia-



Uno de los cuadros más conocidos de Goya, «La maja vestida».

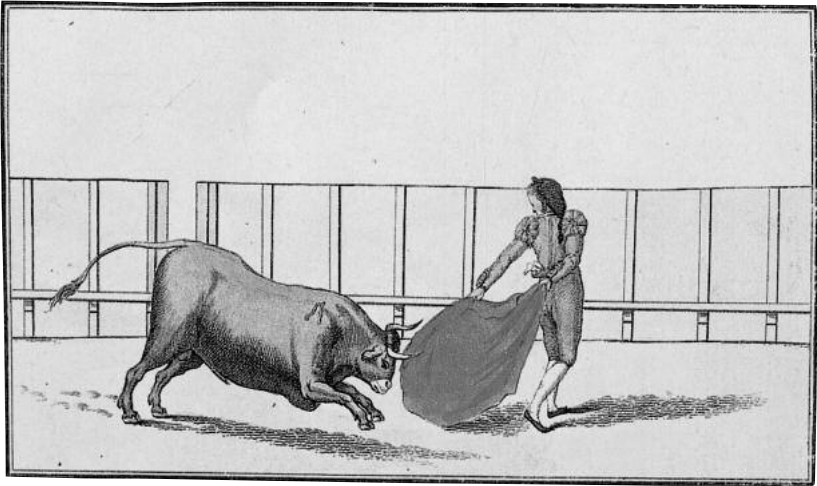


Baile del Candil.

les. Los pintores destinados a hacer cartones se niegan a realizarlos y la Fábrica se halla paralizada por esta causa. Francisco de Goya comunica a Stuyck, que ni pinta, ni quiere pintar. Ramón Bayeu alega que está demasiado ocupado realizando los retratos de las infantas. Se les ordena que realicen los cartones, si no quieren que se les suspenda la asignación de quince mil reales con que se les pensiona por su trabajo para la Real Fábrica. Goya entrega por última vez dos lienzos y dos sobrepuestas.

Para sostener los gastos de la guerra, a la que contribuye con gran generosidad todo el pueblo, se recurre a los préstamos. Los Gremios y la nobleza sufragan buena parte de los gastos. A cambio se entregan vales reales que rentan un moderado interés,

que serán reembolsados cuando la situación financiera lo permita. La llegada ocasional de algún convoy de las Américas permite rendir los préstamos. En algunos momentos los vales llegan incluso a cotizarse por encima de su valor nominal. Pero la mayor parte del tiempo, se cotizan con importantes descuentos. La situación de la Hacienda Pública se agrava cuando en 1796, se emprende una guerra naval contra Inglaterra, harto el Rey de la habilidad de los corsarios británicos para apresar los cargamentos de valor que envían las colonias americanas. Mientras, la pesada y triste sociedad madrileña se ha ido aproximando al gusto francés. Los ardientes amores que sostienen María Luisa, esposa de Carlos IV y Godoy, reflejan una costumbre de la aristocracia madrileña de aquel tiempo. Muchas señoras de la capital sienten la necesidad de tener, mientras sus maridos están ausentes, un acompañante, que se solía decir «cortejo». Algunas figuras del toreo y Goya, saben bastante de estos amores y amoríos.



# Problemas políticos y sociales

La política sufre cambios incoherentes, el conde de Aranda hace un cambio de rumbo y resucita el antiguo Consejo de Castilla, dando entrada en la institución a un mayor número de nobles, al tiempo que relaja la tensión oficial existente hacia la Revolución Francesa. Cuando Manuel Godoy, sustituye al conde de Aranda, al tiempo que lleva la cruzada contra Francia en el campo de batalla, reimpulsa el pensamiento ilustrado y sigue la política de las «luces».

El momento es cambiante. A pesar de la adhesión del pueblo a la



Costumbres y devociones madrileñas.



Religión y la Monarquía, aparecen pasquines revolucionarios en Madrid y Barcelona. Los trabajadores del ramo de la seda de Valencia, escriben un anónimo al marqués de Mirabel, manifestándole la decadencia del oficio, la falta de trabajo y el hambre que acosa a los operarios. Amenazan con amotinarse y quemar la ciudad, incluso hacer lo mismo que en Francia: matar a los Reyes, sus hijos y sus parientes. Una exacción de impuestos ocasiona un levantamiento violento de labradores gallegos. Los habitantes de un pueblo castellano se amotan y dan gritos de «Viva la libertad». En distintos sitios de España se registran numerosos alborotos a causa de la carestía del pan. La Universidad se agita por la suspensión de las cátedras de Derecho Público, Natural y de Gentes, en donde se discutía la legitimidad de la ideología revolucionaria. Al mismo tiempo la aristocracia madrileña está molesta con la intromisión de Godoy en el Poder. Esa misma aristocracia que veía con indiferencia la institución del «cortejo», se revuelve contra el intruso que ha logrado



Cartón para tapiz «La gallinita ciega», de Goya.

los favores de la Reina consorte. El 22 de julio de 1795, se firma el armisticio con Francia, llamado «La Paz de Basilea». Manuel Godoy es nombrado, nada menos que Príncipe. Su título es Príncipe de la Paz, y la nobleza se exaspera. Para los progresistas el descontento lo provoca el abandono por parte de la Corte y el Gobierno de la política del despotismo ilustrado y caer bajo el dominio de un favorito. La economía del país está resentida desde la guerra contra Francia; hay paro, la Hacienda Real registra déficit, las mercancías escasean y los precios han subido de manera descarada. Godoy sigue una política económica, evitando cuidadosamente el aumento de los impuestos generales, avisado por las reacciones violentas con que se acoge una medida de esa índole por el pueblo. Acude al sistema de préstamos contra vales reales e impone exacciones a los estamentos privilegiados. Se exige de la Iglesia treinta millones de reales sobre sus rentas. Se intenta una lucha contra los privilegios de la minoría, al tiempo que se ayuda a los fabricantes capitalistas y a los pequeños agricultores. Sin formar parte de una política coherente, en este tiempo la nación progresa, a pesar de sus gobernantes y bastaban unas pequeñas circunstancias adversas, como malas noticias de la guerra naval que se sostenía con Inglaterra, para que las reformas se detengan.

Goya, por este tiempo repuesto de su enfermedad, sigue sin querer pintar para la Fábrica de Santa Bárbara y pide la baja.

El siglo se va a cerrar con una aguda crisis fiscal y un desorbitado aumento de los precios y nuevos motines. Por una parte, las clases pudientes y el clero atacan las medidas económicas de Carlos IV, que perjudica a sus intereses. Por otra, los comerciantes y fabricantes, víctimas del bloqueo inglés y teniendo que operar con una población proletarizada, se encuentran sin mercados en los que colocar sus productos. Se ven obligados a tener parado el capital invertido, solo les queda oponerse tenazmente a cualquier nueva exacción de impuestos. El crédito económico de la Corona es nulo y las nuevas emisiones de vales, cada vez, se cubren con mayor dificultad y se necesita la coacción. En el seno de la monolítica Iglesia española, a la que el debilitamiento de la Inquisición ha permiti-

do un cierto margen de evolución, se produce una polémica entre los progresistas, a los que llaman jansenistas y los conservadores, denominados ultratramontanos. La fe en el despotismo ilustrado ha quedado prácticamente rota y en el horizonte se dibuja lo que será la imagen de España durante mucho tiempo: una nación dividida en dos zonas de pensamiento y acción irreconciliables.

# Cambios políticos, usos y costumbres

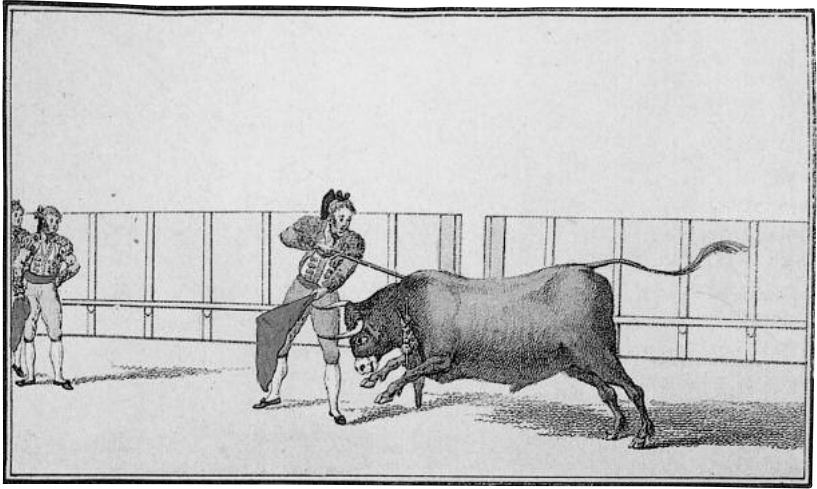
Cuando acaba el siglo, llamado de las Luces, Madrid ha aumentado su censo de habitantes a doscientos siete mil ochocientos ochenta y siete. Y solo cuenta con ocho carnicerías y cinco pescaderías, por cuatrocientas ochenta y una tabernas. Los conventos suman sesenta y siete, se consumía gran cantidad de vino y licores. Godoy, a la vista de la situación, opta por dejar el Poder el año 1798. Es una retirada estratégica y momentánea. En ese tiempo, Jovellanos es el personaje más destacado del Gobierno, vuelto a reaparecer, después del destierro sufrido en los años de poderío de Floridablanca. Uno de los altos cargos lo desempeña Mariano Luis de Urquijo, antiguo traductor de Voltaire, que siguiendo el destino normal de los gobernantes de la época caerá dos años más tarde y será encarcelado. En los dos últimos años del siglo, los ilustrados juegan las cartas que les quedan, ya desbordados por las exigencias de una minoría progresista crecientemente radicalizada. En la lucha intestina entre jansenistas y ultramontanos, la victoria es para los conservadores. El siglo XIX, 1800, se abre con un nuevo triunfo de la Inquisición sobre las «Luces». Antes de terminar la centuria en la que se ha desarrollado la «operación ilustrada», en Madrid han aparecido más publicaciones, en 1790, *Diario de las Musas*, en 1791, *Seminario de Agricultura y Artes, Correo Mercantil de España y sus Indias* de 1792, *Gabinete de lectura española*, de 1795, y el año 1796 *Miscelánea instructiva, curiosa y agradable*.

Dentro de las culturas y gustos de la época es preciso observar que en el siglo XVIII, la cocina española va cambiando. El contacto con el extranjero, la asimilación de usos y costumbres francesas, tan desfavorable en algunos aspectos, como positiva en otros, también ha influido en materia culinaria. La variedad de platos, la habilidad para emplear ingredientes desusados, la inclusión de nuevos elementos de dieta cotidiana, no puede tenerse, sino, como un proceso enriquecedor. Aunque esto no lo entendieron los contemporáneos de Francisco de Goya, sensibilizados sobre todo por el derroche de la clase dirigente y por la pérdida del carácter nacional. El literato José Cadalso en sus *Cartas Marruecas*, satiriza las costumbres de su tiempo, con un tono frívolo, acorde con el característico de esa minoría afrancesada, y les ataca: «No consiste en eso la cultura del siglo actual, su excelencia entre todos los pasados y venideros, y la felicidad mía y de mis contemporáneos. El punto está en que se come con más primor; los lacayos hablan de religión; los maridos y amantes no se desafían; y desde el sitio de Troya hasta el de Almeida, no se ha visto producción tan honrosa para el espíritu humano, tan útil para la sociedad y tan maravillosa en sus efectos, como los polvos «Sans pareille» inventados por Monsieur Frivolité en la calle San Honorato de París».

El vino español ya en el siglo XVIII, goza de fama internacional. En realidad, España tiene una larga tradición, en el siglo XVI, se conocían en Flandes, veinte variedades de buenos vinos españoles. En el XVIII, el vino de Valdepeñas se considera el mejor de España y del mundo, según dictamen general de los potistas, hoy denominados enólogos. Mientras que para otros catadores y otros gustos, los vinos de Jerez reúnen las mejores cualidades. Es un hecho, de las trescientas sesenta mil arrobas que se producían al año en España, solo de vinos de Jerez, se exportan doscientas mil arrobas a Inglaterra y Francia. También los vinos de Rota y Málaga son apreciados en el extranjero. En general, por la nutrida variedad de los vinos españoles, se podía satisfacer cualquier paladar por exigente que sea.

En las casas de los señores principales de la Villa y Corte se toman cocineros y maestresalas franceses, los que se llama Maî-

tre d'hotel. La decoración de la mesa pasa a ser un alarde de refinamiento, no se concibe una mesa elegante sin el toque de un arreglo floral a la francesa, el sùrtus, y su servicio, un complicado ceremonial, en el que los comensales deben atenerse también a las reglas precisas, tal como lo exigen las buenas maneras. Hasta que se adquirió esta etiqueta, los modales, dejaban mucho que desear. Entonces, los señores principales de Madrid, tan vulnerables al afrancesamiento, se sientan a la mesa y admiten con ellos a sus mujeres, y siguen con toda observancia los usos en boga en París. Como en todo cambio súbito se producen excesos, del más completo descuido, pasando al rigor más estricto en los buenos modales y se critican con impecable seriedad, cualquier infracción de las normas de cortesía. Así no se podía disculpar que un invitado de menor jerarquía o rango se cubriese antes que lo hubieran hecho todas las personas más calificadas, o que en una mesa de cumplimiento, el dueño de la casa no invitara a sus pares a quitarse las espadas y dejarlas sobre la mesa y a permanecer descubiertos. Las figuras del toreo y el mismo Goya, hombre no muy cultivado en sus primeras visitas cortesanas, hasta observar y aprender, tardaron en acoplarse a los buenos modos sociales, aunque aquellas damas de alcurnia con las que mantienen amoríos ya se encargan de enseñarles buenos modales para cuando han de alternar.



# Goya y «Los caprichos»

Para el marqués de Torrecilla, Goya pinta una breve y compendiada serie de estampas de tauromaquia al óleo ejecutada sobre hojalata, en siete piezas. Además de «Corrida en un pueblo», cuadro propiedad de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y «Corrida de pueblo en plaza partida», del Museo Metropolitano de Nueva York. A su grandiosidad de pintor, hay que unir su condición de grabador genial de la historia del arte, como lo demuestra primero sus aguafuertes de las series «Los caprichos» y más tarde, «La tauromaquia», «Los desastres» y «Los toros de Burdeos».



«Los caprichos», de Goya.



Por su parte, «Los caprichos» representan la entrada de Goya, decidida y sistematizada en un mundo distinto por su temario y ejecución, al frecuentado hasta entonces habitualmente por el artista. Un mundo en el que el capricho y la invención, según términos empleados por el propio Goya, vislumbra un mayor ensanche en su producción. Mientras la gran ilusión personal del genial pintor, se quiebra. Su pasión por la duquesa de Alba, después de su alegre y frívola aventura de Sanlúcar de Barrameda, queda vulnerada y el amante despechado, pues la dama, inclina su voluble corazón hacia el ya maduro y apuesto teniente general don Antonio Cornel, enemigo de Manuel Godoy, como miembro del partido que forma la de Alba con Mariano Luis de Urquijo, Oquendo y Espiga. «Los caprichos: «Volaverunt», «El sueño de la mentira y la inconstancia» son alusivos a la volubilidad de la bella duquesa.

# El toreo al comienzo del siglo XIX

Es el comienzo del siglo XIX, dos grandes figuras mandan en el toreo, Pedro Romero y «Pepe-Hillo», con ellos alterna en los ruedos, José Romero, que ya había sido anunciado en los carteles de la Plaza de Madrid en 1789, 1791 y 1792. En la corrida del 8 de julio de 1793, en el coso de la Puerta de Alcalá, un toro provoca la caída del picador Bartolomé Carmona de la cuadrilla de José Romero, y muere desnucado. En 1794 José Romero, alterna con Francisco Garcés y en 1795, con su hermano Antonio. No aparece en los carteles de las corridas de la Villa y Corte, de 1797, en las que torea su otro hermano, Pedro, con el que mantiene diferencias. Lo mismo sucede en las corridas matritenses de 1798, 1799 y 1800, en las que se ajusta para torear en Sevilla. Este último año, cae enfermo y solo torea seis corridas. Retirado su hermano Pedro vuelve a torear en Madrid en 1801, alternando con «Pepe-Hillo» en la funesta tarde de su cogida mortal. Esa temporada lidia con Antonio de los Santos en Aranjuez. En 1802 y en 1803, torea en Madrid y en 1804, se retira de los ruedos. Pedro Romero, primer coloso del toreo, decidió su retirada en pleno triunfo, pletórico de vida y facultades, en 1800 cuando no había en él, síntoma alguno de decadencia. El conde de la Estrella, en 1830, le llama para que dirija la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, fundada por Fernando VII, que tuvo efímera existencia y de la que salió un gran torero, Francisco Montes «Paquiro». Antonio Romero, el menor de la dinastía, figura por

primera vez, en los carteles de la Corte, en 1789. En las corridas reales por la entronización de Carlos IV, y en años posteriores, también figura en las corridas del coso madrileño, hasta que le llega un final trágico, toreando el 5 de mayo de 1802, en la Plaza de Granada. Al entrar a matar citando a recibir, el toro «Ollero» de la vacada del marqués de Tous, le cornea mortalmente. Su hermano Gaspar, nacido en Ronda el 17 de octubre de 1756, acompaña desde muy joven a su hermano Pedro y en 1790, alterna con sus hermanos en el ruedo madrileño. En 1802, toreando en Salamanca junto al calé, José Ulloa «Tragabuches» le mata un toro, en una corrida que presencian su padre y su hermano Pedro.

El diestro sevillano Bartolomé Jiménez Acosta, nacido el 16 de octubre de 1770, después de torear en plazas andaluzas, se ajusta para torear en Madrid el año 1802 alternando con José Romero y Antonio de los Santos y repite en 1803. Fallece en Oporto, en 1823.

# La muerte de «Pepe-Hillo»

Torero del gusto de duquesas, condesas y marquesas, con admiración que llega hasta el coqueteo, galanterías y amoríos, torea el 11 de mayo de 1801, en la Plaza de Madrid, alternando con José Romero y Antonio de los Santos. Sus acostumbradas audacias durante la lidia, fueron motivo de que recibiera muchas cornadas durante su vida en los ruedos, que no le restaron un ápice de valor. En la tarde de tal día, al entrar a matar al toro «Barbudo» de la ganadería de don Luis Rodríguez San Juan, de Peñaranda de Braca-



«Cogida de Pepe-Hillo», por Eugenio Lucas.



«José Romero», por Goya.

monte, resulta cogido y herido mortalmente. El astado asesino había tomado cuatro varas y lo banderillaron Antonio de los Santos, Joaquín y Manuel Xaramillo. El infortunado diestro tras unos pases con la izquierda, rematados con el despecho queda entablado por la prontitud con que se revuelve el toro, en terrenos próximos a los toriles. En corta distancia se arroja hacia el morlaco que está parado y le espera, deja media estoca contraria, saliendo enganchado por la pierna izquierda, cae en la are-

na, haciendo el toro por él, campaneándole, mientras el pitón le destroza el vientre causándole la muerte. El toro fue rematado por José Romero. De esta manera se cierra la existencia de uno de los toreros más populares, discípulo predilecto de «Costillares», valiente hasta la temeridad, ejecutaba todas las suertes, sin reparar en situaciones comprometidas y peligrosas. Lo mismo mataba recibiendo que a volapié, siempre entregándose en la suerte. Enardecía de entusiasmo a los públicos que le tenían como un ídolo. La gente de los barrios madrileños, manolos y chisperos, majos y majas, rufiánes, bravucones peleones, y hasta malhechores sueltos, le tributaban aplausos. A la vez, disfrutaba de la amistad de los nobles y de los favores de las damas de más esclarecido linaje. Fue un hombre y un torero simbólico representativo del Madrid goyesco y de la España goyesca. Su atractivo personal fue tal, que su banderillero Manuel Sánchez «Ojo Gordo», dijo, que «no se le podía tratar sin quererle, porque era de lo que no hay en el mundo».

El espada Antonio de los Santos como tributo de amistad y gratitud, dispuso el entierro de José Delgado, «Pepe-Hillo», desde el Hospital General, en la calle de Atocha, hasta la iglesia de San Ginés, en la calle del Arenal, con la mayor ostentación y costeando los gastos. Su viuda María Salado, percibió dos mil ochocientos reales, cantidad que debía cobrar el espada por su actuación en tan desdichada corrida.

Entre los muchos versos que se escribieron con motivo de la desgracia, destaca una breve composición que condensa la vida del diestro, y está inscrita en la parroquia madrileña donde recibió sepultura.

*Pasajero, aquí yace sepultado  
aquel famoso «Illo», aquel torero  
que habiendo sido siempre celebrado  
tuvo al fin, desgraciado paradero.  
Detén el paso; mírale postrado:  
no celebres su orgullo, lisonjero,  
pues toda gloria vana desfallece  
y el que busca el peligro, en él perece.*

Aun permanece en el misterio, quién era y cómo se llamaba aquella mujer que cubierto el rostro con un velo de luto, lloró lágrimas amargas sobre el cadáver de «Pepe-Hillo».

Tan dado a galanteos con majas el malogrado diestro, que más de una vez tuvo que habérselas con algún marido celoso o enamorado pretendiente. Y se ha dicho que de las mujeres que le amaron, podría ser una llamada «Borbona», hembra de rompe y rasga del barrio de Maravillas. Esta mujer podía estar relacionada, con lo que se cuenta del malogrado rey Luis I, primogénito de Felipe V y primer borbón nacido en Madrid, que tuvo amores o amoríos con una mujer de los barrios cortesianos del bronce. Corría la primavera de 1724, el rey era casi un niño. Nacido el 25 de agosto de 1707, día de San Luis de Francia, en el palacio del Buen Retiro.

Las andanzas del joven monarca parece que se conocían por Madrid y hasta se cantaron coplillas alusivas como este estribillo:

*¿Con qué candiles se alumbra  
por las noches Luis I?*

A este borbón se le llamó popularmente el bien amado. En otros versos le decía:

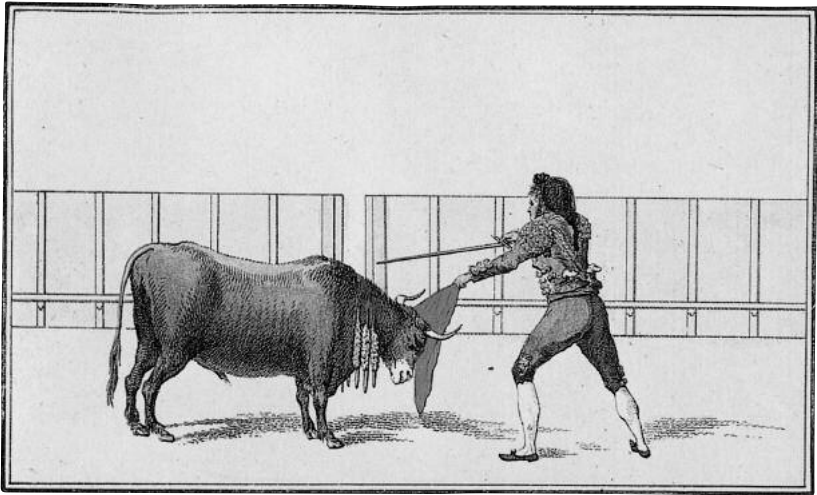
*...pues si el es bien amado por la noche,  
el bien amado es cuando clarea.*

También un romance recitaba:

*...bien amado,  
tu dolor y tu tristeza  
aparta, y busca en la noche  
alivio para tu pena  
allá en el barrio que sabes  
la que tú sabes te espera:  
te tiene flor de sus labios,  
te tiene la puerta abierta;  
suspiros por tu retorno  
y suspiros por tu ausencia...*

Fue *vox populi* a mediados del siglo XVIII que entre el mujerío madrileño sonaba el nombre de una fémima denominada «Borbona», que es posible fue la presunta enamorada de «Pepe-Hillo» y la maja desconocida que tuvo amores o amoríos con Luis I. Este fue el epílogo de desventura del torero sevillano en el amanecer goyesco de aquel Madrid lleno de color y presagios heróicos.





## Dos sucesos curiosos

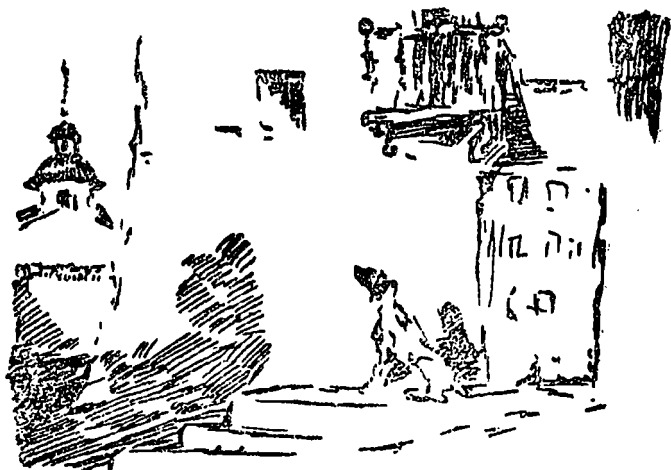
Anteriormente a la muerte de «Pepe-Hillo», una tarde, abierta la puerta del toril, sale al ruedo, en vez de un toro, un fraile lego, de una conocida orden religiosa, que pálido y desencajado ha abandonado el chiquero a todo correr, seguido de un toro negro zahino y astifino, que sin la oportuna intervención de los capotes del peonaje, hubiera alcanzado al religioso. Este es Fray Martín, muy conocido en la plaza de toros de Madrid, pues no deja una sola ocasión de asistir al apartado. Durante esta operación, en la mañana de ese día, cae el lego desde el hueco del pasillo de chiqueros, que carecía de balconcillo, sin que nadie lo advirtiera, ya abajo para huir de las reses, se refugia en un toril al tiempo que penetra un toro. La oscuridad salva al religioso, que arrinconado cuanto pudo, para sustraerse de una muerte segura, hasta que abierta la puerta, logra ganar la salida.

Otro episodio sucede el 11 de junio, en la Plaza de la Puerta de Alcalá, durante una corrida de toros. La res lidiada en cuarto lugar salta al tendido y desde la puerta de alguaciles, se presenta en la calle de Alcalá. Baja al paseo del Prado, que está muy concurrido. En su deambular urbano, se adentra por las calles del Niño, hoy de Quevedo, Cantarranas, hoy Lope de Vega y Francos, hoy Cervantes y sale a la calle de Atocha para alcanzar Vallengas y llegar a los prados de la Muñoza. En su recorrido hasta la tranquilidad bucólica de la dehesa, no hace daño a persona alguna, aunque se encuentra en la puerta del antiguo convento de

los Capuchinos, a un mendigo conocido por «El Tonto del Bote», que sentado en un sillón, pide limosna. El parálítico e idiota, al acercarse la res, agita el bote solicitando la caridad acostumbrada, el toro dando un bufido, huye. De igual modo no hace por un hombre tumbado y dormido en la acera, pero no así por un borriquito cargado de hortalizas, al que el astado cornea a placer.

# El teatro de Los Caños del Peral

El marqués de Scott, ministro plenipotenciario, decide que en 1737 se proceda a la demolición del primitivo teatro Caños del Peral tan próximo a la Plaza de Oriente. Inspirado en la idea de que Madrid contara con un teatro digno de la Corte. El domingo de carnaval de 1730, fue inaugurado el nuevo Coliseo del mismo nombre. Con una compañía de artistas italianos, poniéndose en escena la ópera Demetrio de Metastasio y Hasse,



Estampa de aquel Madrid.

obra cantada por Rosa Mancini, Elísbella Uttini, María Marta Montichielli, Jacinta Fordellini, Lorenzo Salletti y Annibale Pio Fabí. El público se aficionó a la música italiana y volvió la espalda al arte dramático. Más tarde triunfan la Todi y la Giorgi Bonti, que dividen a los madrileños en dos grandes grupos capitaneados por la duquesa de Alba y su rival la condesa de Benavente. La primera, partidaria de la Bonti, y la segunda de la Todi. De igual manera Manuel del Pópulo y Vicente Rodríguez, conocido por Manuel García, usando apellido de su padraastro, son los artistas que consiguieron atraer la atención de Madrid. Este último figuró en el estreno de «La nozze de Figaro», de Mozart, el 20 de mayo de 1802. El mencionado tenor, Manuel García, en amores con la Briones (es sabido que en argot teatral se acostumbra a decir la tal y la cual, para mencionar a las divas), fueron padres de celebridades: María la Malibrán (París, 1805), (María de la Felicidad García) la cantante Micaela Paulina (París, 1821), y su hijo Manuel Vicente García, musicógrafo, inventor del laringoscopio, instrumento para explorar la laringe.

Al incendiarse el teatro del Príncipe (hoy Teatro Español) el 11 de junio de 1802, el empresario de este coliseo, que lo era también del de los Caños, don Melchor Ronzi, dispuso que alternativamente actuase en este último la compañía italiana de canto y la española dramática del actor Isidoro Márquez, que llevaba en el elenco nombres tan notables como Antonio Prado, Concepción Velasco y la francesa Josefa González. El teatro de los Caños del Peral se clausuró por amenazar ruina. Posteriormente se dieron bailes de máscaras. En 1814, en tanto se preparaba el antiguo convento de agustinas, fundado por doña María de Aragón, hoy Senado, sirvió para albergar las Cortes del Reino.

En 1817 se procedió a la demolición del teatro y un año más tarde el arquitecto don Antonio López Aguado, iniciaba la edificación del que había de denominarse de Oriente, llamado hoy teatro Real. Tras varios parones en su construcción por falta de fondos económicos, por fin se inauguró en 1850.

# Boda real

La boda del Príncipe de Asturias, que por entonces lo es Fernando VII, con María Antonia de Borbón da ocasión a que el 20 de julio de 1803 se celebre una corrida de toros en la Plaza Mayor y el día 22, en la Plaza de la Puerta de Alcalá. Entre ambos festejos se corren ciento diez reses de diversas vacadas. Actúan



«La familia de Carlos IV», cuadro pintado por Goya en 1800.

los espadas José Romero, Bartolomé Ximénez, Antonio de los Santos, Agustín Aroca, Juan Núñez «Sentimientos», Curro Guillén, Juan Alcázar, Alonso Alarcón «El Pocho» y Joaquín Díaz. Con los rejones toman parte, Tixera, Antonio Pauman, Sebastián Mantilla, Joaquín Jover y Juan José Gutiérrez. El ganado fue manso de condición, y la organización de los festejos corrió a cargo del campechano y popular marqués de Perales. La musa popular, como crítica a su gestión, canta por calles y plazuelas:

*Viva el marqués de Perales  
y la gran sabiduría  
que tuvo su señoría  
en la compra de animales.  
Lucieron fiestas reales  
con los mansos becerruelos,  
y en premio de sus desvelos,  
mandan todos sus parciales  
que el título de Perales  
se le convierta en ciruelos.*

# Goya apenado por la muerte de la duquesa de Alba

El sentimiento amoroso de Goya por la duquesa de Alba doliente y apasionado, le ha resultado más lacerante que la huella de su pasada enfermedad y le ha empujado hacia una tempestad de sus pinceles. Aún está vivo, cuando en julio de 1802, muere ella. Entonces Goya esboza y pinta en el mural de su enterramiento, el dibujo del hermoso cuerpo rígido y frágil de la duquesa cuando es depositado delicada y dolorosamente en la tumba por unos encapuchados que parecen sacados ya de las «Pinturas negras», que decoran



«La duquesa de Alba», por Goya.



la Quinta del Sordo. Por este tiempo Francisco de Goya continúa diseñando «Los caprichos», en esa primera remesa o serie, su contenido atañe a temas relativos a la deformación o adulteración de la relación erótica entre el hombre y la mujer, en donde se fuerza la voluntad por una baja pasión. También se extiende a temas sociales, como la educación de los niños, los bandidos, los borrachos, los vagos inútiles que gravitan sobre el país, los malos artistas, cirujanos, médicos y maestros. Además, a otros pecados, la lujuria, y otros semejantes como la gula de los frailes, la falta de caridad, la avaricia, la vana soberbia o la maliciosa prepotencia de los viejos.

El *Diario de Avisos* publica una nota del crítico de arte, Juan Agustín Ceán Bermúdez, que sirve de prólogo a «Los caprichos», en la que insiste en mostrar la intención, todavía ilustrada, crítico-costumbrista del pintor. Dice, que persuadido el autor de la censura que hace de los errores y vicios humanos, peculiar de la elocuencia y la poesía, también puede ser condición de la pintura. La serie primera de «Los caprichos», se vende en la calle del Desengaño, número 1, tienda de perfumes y licores, pagando por cada colección de ochenta estampas, trescientos reales de vellón. Con las pruebas de «Los caprichos» bajo el brazo, acude Goya a las tertulias de sus amigos ilustrados, empeñados como él, en sanear con el escalpelo de la crítica los malos hábitos de la sociedad en que viven, y quieren reformar. Entre los contertulios de esas reuniones a las que va el pintor, se encuentran el conde de la Viñaza, y el joven poeta Manuel José Quintana, quien profesa gran devoción a su amigo Francisco de Goya. La situación madrileña de Goya es radical, frente a la convención de los hábitos estables, admitidos con social unanimidad y complacencia por la burguesía satisfecha y victoriosa, de dominar todos los estamentos del poder político, económico y social, y muestra su crítica con caricatura revolucionaria. El pintor no está instalado con la burguesía victoriosa, por el contrario, se encuentra en el movimiento de retirada de una minoría aristocrática ilustrada, que se precipita hacia su derrota total, arrastrada por los acontecimientos generales de su tiempo, como el fracaso de un pueblo incapaz de aprovechar el esfuerzo

regenerador propiciado por la Ilustración. Mientras, Carlos IV está más atento a resolver la rebeldía de su hijo Fernando y encumbrar a Godoy, preocupado poco en favorecer a Madrid, aunque funda el Depósito Hidrográfico, la Escuela de Ingenieros y la Fábrica de Tabacos, instalada en la calle de Embajadores junto al Portillo. El avance urbano iniciado por Carlos III, se estanca en este tiempo.



# Carlos IV suspende los festejos taurinos

Ya primer ministro de Carlos IV, Manuel Godoy, cada día más denostado e impopular, llega a temer por lo fácil con que se exaltan los ánimos en las corridas de toros, hasta suponerle una pesadilla y quiere suprimirlas. No tiene valor para hacerlo abiertamente, ni quiere aparecer como autor de los consejos al monarca sobre el asunto. Se vale del ministro Campomanes y del conde de Montarco. Estos presentan al Consejo argumentos aludiendo a prejuicios sociales, religiosos y agropecuarios. La suspensión es un hecho, en 1805. La torería queda en paro, algunos emigran a Portugal, como Bartolomé Jiménez Acosta y Curro Guillén, otros se buscan empleos, caso de Agustín Aroca, que se coloca en la ciudad de Jaén. Hijo de un letrado notable, él también ha cursado estudios de Derecho, que le son válidos para sus pretensiones. Otros consiguieron tablas de carne en mercados municipales, a Juan Núñez «Desperdicios» se la concedieron en Sevilla.

En 1806, muere en el Real Sitio de Aranjuez, la princesa napolitana, María Antonia de Borbón, esposa de Fernando, Príncipe de Asturias. El pesar por este fallecimiento en Madrid, queda desplazado por la conmoción que produce la noticia de que en el Real Sitio de El Escorial ha sido arrestado el Príncipe Fernando, el 30 de octubre de 1807. El pueblo madrileño tenía devoción por el heredero de la Corona, pues ante el débil carácter de Carlos IV y la actitud de enfebrecida grandeza, de Manuel

Godoy, cifraron en él, toda su esperanza. Madrid, como toda España, andaba en gran mayoría contra el favorito, que acaparaba poder y títulos, «Príncipe de la Paz», «Almirante y duque de Alcudía». El pueblo de Madrid, a través de su Ayuntamiento y con los fondos municipales, adquiere en compra-venta, el Palacio de Buenavista, a los duques de Alba, para regalárselo a Manuel Godoy Álvarez de Feria Ríos y Sánchez Zarnosa, obra del arquitecto Arnal.

# Fernando VII en el trono

Una mecha prende en España el odio contra el favorito y sucede el motín de Aranjuez, los días 18 y 19 de marzo de 1808, con asalto a la casa-palacio de Godoy en el Real Sitio, forzando la abdicación de Carlos IV, en su hijo Fernando VII. Goya y la mayoría de la torería, como el pueblo, celebra la caída del valido



Motín de Aranjuez, caída de Godoy y prisión.

que ingresa en la cárcel. En olor de multitud, el 24 de marzo, Fernando VII, entra en Madrid, montando en caballo blanco, la apoteosis de su recibimiento le acompaña hasta el Palacio Real. Goya, que entonces vivía en la calle del Desengaño número 1, por encargo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, pinta al rey del natural, para su Sala de Juntas.

Mientras el general francés Murat, duque de Berg, lugarteniente de Napoleón, llega a Madrid con sus tropas, con el pretexto de ocupar las fortalezas españolas fronterizas y cubrir una impensable retirada en la acción francesa contra Portugal. El día 1 de mayo de 1808, al pasar con su escolta por la Puerta del Sol, es silbado por el pueblo que ya recela de las intenciones de los franceses. Murat había alojado en el Buen Retiro, la artillería de los Mamelucos y la de los Lanceros, en el cuartel de la calle de Alcalá establece a los fusileros de la Guardia, en el cuartel del Conde-Duque a la Guardia Imperial Marina. En los altos de Leganitos, la división del general Gobert y las tropas de los generales Muriê y Connversiere, en San Francisco El Grande. Envía a El Pardo, al batallón Westfalia y los coraceros quedan acampados en la Casa de Campo y los Carabancheles. Otras fuerzas ocuparon los inmediatos lugares de Chamartín de la Rosa, Fuencarral, Leganés, Villaverde y Vallecas. Prácticamente Madrid está tomado y cercado por un total de cincuenta mil efectivos preparados para atacar en cualquier momento, mas los seiscientos mil soldados que han invadido la Península.

## El 2 de mayo

El llanto del pequeño infante don Francisco por su alejamiento de Madrid, es el chispazo que enciende la hoguera del heroico episodio del Dos de Mayo. La muchedumbre reunida junto al Palacio Real, intenta cortar las correas del tiro de caballos preparados para arrastrar el coche de la familia real. Inmediatamente aparece un batallón con dos piezas de artillería que, sin previo



Daoíz y Velarde en la defensa del parque de Monteleón.



aviso a la multitud, dispara y cuantos quedan con vida, caen bajo las bayonetas de la Guardia Imperial, el resto de las tropas francesas, lanceros, polacos y mamelucos, asaltan las casas degollando a cuantas personas encuentran. Los paisanos acuden al Parque de Artillería de Montealeón en busca de armas, donde hallan gloriosa muerte los capitanes Luis Daoiz y Pedro Velarde y la heroína Clara del Rey. Combaten y hacen retroceder al enemigo, diferentes veces, en su intento de asalto al Parque de Montealeón, también contiene a los intrusos el batallón de Voluntarios del Estado, al mando del teniente Jacinto Ruiz, hasta que cae mortalmente herido. A toda persona que los soldados franceses encuentran un arma es muerta. Durante toda la noche



Manuela Malasaña.

del día 2 y el día 3, el barrio de Maravillas, el Paseo del Prado, la Montaña del Príncipe Pío y el atrio del convento del Buen Suceso, en la Puerta del Sol, entre la calle de Alcalá y la carrera de San Jerónimo, son tristes escenarios de tanta gloriosa muerte. Cerca del medio millar alcanza el número de muertos en la heroica jornada, no llegaron a más, por la astucia del teniente José Ontoria, que acompañado del maestro de coches Juan Pardo, exponiendo a cada instante sus vidas, lograron libertar a doscientas sesenta personas ocultándolas en desvanes y cuadras. Peor suerte corre Manuela Malasaña, por encontrarla unas tijeras de bordadora, en la

liga, en un chequeo callejero, la fusilaron. Fue enterrada en San Martín, era huérfana de Juan, vivía con su madre, María Oñoro. Había nacido y vivía en el barrio de Maravillas, en la calle de San Andrés número 18. Actualmente lleva su nombre la calle que, entonces se denominaba Peninsular. El cadáver de Pedro Velarde es llevado a la cripta de la parroquia de San Martín, el templo donde se había casado Francisco de Goya con Josefa Bayeu. Luis Daoiz, malherido lo trasladan en parihuelas, el maestro de coches Juan Pardo y tres ayudantes, a casa de María, su amante, en el número 5 de la calle de Covadonga, hoy de la Ternera, donde fallece y le trasladan a la cripta de San Martín. Los sepultureros Pablo Nieto y Mariano Herrero evitaron que los restos de estos héroes del Parque de Monteleón se confundieran con los cadáveres del resto de los inhumados, escondiendo en una mina del templo sus cenizas y dieron cuenta de su cuidado, en 1810, cuando el Gobierno decretó la demolición de la parroquia para hacer en el solar, la actual Plaza de San Martín. A los sepultureros les concedieron una pensión vitalicia del Estado, por ese hecho, y los restos de los militares trasladados



«Los fusilamientos de la montaña del Príncipe Pío, 3 de mayo de 1808»,  
por Goya.

al Parque de Artillería, en abril de 1814. El 2 de mayo de 1815, los enterraron en la capilla de Nuestra Señora del Buen Consejo, en la Colegiata de San Isidro, en la calle de Toledo. Un pequeño gran héroe, José del Cerro, con sólo doce años, cuando la carga de los Mamelucos, en la Puerta del Sol, baja por la calle de Carretas, llega a la plaza y comienza a lanzar piedras a aquellos moros napoleónicos, hasta que una bala le alcanza en pleno pecho y cae muerto. Entre el testimonio histórico y la denuncia contra el intrusismo francés, Goya, con sus pinceles deja perseverancia de aquellas trágicas jornadas en óleo sobre lienzo, que son auténticos documentos, en sus obras, «La carga de los mamelucos» y «Los fusilamientos del 3 de mayo, o de la montaña del Príncipe Pío». La elegía de Juan Nicasio Gallego, las estrofas de Manuel José Quintana y las encendidas décimas de Bernardo López García levantan el sentimiento patriótico. Estas comienzan:

*Oigo Patria tu aflicción  
y escucho el triste concierto  
que forman, tocando a muerto,  
la campana y el cañón.*

Son muestras del dolor y rabia, que les produjo a los escritores y poetas que vivieron esos episodios, la traicionera y bárbara invasión, a igual que al pueblo madrileño, que se echó a la calle a defenderse contra las tropas de Bonaparte. Bastantes representantes de la torería figuraban entre la multitud que daban la cara por la independencia, entre estos fue víctima de la lucha ciudadana, el espada madrileño José Castro Vázquez.

El 20 de julio de 1808, hace su entrada en Madrid, el rey intruso José I, hermano de Napoleón Bonaparte. Entrada que trataron que fuera triunfal y resulta ridícula. El tórrido calor del ambiente contrasta con la frialdad de los madrileños. La llamada guerra de la Independencia está estacionada, situación que impacienta a Napoleón, que decide venir a España. El 4 de noviembre llega a Madrid, seguido de un ejército de cuatrocientos mil hombres, dirigidos por trescientos cincuenta y tres genera-

les, y se instala en un palacete de Chamartín de la Rosa, propiedad del Duque del Infantado. El emperador francés que subyugó a Europa, aficionado al sabor local, cultiva el pintoresquismo. Las mujeres de teatro son siempre de su agrado. Tener una aventura con una española suponía un incentivo para él. Su ayuda de Cámara, Constant, le habla de cierta joven que desempeña papeles modestos en el Teatro de la Cruz, la había visto una noche, reunida en una botillería, morena graciosa, muy linda, con grandes ojos negros. Huyendo de la francesada se refugia la joven en casa de una tía suya en Chamartín. Napoleón la llama y ordena que pase por la puerta accesoria del Palacio para no dar escándalo. La entrevista dura poco. No tarda en oírse la voz del emperador: «Constant, acompaña a esta señorita y abre que se ventile esto. La damisela se había perfumado mucho, creyendo agradar más. Pero Napoleón aborrecía



«Carga de los mamelucos», cuadro pintado por Goya hacia 1814.

los perfumes, sobre todo si eran de baja calidad, y huía de las mujeres que de ellos abusaban. La cómica sale avergonzada por la repulsa imperial, que ofendía su amor propio. Además tiene serios disgustos, porque la aventura ha trascendido y en poco está que la asesinen los patriotas por afrancesada. Madrid venía aprestándose a la lucha, la manolería pedía armas y son repartidas las que se hallan en los parques militares, pocas y deficientes, chuzos, sables y escopetas. Se organiza la fabricación de cartuchos. El regidor encargado de dirigirla es el marqués de Perales, que procede con el mayor celo a desempeñar su cometido. Pocos hombres hay en el Madrid goyesco que gocen de tanta popularidad como el marqués de Perales. Pese a su elevada alcurnia, le gusta alternar con manolos y chisperos, en los bailes del candil le tienen por punto fuerte, luce garbo castizo e indumento plebeyo, castoreño, pañosa roja y traje corto, en las clásicas verbenas y en las botillerías de los barrios bajos. Más de una maja suspira de amores por el gallardo aristócrata



Grabado de la época que representa la lucha callejera del 2 de mayo de 1808 en la Puerta del Sol.

democratizado. Aún se habla de cierta hermosa carnicera que, burlada por él, ha jurado tomar crueles represalias.

Comienza el reparto de cartuchos, la impaciencia hace que algunos manolos se apresuren a probarlos. Con estupor ven que no explotan. Inquirida la causa, es fácil ver que la pólvora había sido sustituida por arena. La indignación que esto produce engendra un grito unánime, transmitido de extremo a extremo de Madrid. ¡Muera el marqués de Perales! Se forman grupos en las tascas barriobajeras, que avanzan, agresivos, hacia el palacio del prócer, hermoso edificio de la calle de la Magdalena, número 10, de bella portada barroca, de las más preciadas del Madrid antañón, que es asaltado por las turbas y en el zaguán encuentran al marqués, le apuñalan y arrastran su cadáver por la calle en una estera. El de Perales no tuvo culpa alguna en el suceso que motivó su muerte. Es seguro que ha sido víctima de la venganza de un envidioso o una despechada, tal vez la carnicera de que se había burlado. La multitud no tarda en reaccionar, muchos recuerdan al amigo, al compañero que olvidando su sangre azul, bebía «sangría» o «Valdepeñas» en alegre compañía de manolos y chisperos. A poco de consumarse el hecho brutal, se menciona al desdichado regidor con condolencia por su triste sino: ¡Pobre marqués de Perales! La Musa popular en su recuerdo, no tarda en lanzar una sentida copla:

*En la verbena del Carmen  
mataron al marquesito:  
¡Cómo lloraba su madre!*

El espíritu del 2 de mayo sigue latiendo entre los madrileños y el marqués de Castelar da la norma definitiva: «Morir de un tiro es más honroso que seguir la suerte del marqués de Perales».

Napoleón desde Chamartín da la orden de que al amanecer empiece el bombardeo sobre el Buen Retiro. Truenan el cañón por uno y otro bando. Ocho baterías francesas baten las tapias de la residencial zona y por la fácil brecha se introducen los tiradores de la Guardia Imperial, que vuelan la Fábrica de Por-

celana y se apoderan del Observatorio y del Palacio, actualmente edificio que acoge al Museo del Ejército.

También las balas dejan huella en la Puerta de Alcalá, los llamados «pepinillos» franceses, según dicho popular. Cae el Retiro y con este recinto, Madrid. El 4 de diciembre se firma la capitulación.

# José I, rey intruso. La fiesta sigue

Jose I reina en España con base en la Constitución de Bayona, que conserva la Religión Católica, Apostólica y Romana, con exclusión de otras. Se respetan vidas y haciendas de los vecinos y residentes en Madrid, de los empleados públicos y de los militares. No se perseguirá a nadie por cuestiones políticas. No se exigirán más contribuciones que las ya existentes. Se conservan las leyes, costumbres y tribunales. Las tropas saldrán de la Villa con los honores de la guerra, dejando sus armas. No se podía pedir condiciones más



José I Bonaparte.



ventajosas. Sometida la Capital, Napoleón parte hacia Francia. José I queda más tranquilo y se dispone a crear adeptos por la vía pacífica. En la Colegiata de San Isidro se celebra, con un frío ritual, el acto de la Jura del Rey intruso. Para ganarse al pueblo restablece las corridas de toros, su espectáculo favorito, en alternancia con el teatro. Ya en marzo de 1808, se habían organizado festejos taurinos para celebrar la llegada del intruso, como lo prueban las cuentas pasadas del marqués de Perales, con fecha del 20 de abril y la instancia del torero Juan Núñez «Sentimientos», dirigida al Ayuntamiento en 1809, rogando se le abone el salario de las corridas en que había tomado parte, según decía textualmente: «por la proclamación de nuestro abusto soberano José I».



El general Joaquín Murat, cuñado de Napoleón y lugarteniente de las tropas francesas en España.

El 27 de julio, se da fiesta de toros, se corren catorce reses entre mañana y tarde, por las cuadrillas de «Sentimientos» y Alonso Alarcón «El Pocho». Los astados pertenecen a las ganaderías de Águila y Bolaños, Álvaro Muñoz, Manuel Aleas, Bañuelos, Manuel Hernández, Julián Fuentes y Ramón Zapatero.

El Ayuntamiento de Madrid, en sesión plenaria del 19 de agosto de 1808, acuerda que los comisarios de toros dispongan lo conveniente para colocar gratis dos mil soldados en las corridas a celebrar los días 26 y 29 del mismo mes, en la Plaza de extramuros de la Puerta de Alcalá. En otoño

se celebran cinco festejos, resultando cogido y herido Juan Núñez «Sentimientos», en el festejo del 19 de septiembre. En la corrida del 10 de octubre alternan Jerónimo José Cándido y Curro Guillén.

Por decreto de José I, fechado el 16 de diciembre de 1809, se anuncia el arriendo de la plaza de toros de Madrid, que resulta desierto, y el Ayuntamiento se encuentra en la obligación de dar los festejos taurinos por su cuenta. El corregidor de la Villa se dirige al vizconde de Miranda y le pide contrate determinados toreros. El prócer les anticipa dinero para el viaje, con fecha 6 de julio y los lidiadores Jerónimo José Cándido, Curro Guillén, los hermanos Badén, los Ortiz, Revilla, Flores, Castillo, Juan García y Antonio Rodríguez, se ponen en camino y a mitad de la travesía son asaltados por unos bandoleros, robados y despojados de sus caballos. Para celebrar estas corridas de 1809, es preciso arreglar la Plaza de la Puerta de Alcalá, deteriorada por haber servido de albergue a los prisioneros de la batalla de Ocaña. Las obras importan ciento noventa mil reales, la subasta de los caballos la remata el picador Juan Rueda. Además, se reedifica el bodegón y la taberna que se adjudican a Juan Bedel y a Juan Lapernía, respectivamente, con el aprovechamiento de carnes se queda Domingo Celda y se designa a la iglesia de San José para la administración del Santo Viático en la plaza, también se dispone que durante la temporada se celebre una misa al amanecer y otra después del mediodía en la Capilla del Real Pósito, próxima a la Puerta de Alcalá. El 29 de junio, se da orden a las iglesias de San Luis, en la calle de la Montera, y de Santo Tomás, en la calle de Atocha, para que celebren a las dos de la tarde, con limosna de cuarenta reales cada una, pagaderas por el Ayuntamiento y con el fin de que el público que asista a las corridas de mañana y tarde, pueda oír misa.

La corrida de toros que se celebra el 24 de junio, presenta la novedad de que la recaudación, que hasta entonces se había hecho en las dependencias de la plaza, sirviéndose de unos taquillos en los que se depositaba el importe de los asientos, se reemplace por la venta de billetes en la Puerta del Sol, casas del Pósito y Administración del coso y los cambios de los car-

teles, se obligan a anunciarlos en el Diario de Madrid. El nuevo sistema de venta de localidades, de momento, no da resultado y se vuelve al antiguo de talegos.

El 1 de junio se da la segunda corrida de la temporada, la tercera el día 15 del mismo mes, y las restantes hasta siete, durante los meses de septiembre y octubre. Para las novilladas de invierno se saca a subasta el coso madrileño, el 16 de noviembre, y se le adjudica a don Manuel Gaviria. Este organiza nueve corridas durante 1811, la del 6 de octubre, se celebra a beneficio de los diestros, con cuádruple división de la plaza, produciendo el festejo sesenta y cinco mil ciento noventa reales y ocho maravedíes de los que dos mil cuatrocientos treinta nueve se entregan a los hospitales, además de cuatrocientos reales que Jerónimo José Cándido y doscientos Corchado, ceden a favor de los benéficos establecimientos.

En el festejo del 28 de julio, el toro «Escarcillo», de la ganadería de don Bernabé del Águila, causa una caída al varilarguero Juan

Luis de Amisas. Trasladado al Hospital General, hoy Centro de Arte y Museo Reina Sofía, se agrava su estado, falleciendo el 13 de septiembre.

Amisas, excelente picador, había alternado de tanda en Madrid, con su compañero Cristóbal Ortiz, el 25 de junio de 1804, y ese día alcanzó la alternativa de su colega. Entonces y durante muchos años, los piqueros recibían la alternativa, como los espadas, otorgada por el más antiguo, de los que, le correspondía alternar en la corrida.



Napoleón Bonaparte.

En el año 1812, se cele-

bran dos corridas de toros en obsequio a sus aliados, asiste el General inglés duque de Wellington al festejo del 31 de agosto. Por ese tiempo, los picadores permanecían en el ruedo durante todos los tercios de la lidia, así no es de extrañar que cuando se lea o hable de toros, se mencione, tras entrar a matar el diestro, vuelvan a acudir al caballo y aguanten una o más puyazos, como ocurrió en la tarde de la cogida mortal de «Pepe-Hillo». «Barbudo», el toro asesino, cuando lo quitaron del diestro moribundo, se arrancó al caballo del picador Juan López, que colocó la vara en todo lo alto, a caballo levantado.

Impresionado por la muerte de su maestro, Juan López se retiró del toreo y se empleó de mayoral en la ganadería de Aelas en Colmenar Viejo.

Para ver apartar una corrida de esta vacada, el literato Leandro Fernández de Moratín invita a José Bonaparte. Ya en la dehesa, un astado separado de la manada acomete al rey que se ha caído del caballo. Gracias a la intervención de López, que derrenga al toro de un puyazo y lo obliga a reunirse con la punta de que se ha separado no ocurre nada grave y todo queda en el susto. Repuesto Bonaparte, intenta dar una moneda de oro al mayoral que le ha salvado de un grave percance, ignorando este de quien se trata, insiste el monarca en gratificarle, diciéndole «Has salvado la vida de tu rey». Juan López se resiste con terquedad a admitir el dinero y entre dientes dice: «No pude salvar la vida a mi maestro y he librado a éste. Merezco la horca por mal español».



# El conde de Cabarrús y su hija Teresa

Entre los reinados de Carlos III, Carlos IV y el intruso José I Bonaparte, un personaje, Francisco Cabarrús, es una de las figuras destacadas en la vida española. Asimismo, su hija Teresa, cuya personalidad es estrechamente vinculada a la de su padre.

Francisco Cabarrús, hijo de un comerciante valenciano, establecido en Bayona, nace en esta ciudad francesa el año 1752. Hombre de gran actividad, temperamental y ambicioso, práctico en los negocios, ducho en finanzas, razones que le llevan al camino de la política. Adquirió la nacionalidad española y desde entonces residió en Madrid. El primero de sus negocios consistió en instalar una fábrica de jabón en el entonces municipio madrileño de Carabanchel de Arriba y comienza a atesorar una inmensa fortuna. Más tarde, entregado de lleno a los estudios económicos llegó a Consejero de Estado de Carlos III.

Avezado en la teoría y desarrollo financiero en 1782, dirige el Banco Nacional de San Carlos ideado por él, sobre la base del Banco de San Fernando. También funda la Sociedad para el Comercio con las islas Filipinas, importante entidad en la que centrará la fuente principal de ingresos encaminadas al progreso de España.

Durante ese tiempo, ha contraído matrimonio con María Antonia Galabert, hija del valenciano Antonio Galabert, a quien Cabarrús conoce como amigo y socio en negocios de banca en la capital levantina y llegaría a ser su suegro.

El 31 de julio de 1773, en Carabanchel Alto, nace su hija, apadrinada en la pila bautismal por su bisabuelo, Pedro Galabert, se le imponen los nombres de Juana, María, Ignacia, Teresa.

Nacida en pleno auge financiero y social de su padre, en una casa-palacio, llamado pomposamente Chateau Saint Pierre, en versión española Casa de San Pedro. Todavía adolescente, contaba doce años de edad, viaja con su madre por primera vez a París.

Con Carlos IV en el trono, en su gobierno reseccionario no hubo lugar para Cabarrús, ni para su grupo de reformadores. Además, acusado de malversación de fondos públicos, estuvo dos años presos (1790-1791). Por fin el rey comprendió que necesitaba de su inteligencia de hombre de Estado, y consiguió que en juicio se declarase su inocencia. Le prometió una indemnización de 6 millones de reales, en 1792 le concedió el título de Conde y le empleó en varias misiones, principalmente en el Congreso de Rastatt (Alemania), en 1797 a 1799, para concretar el tratado de paz entre Francia y Alemania. Sirviendo con lealtad y buen éxito.

Es evidente que Cabarrús no tomó parte en las intrigas que hicieron abdicar a Carlos IV, y privaron a su hijo de la sucesión, que terminó en fama de José Bonaparte. Fue ministro de Hacienda en el gobierno del rey intruso, puesto que conservó hasta su muerte, en Sevilla, el año 1810.

Teresa Cabarrús, mujer bien proporcionada, belleza universal, cuyos éxitos en la sociedad y aún en la política, se deben principalmente a esa donosura. Ilustre y disentida personalidad, de boyante inteligencia y sorprendente serenidad vital. Sin recogimiento y espiritualidad, toda su vida se caracteriza por las vicisitudes de índole y matiz diferentes.

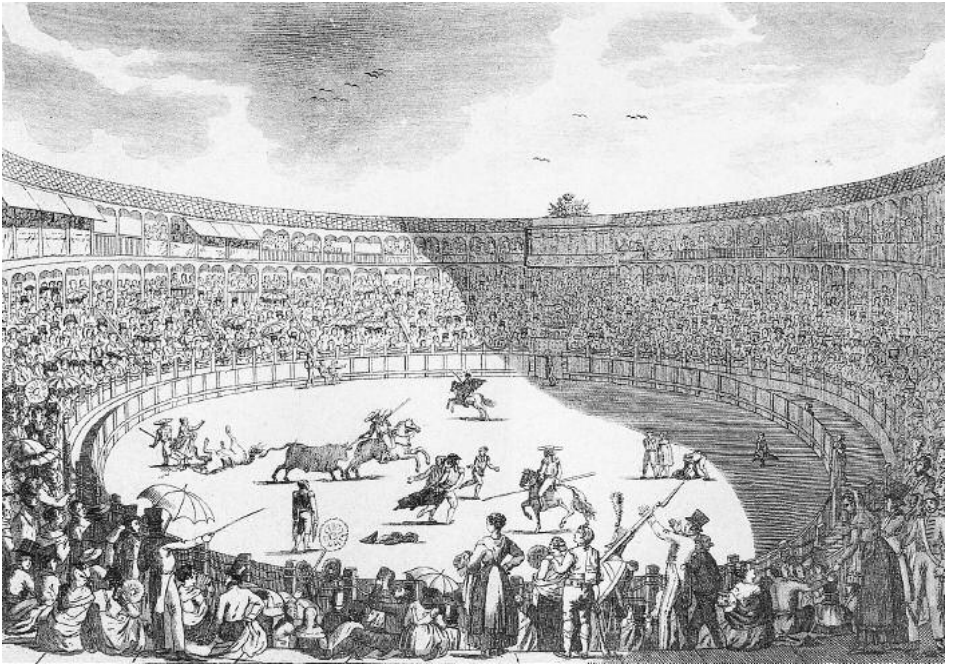
Teresa, aunque nacida en el corazón de España, al correr del tiempo se muestra más francesa que española. Criada en pleno auge financiero y social de su padre, llegó a disfrutar de deseadas recesiones. El discurrir de sus días de Carabanchel dejan la impronta de una paz familiar recogida y severa, disfrutando del cariño de sus padres, parientes y servidumbre. Cuando su

tío Maximiliano Galabert la pretende y quiere iniciar el primer capítulo de su vida amorosa, quedó todo en una actitud contemplativa.

En París, Teresa Cabarrús se adelanta con plena conciencia a la vida mundana y revolucionaria, empieza a ser la mujer más odiada y más vehemente adorada de Francia, Cabarrús será ya como una bruma incierta de recuerdos, aunque constituyera en el futuro la permanente añoranza de su vida. Sucesivamente vive en Francia, participando en la Revolución, en la República, en la Convención. Desde su prisión de las Carmelitas, donde la acompañó la emperatriz Josefina, organizó el 9 determinador que acabó con Robespier y sus amigos. Casó con Juan Lamberto Tallien, célebre revolucionario francés. En el proceso de Luis XVI llegó hasta pedir que se prohibiera la defensa del monarca. Persiguió a los Girondinos, formó parte del Comité de Salud Pública y defendió a Maret.

En Thernidor, en el Directorio y en el Consulado, fue marquesa de Fontenaz, «Nuestra Señora del Socorro» por las muchas vidas que salvó; «Reina de Burdeos», nominación irreverente, muy al uso revolucionario. Nuestra Señora Thernidor, «Reina de París», madame Taillen, Condesa de Caraman y, finalmente, princesa de Csuan-Chinay. Tan lejana geográficamente de su Carabanchel, en alta calina, a modo de baleón de Madrid, que olvidó en honor de su linaje que tan cumplidamente lo representó durante su existencia, que se extinguió en 1835.





# José I y sus amoríos

El Rey intruso, José I, que ha de soportar desprecios populares, no todo le son alfilerazos, también el amor perfuma sus horas madrileñas. La condesa de Jaruco, Teresa Montalvo, ornato primoroso del Madrid goyesco, muy dada a celebrar saraos en sus salones, natural de Cuba, prodigiosa provincia española, entonces, que por gozar de privilegios, tiene el de producir las mujeres más sugestivas del mundo, a sus doce espléndidas primaveras, equivalentes a las de veinte, en mujeres de otra latitud, contrae matrimonio y cambia el



José Bonaparte, rey de España.

rumbo de su vida. Desposada con el conde de Jaruco, militar de mucha más edad que ella, pocos años después se avecina en Madrid. El conde es nombrado inspector general de tropa en la isla de Cuba y ha de dejar en la Corte a Teresa con sus hijas Mercedes y Pepita. La muerte arrebató al conde en pleno trópico, dejando a Teresa viuda, joven y hermosa, los tres entorchados de una mujer coqueta. Tras el luto inevitable, la condesa viuda de Jaruco abre sus salones, ofreciendo su trato encantador a cuantos personajes, predominantemente masculinos, bullen en Madrid. Manuel José Quintana, Juan Bautista Arriza y Leandro Fernández de Moratín leen sus versos, Francisco Goya borraja geniales caricaturas, los mejores cantantes del teatro de los Caños del Peral y de la Cruz dejan oír sus voces melódicas. Y todos veladamente, comentan la política del momento. Los cortesanos frecuentan los saraos de la condesa, además de ministros y diplomáticos y damas de alcurnia como Laura Permón, esposa del general Junot, duquesa de Abrantes, sugestiva y alegre, que blasona de haber disfrutado la intimidad de todos los prohombres y muchos de inferior categoría social.

José I enamoradizo por temperamento y alejado de la reina Julia, que se encuentra en el bello rincón residencial de Montefontaine, comienza distinguiendo a Pilar Acedo, marquesa de Montehermoso, guapa mujer que había conocido en Vitoria a su paso hacia Madrid. Ella se había insinuado desde el primer momento y procura conservar su preeminencia, sin que el marqués se dé por enterado. El rey en justa reciprocidad, le hace Grande de España, primer gentilhombre de Cámara, amén de concederle condecoraciones, sin más méritos que su complacencia perseverante. En realidad no es poco.

Cuando el rey se fija en la condesa de Jaruco, la estrella de Pilar Acedo comienza a declinar. La hermosa cubana con sus encantos insuperables rinde a José Bonaparte. Se ven a hurtadillas, pero no es bastante. El rey encarga comprar el palacio ubicado en la calle del Clavel, esquina a la calle de las Infantas, hoy desaparecido, pagando por el inmueble un millón de reales, cantidad muy crecida para entonces. Consumada la compra-venta el soberano le pregunta a su ministro de Hacienda

Cabarrús, que le parece la adquisición, y éste le contesta, «Señor, creo que el palacio no vale esa suma... ¡ni con la condesa dentro!».

Por las noches en una carroza sin blasonar y sin séquito alguno, el rey se encamina al palacio de la calle del Clavel. Esta residencia cuenta con un poético jardín, que en el centro se halla un árbol y bajo sus ramas se cobijan los dos amantes entregados a sus pláticas amorosas. Transcurre el tiempo feliz, Mercedes la hija mayor de Teresa, contrae matrimonio con el general Merlín, que al poco de casarse parte a luchar contra los guerrilleros andaluces. Mercedes está enamoradísima de su esposo, pero se aburre y precisa divertirse. Con frecuencia va con su madre a la Casa de Campo, donde cabalga junto al rey. Manjar de dioses, es Merceditas, y José I, se insinúa en momento oportuno, a hurtadillas de la madre. Con paciencia espera conseguir su apetecida prenda. En uso de licencia, regresa el general y el rey con cinismo y bromeando le pregunta, «¿Qué harías, general, si un monarca hiciese la corte a vuestra esposa?». «Sencillamente, señor, lo mataría sin contemplaciones», responde Merlín a rajatabla. Ríe el soberano, mundano. Todo es broma. Pocos días más tarde, el general se ve favorecido con el título de conde y no lo rechaza. Lo cual es muy significativo.

Sin saber por qué, la salud de Teresa Montalvo se torna endeble, adolece, se agrava y sucumbe en pleno idilio. El rey, que no ha dejado de amarla, pese a algún eclipse furtivo, sufre con su muerte hondo pesar. Se acaba de abrir el cementerio Norte, pasada la Puerta de Fuencarral, y el cuerpo hermoso, ya carroña, de la condesa de Jaruco es de los primeros enterramientos. Pero la misma noche subsiguiente al sepelio es sigilosamente exhumado el cadáver y conducido al jardín de la calle Clavel, donde regios mandatarios han hecho cavar una fosa bajo el árbol confidente de muchas veladas de amor y allí depositan los restos de la hermosa cubana, prematuramente muerta.

En 1810, en el otoño, José I dió órdenes de que la reina Julia, su esposa, venirse a España. Con el séquito llega a Madrid, el general Leopoldo Hugo, con su mujer y tres hijos, el más pequeño Víctor, sería el formidable escritor, gloria de Francia y del

Mundo entero, consagrado con sus grandes obras, «Los miserables» y «Nuestra Señora de París». El general Hugo y su familia se hospedan en el palacio de Masserano, en la calle de la Reina, es nombrado gobernador de Madrid, inspector general de milicias y mayordomo de Palacio. Además le otorgan el marquesado de Cogolludo y el condado de Cifuentes.

El alcalde de Madrid, en 1810, don Dámaso de la Torre, ofrece al vecindario la importante mejora de los faroles de reverbero, que hace reflejar la luz en el metal bruñido. Ya en 1717, se colocaron los llamados pacetones o faroles a fuego, siendo regidor don Pedro de Guzmán.

Goya pinta «Celestina y mujer en el balcón» en la primera década del XIX.

# Goya se queda viudo

Madrid desde septiembre de 1811, comienza a padecer el llamado «año del hambre» que produce entre su vecindario veinte mil muertos, cebándose la desgracia, una vez más, en la gente pobre. Sus cadáveres yacen en las aceras de la Villa, de donde los recogen hasta dos veces al día los carros de las parroquias.

En 1812, la capital de España contaba con un censo de 135.000 habitantes, ocho mil casas, agrupadas en cincuenta manzanas. Tenía cuatro plazas, ochenta plazuelas, diecisiete parroquias, dieciocho hospitales, cuatro cárceles, cuatro bibliotecas públicas, dos museos de pintura, uno de Ciencias Naturales, uno militar, una plaza de toros, dos teatros y treinta fuentes públicas.

El Ayuntamiento de Madrid estaba formado por el Alcalde o Corregidor y diez regidores designados por José I. Para engrosar la hacienda municipal, bastante depauperada con tanto avatar, se creó un arbitrio sobre las casas de juego y privilegio, que se adjudicó al francés monsieur Pioson, se obligaba a entregar quinientos cinco reales mensuales. Fondos que el Ayuntamiento distribuyó: diez mil reales para la Casa de Expósitos, otros diez mil para el Hospicio y cien mil para el Hospital General. Con los cincuenta mil reales restantes se adquirió un objeto artístico, obsequio para José I. Algunos otros ingresos de las arcas municipales fueron destinados para elegante vestimenta de los regidores con el fin de asistir a las fiestas de palacio de etiqueta. Mientras el pueblo llano se consumía entre calamidades.

Un panorama desolador: padres de familia pidiendo socorro, empleados endeudados, artesanos en paro, talleres abandonados, casas vacías de familias aposentadas, los hospitales abarrotados de enfermos, hospicios y cárceles llenos de andrajos y miseria. La carestía de alimentos llegó hasta el extremo de agotarse el pan.

En un intento de huida de Madrid, José I, con sus soldados, le acompañan el corregidor y algunos regidores. Mientras, en la Casa de la Villa se reúnen ocho miembros del Ayuntamiento para ordenar y dominar la situación, es necesario vigilar las casas abandonadas, donde hay objetos de valor y documentos, y es preciso controlar los alimentos y su reparto, además de poner luz en los balcones y organizar patrullas con el fin de evitar saqueos, favorecidos por la oscuridad.

A las 11 de la mañana del 12 de agosto de 1812, el duque de Ciudad Rodrigo entra en Madrid y los regidores le reciben en la fuente del Abanico, al final del Paseo de Chamberí (hoy calle de Luchana y plaza de Chamberí), y le acompañan hasta la Casa de la Villa. En solemne ceremonia le entregan las llaves de la ciudad. El duque las recibe y extiende un edicto proclamando la Constitución de 1812, promulgada en las Cortes de Cádiz. El día 13 es nombrado corregidor interino don Juan Antonio Pico, y de la Plaza de la Villa van en comitiva hasta el Palacio Real en una elevada tarima, colocan en sitio de honor un retrato de Fernando VII y leen a los ciudadanos congregados parte de la Constitución. Proclama que también sucedió en la Plaza Mayor, Plaza de la Villa y Plaza de las Descalzas.

Con el título de Alcalde Constitucional, se nombra el 20 de agosto al marqués de Iturvieta y del alcalde segundo al conde de Villapaterna, ambos nacidos en Madrid. Un rumor que corre por los mentideros de la capital, filtra el bulo que retornan las tropas francesas, la posibilidad de que esto fuese cierto, atemoriza al flamante Ayuntamiento que disuelven el Concejo y renuncian a su cargos. En su afán de huida, alguno lo hizo hasta en mula.

Las calamidades duran hasta el verano de 1812, que se puede remediar con la ayuda de los más pudientes, incluido el Rey

y los soldados franceses mejor avituallados, y los esfuerzos del Ayuntamiento. Goya y su mujer, ante las inciertas perspectivas del país, toman precauciones. Hacen testamento, nombrando heredero universal y único a su hijo Francisco Javier. Las pésimas condiciones sanitarias y de todo orden que gravitan penosamente en el ambiente tétrico de un Madrid famélico, que a la posteridad recuerda, el cuadro de José Aparicio, colgado en el Museo Municipal, o tal vez, el mismo hambre, hacen presa en la esposa de Goya, o acaso alguna enfermedad no relacionada con aquella plaga. No se sabe, pero Josefa Bayeu fallece el 20 de junio de 1812, siendo enterrada en el cementerio del Norte, pasada la Puerta de Fuencarral, en la actual confluencia de las calles de Magallanes, Rodríguez San Pedro, Fernando el Católico y Vallehermoso. El 28 de octubre del mismo año, Goya disuelve y reparte con su hijo la sociedad matrimonial de bienes gananciales. Goya sigue pintando con asiduidad y piensa rehacer su vida, solitaria desde la muerte de su mujer.





# La situación invasora se complica

La campaña bélica marcha cada vez peor para los intrusos franceses y el rey, cada día se encuentra con menos medios económicos. El hambre vuelve a enseñorearse de Madrid, la guerra la tiene perdida.

Don Pedro Sáinz de Baranda se mantiene en su puesto con sentido de la responsabilidad, asistiendo a la Casa de la Villa y



José I en su huida a Francia.

acordando con el jefe político ponerse al frente del Ayuntamiento. Ante la decisión de Sáinz de Baranda, otros regidores acuden también, como Rivacoba y Uriarte y celebran una sesión municipal, acordando: asegurar la cobranza de arbitrios de consumo y organización de la policía para mantener el orden.

Al tener noticia del retorno de las tropas francesas, Sáinz de Baranda al frente de la corporación municipal con seis maceros a caballo llega hasta la Puerta de Toledo a recibir al ejército invasor. Su postura es protocolaria y después presenta su dimisión de responsable de la corporación municipal, aunque le proponen que continúe. Únicamente acepta hacerlo en calidad de vecino de la villa, en las sesiones del Consejo. Así cumple hasta que días después José I nombra nueva corporación municipal presidida por don Frutos Álvarez Benito. Pocos días después, el 6 de noviembre, las tropas españolas llegan a la capital y se inicia una nueva retirada napoleónica. El corregidor Álvarez de Benito desaparece y don Pedro Sáinz de Baranda vuelve a estar al frente del Ayuntamiento, el 7 de noviembre, ostentando el título de Presidente del Cuerpo Municipal. Reinstaura el Ayuntamiento constitucional y, en ese momento, abandonan el salón los regidores nominados por José I. La corporación municipal, el 21 de noviembre, queda bajo la presidencia de don Frutos Álvarez Benito, por otro regreso de los soldados franceses. Y el 10 de junio de 1813 se encuentran de nuevo al frente de la alcaldía. O consejo, el marqués de Iturvieta y el conde de Villapaterna, que inician una labor de zapa sobre quienes son adictos o no al monarca francés.

Los corregidores de Madrid entre 1800 y 1807, solo se ocuparon de la limpieza, riegos de las calles y reglamento sobre fuentes públicas, prohibiendo lavarse o peinarse en éstas. Además dieron bandos sobre la hidrofobia, precios de las corridas de toros, que se celebraban en la Plaza Mayor, otro sobre el precio del carbón y la venta del cordero en los mataderos. Los municipios de 1812 tuvieron ya otras ideas, organización de la ciudad, la tenencia de armas, y dar a conocer la situación de las Cortes Constituyentes, vigilancia de la villa, colectas y suscripciones para socorrer a los indigentes, vigilar el pósito donde se

guardaban los granos de trigo y control de la fabricación y distribución del pan.

Una mañana de junio de 1813, renunciando a luchar contra lo imposible, sale José I del Palacio de Oriente. La retirada es espantosa, en el desbarajuste de la fuga se pierden los equipajes y se inutilizan los víveres. El hambre se apodera de los fugitivos, algunos días el rey tiene por todo alimento un puñado de castañas. Cerca del Pirineo, descubren una choza entre la frondosidad del paisaje y a sus moradores les ofrece, un Luis de oro como pago de la comida que consumieran. La moneda no excita la codicia de los campesinos y dicen no tener nada de comer. Se deciden a registrar alacenas y arcones, hallando media docena de huevos y un tarro con manteca de cerdo. Encienden una fogata en el hogar y cocinan una tortilla que comen ayudada con una hermosa rebanada de pan. Poco tiempo



Francisco de Goya, en su serie de aguafuertes «Los desastres de la guerra» reflejó toda la crueldad de la lucha por la Independencia.

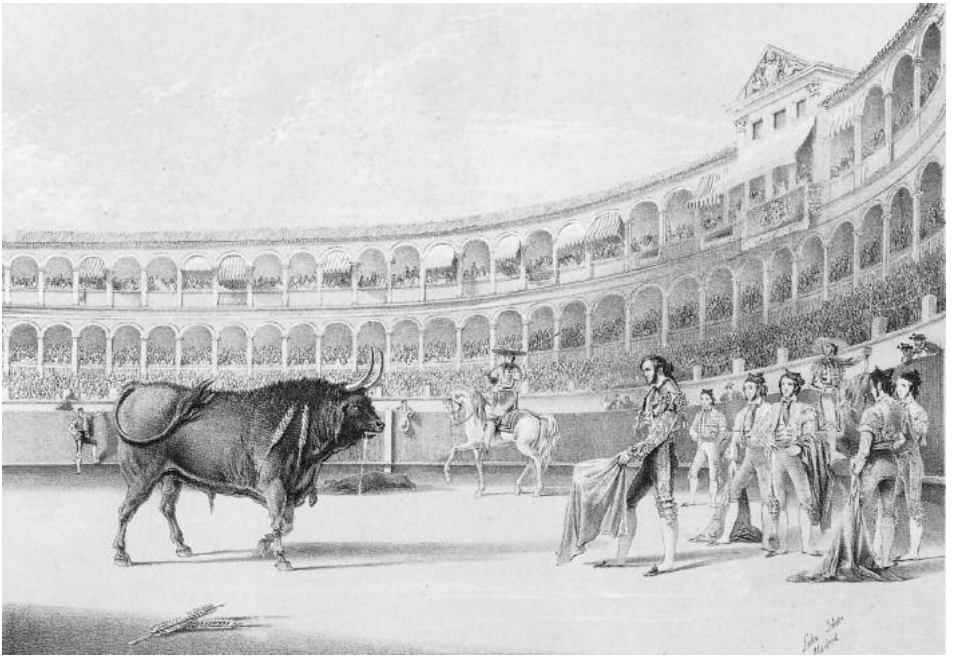
después atraviesa la frontera José Napoleón, considerado ya destronado. Con la rendición en Bailen de las tropas francesas del general Dupont ante las del general Castaños, era de suponer que nunca los franceses saldrían victoriosos, de nuestra Guerra de la Independencia.

Goya que pinta los desastres de la guerra, no considera desastre el éxodo atropellado de la abigarrada caravana que camino de Francia se va, figurando en el tropel de gente algunos antiguos ilustrados amigos del pintor, que al finalizar mayo de 1813, empiezan a evacuar de Madrid. En algunos de sus dibujos, Goya alude este episodio, reflejando el despojo de iglesias y palacios que las tropas francesas al mando del general Hugo, someten a Madrid. Ya está Madrid libre de franceses y ocupado por las mesnadas de Juan Martín «El Empecinado», llegado desde Vito-



Grabado al aguafuerte de Goya con el que inicia su serie de «Los desastres de la guerra», de violencias y crueldades.

ria y Burgos donde han sido tan eficaces sus escaramuzas contra los gabachos. Francisco de Goya, que después de vivir en la calle Valverde, vive en la calle del Desengaño, número 1 y se dispone a rehacer su vida, solitaria desde la muerte de Josefa Bayeu, ocupa el tiempo en el retrato al óleo de «El Empecinado». Por estas fechas, consolida su relación sentimental con la mujer del comerciante Isidoro Weiss, Leocadia Zorrilla. Desde hace un año, aquel tiene demanda de separación de su esposa, por infidelidad, trato ilícito y mala conducta, agregándose un genio altanero y amenazador. El 2 de octubre de 1814, nace Rosario Weiss, a la que Goya quiere mucho y se llega a atribuirsele la paternidad.



# Fernando VII vuelve a Madrid

El Madrid liberado de 1813, con los ánimos exaltados contra los franceses, a la vez, que se alimentan nuevas perspectivas de vida nacional abiertas al país por la nueva Constitución liberal del 19 de marzo de 1812.

En 1814, la mayor partida de gasto del Ayuntamiento de la villa, que asciende a 245.000 reales, se destina a la parafernalia del recibimiento y proclamación del rey Fernando VII. Todavía muy presente la heroica jornada del 2 de mayo, se asignan pensiones a viudas, hijos y padres de las víctimas.



«Fernando VII en un campamento militar», por Goya



Con sus dibujos y grabados, Goya se arroja al cauce de la corriente liberal, singularmente los que prolongan la serie anticlerical comenzada antes. Con el mismo espíritu se apresura el pintor a presentar sus respetos al presidente de la Regencia, el cardenal Luis de Borbón, arzobispo de Toledo, hermano de la condesa de Chinchón, cuando entra en Madrid, el 5 de enero de 1814, Fernando VII, se encuentra en Valencia antes de llegar a Madrid y decreta que la constitución de 1812, quede abolida, hay desmanes, persecuciones, destierros y cárcel para un buen número de españoles que piden un régimen liberal, no absolutista. A las doce de la mañana del 13 de mayo, Fernando VII entra triunfalmente en la capital de España, por la Puerta de Atocha. Varios retratos del «Deseado», como le da al pueblo por llamar al rey, ha de pintar Goya en poco tiempo, algunos por encargo de instituciones y organismos. El 31 de mayo se le reconoce el derecho al cobro de sus haberes como primer pintor de Cámara, y el 4 de noviembre presenta su memorial solicitando la purificación definitiva. Alega, en el escrito, que «a pesar de su edad, quebrantada salud y sus muchas obligaciones que atender», no tan solo no pretendió, sino que se resistió a cuantas ofertas y propuestas le hicieron, prefiriendo «malvender sus alhajas, que servir a dicho gobierno». El día 14, pide Goya se reciba información testifical que acredite «la ninguna solicitud a sueldo, ocupación y el no haberse puesto ni en un solo momento, la insignia de caballero de la llamada de Real Orden de España, con que le comprometió dicho gobierno, por el renombre que en la pintura debe a sus estudios». El pesado aparato revisor de la conducta de los españoles con todas las consecuencias de abusos, intrigas y venganzas, actúa contra el país y el paisanaje. Se menciona la anécdota, según la cual, Fernando VII le dice a Goya: «Habrías merecido no solo la muerte, sino la soga. Si se te perdona es porque se te admira». Todos los documentos del proceso purificador demuestran que todos los trámites se cubrieron sin tropiezo y como mera rutina, sin la menor polémica sobre su conducta.

# Jerónimo José Cándido, Curro Guillén y otros espadas

Retirado Pedro Romero y muerto «Pepe-Hillo», se hacen dueños absolutos de los ruedos dos espadas, Jerónimo José Cándido y Curro Guillén. Aunque éste no alcanza la primacía de Cándido, que la mantiene hasta que, en 1812, una dolencia reumática le obliga a abandonar la profesión que ha sido tan relevante para cuanto había aspirado en los comienzos. Jerónimo José Cándido, nace en Chiclana el 8 de enero de 1770, hereda la sangre



Cogida de «Curro Guillén».

torera de su padre, José Cándido Expósito y se incluye en la cuadrilla de los Romero, con los que termina emparentando al contraer matrimonio con María Isabel, hermana de ellos. En Madrid y Sevilla alterna con Curro Guillén. Toma parte en las corridas napoleónicas celebradas en la Plaza de la Puerta de Alcalá, acusando intermitentes achaques contra su salud. Aunque continua en los ruedos hasta 1824, en que acepta un destino y se retira. Todavía se viste de luces para torear algunos festejos de manera esporádica y el 1 de abril de 1839, muere en Madrid. Su competidor en los cosos, Francisco Herrera Rodríguez «Curro Guillén», arrojado y valiente, acometía con decisión todas las suertes, poniendo especial empeño en la de recibir, pero nunca puede rematar con perfección. De estirpe torera, Curro Guillén, ve la luz en Utrera, el 16 de noviembre de 1783. Su padre matador de toros se presenta en Madrid, el año 1787, como medio espada y con la obligación de banderillar, repite en 1791, sin alcanzar un puesto preponderante dentro de la Fiesta de los Toros. Casa con una hija del matador de toros Juan Miguel Rodríguez, tío de «Costillares» y fruto del matrimonio es el joven que en los ruedos, se conoce por Curro Guillén. Su prestigio torero culmina al restablecerse las corridas en 1814.

Otro diestro de mas valor que arte, Francisco García «Perucho», torea en Madrid por primera vez en 1778, alternando con Juan y Pedro Romero. El 8 de junio de 1801, toreando en Granada, resulta mortalmente corneado por el toro «Barbero», de la ganadería de don Juan José Bécquer, de Utrera. Había nacido en el pueblo gaditano de Setenil, el año 1745.

Contemporáneo de «Costillares», Pedro Romero y «Pepe-Hillo», Juan Conde, alterna con ellos en carteles de Sevilla y en las corridas reales de 1789 en Madrid. En 1800, en un festejo, en la Plaza de la Puerta de Alcalá, sustituye en el cartel a José Romero.

Nacido en Vejer de la Frontera, torea su última corrida el año 1817, en Cádiz, ciudad, donde reside cuando muere en 1824.

Bartolomé Jiménez Acosta, destaca entre la torería de su tiempo de manera relevante, hijo del picador del mismo nombre que ha figurado en las cuadrillas de las tres máximas figuras de su tiempo, nace en Sevilla el 16 de octubre de 1770. En Madrid

torea en 1802 con José Romero y Antonio de los Santos, antes ya había actuado con estos espadas en Sevilla. Repite su salida al ruedo madrileño en 1803, y cuando la prohibición de las corridas de toros por Carlos IV, emigra a Portugal.

Una biografía que parece más de leyenda, que realidad, recoge la vida del torero gitano José Ulloa «Tragabuches». Enamorado con febril pasión de su esposa a la que llama siempre por el apelativo cariñoso de «La Nena», la más hermosa y atractiva entre todas las gitanas de Ronda. Desde que se había unido a ella, dedicaba más tiempo y atención al contrabando de telas que a los toros. Conseguía introducir fraudulentamente tejidos desde Gibraltar, que después «La Nena» vendía clandestinamente a la aristocracia. La vida de la pareja transcurría con felicidad y enardecido amor. Natural de Arcos de la Frontera, José Ulloa, se apoda «Tragabuches», mote heredado de su abuelo, que le llamaron así, por haberse comido en adobo el feto de un pollino. Toma la alternativa en Salamanca, en la misma corrida en que es cogido mortalmente Gaspar Romero. Al regreso de Francia, el año 1814, el inefable Fernando VII, para ocupar de nuevo el Trono de España, que pérfida y astutamente había entregado a Napoleón, se despierta, con ceguera popular, un exacerbado fanatismo. La mayoría del pueblo español piensa que la vuelta del monarca absolutista sería un bien para la nación, luego llegarían los desengaños. El acontecimiento del retorno regio es motivo de celebraciones en distintas ciudades españolas con fausto y regocijante alegría general. En Málaga, las autoridades programan festejos extraordinarios y tres corridas de toros, que encargan organizar al espada Francisco González «Pachón», y éste compañero de «Tragabuches», en la cuadrilla de José Romero, se acuerda y le avisa para torear en los festejos. Ulloa acepta y envía el equipaje a Málaga con unos arrieros. Dos días después jinete en magnífico caballo que acaba de adquirir, al caer la tarde emprende, desde Ronda, el camino hacia Málaga. Cuando ha recorrido tres leguas, la cabalgadura tropieza y el espada sale lanzado contra un árbol, con tanta violencia que se produce en la caída, una fuerte luxación en el brazo izquierdo y magullamientos en todo el cuerpo. En aquel estado, decide re-

gresar a Ronda, sobreponiéndose a los agudos dolores que sentía, aunque no logran abatir su atlética resistencia. Aproximadamente a las dos de la madrugada, llega a su casa. Llama repetidas veces a la puerta y como no contesta nadie, se dispone a forzar el postigo del corral. En aquel momento escucha la voz de «La Nena» que aparece alumbrándose con un candil sorprendida de la llegada de su marido, que creía camino de Málaga. La impresión de pavor que revela su semblante, no puede disimular, y despierta súbitamente en el ánimo de su marido una sospecha terrible. Por primera vez, siente la mordedura de los celos, que en aquel carácter salvaje, enamorado hasta la locura, toma proporciones trágicas. Registra la casa, mientras «La Nena», sorprendida llora amargamente. Como no encuentra a nadie, comienza a sentir remordimiento de haber dudado, sin razón, de la fidelidad de la que tanto quiere, y hasta casi se ve inclinado a pedirle perdón. La fatiga física y el acaloramiento de esos momentos le producen sed, para aplacarla se dirige a una tinaja que hay en la cocina, al destaparla para coger agua con la caldereta, surge la cabeza de Pepe «El Listillo», acólito de la parroquia inmediata, que se había guarnecido allí, temiendo con razón las iras del esposo burlado. Entonces, «Tragabuches» lo entiende todo, y exasperado y furioso, saca una navaja y abriéndola con los dientes, la hunde en la garganta del desdichado jovencuelo, que muere en el acto. Seguidamente busca a «La Nena», que se ha refugiado en la sala, y asiéndola por la cintura, en un desesperado esfuerzo con su único brazo útil, la arroja por el balcón a la calle. En el golpe contra el pavimento se produce instantáneamente la muerte. Aterrado por la suerte que le espera, pues para el parricida no había circunstancias eximentes, la condena a morir en la horca es inevitable. Monta a caballo y sale huyendo con el fin de ganar la sierra y eludir la acción de la Justicia. El escándalo en Ronda es tremendo. El corazón humano, el libre albedrío, a veces, no tiene explicación. Aquella mujer idolatrada hasta el delirio por un gitano y torero, guapo, valiente y aplaudido, con quien tiene vínculos sagrados, se entrega caprichosamente a un zagal de quince años, monaguillo, casi imberbe y sin atractivo que atenuara tan gravísima falta.

No se vuelve a saber mas de «Tragabuches», hasta que pasado el tiempo, es rumor público en la baja Andalucía, que uno de los terribles bandoleros de la partida conocida por los «Siete Niños de Ecija», es gitano, y se distingue entre el resto por ser el mas sanguinario y más cruel. Se sospecha que sea José Ulloa. Algunos de los bandoleros capturados dieron datos sobre su compañero «Tragabuches», y contaron horrores de sus intervenciones espeluznantes. Uno de sus colegas antes de sufrir la pena de horca, el 13 de noviembre de 1818, canta en la cárcel,

*«Una mujer fue la causa  
de mi perdición primera,  
no hay perdición de hombre  
que de mujeres no venga».*

Esa copla que entona el reo, es la misma que en sus correrías se podía escuchar a «Tragabuches», porque de éste la había aprendido. La banda de los «Siete Niños de Ecija» va quedando mermada por cuantos apresan y condenan, y pierde importancia. El Rey promulga un decreto proponiendo que cuantos estén fuera de la Ley se entreguen a las autoridades y, serán indultados. De la gracia está exceptuado Ulloa, por sus horrendos crímenes, al no poderse acoger al indulto, desaparece y se pierde como una gota de agua en el mar. Se supone que pasa a Portugal que es una salida fácil para los prófugos de la Justicia.

Tiempo más tarde, en un pueblo de la baja Andalucía, aparece un gitano viejo, que no dice a nadie su origen y procedencia. Colocado de guarda de campo por un labrador acomodado, vive solo en una choza sin relacionarse con nadie. Tenía una arqueta con contenido que no puede inspirar sospecha, por la pobreza de su dueño. Al morir el gitano y por confidencias, se sabe que en sus últimos momentos, le confiesa al hacendado, a cuyas órdenes servía, que la arqueta contenía una cantidad considerable de monedas de oro y se las quiere legar, en agradecimiento por lo bien que le ha tratado. Hay quien supuso, que también había declarado, que confesara haber pertenecido a la cuadrilla de los «Siete Niños de Ecija», y el dinero pro-

cedía, de un robo famoso, efectuado en La Lusiana. Nadie asegura nada y todos suponen que tal calé, es «Tragabuches».

Como torero, aprendía tan rápidamente las suertes y sus recursos, revelando singulares cualidades, que Pedro Romero aseguraba que podía ser un buen lidiador. El maestro de Ronda, no le considera, tras elogiar sus aptitudes, por su condición de gitano, aunque Romero no podía presumir de orígenes aristocráticos. Se había criado en una carpintería y toda su ascendencia, procedía de humilde cuna. Es posible, que el motivo del rechazo, fuese, en consideración, a las enseñanzas que dirigía, protegidas por la Real Maestranza de Caballería de Ronda, integrada por los linajudos varones de la nobleza local. En aquellos tiempos, y casi siempre, las figuras consagradas de la tauromaquia, se sienten inclinadas con irresistible atracción hacia las clases encumbradas, y codician con avidez, el trato de las gentes de más esclarecida estirpe.

El despego de trato de Pedro Romero con el calé, lo observa José Romero, y decide protegerle. El nuevo mentor del joven Ulloa le recibe con el mayor interés para instruirle en el arte del toreo, aprovechando las buenas condiciones que posee. Próximo a la edad de veinte años, actúa de banderillero en la cuadrilla de José Romero, en la que también figura el hermano, de éste, Gaspar Romero. Discurridas dos temporadas asciende al puesto de sobresaliente. El año 1802, le otorga la alternativa José Romero, en Salamanca. Cumple bien y la empresa le hace un buen regalo. Apoyado en este triunfo en que no ha intervenido la casualidad, es ocasión para demostrar su denuedo, destreza y pericia, hasta la cota de oportunidad de haberse podido adueñar del compromiso de las empresas, que le solicitan con empeño. Su rudeza en el trato social y su invencible adición al contrabando, le restan amistades y simpatías, malogrando un brillante porvenir. De suerte poseía un estilo clásico dentro del toreo rondeño, apoyado en una extraordinaria valentía, con serena ejecución de las suertes, consumando de manera perfecta la de matar recibiendo. De haber sido de otro carácter y otra su conducta, sin duda podía haber sido el gran competidor de Jerónimo José Cándido. Su poca cautela y mucha negligencia por

falta de preparación e instrucción de saberes, con frecuencia resulta explotado por los empresarios, que le pagan menos de lo que corresponde a su valía torera. Ha contribuido mucho a crear ese estado de ánimo, el acendrado amor por «La Nena», que tan trágicamente terminaría, con obligado cambio de rumbo de su existencia. «Por culpa de una mujer / tuve un momento loco / y esa mi ruina fue...». Mala suerte la de este cañí, que terminó pasando tantas penas y terminó arrastrado por las circunstancias en una partida de bandoleros, aunque pudo burlar la acción de la Justicia y salvarse de morir ahorcado. Así son, a veces, las cosas del querer.

En la continuación de los toreros que pisan los ruedos en el fin del siglo XVIII y los comienzos del XIX, nos encontramos con un héroe del 2 de mayo de 1808, en Madrid, José Castro Vázquez. Matador de toros madrileño, nacido el 10 de octubre de 1762 y bautizado en la iglesia de San Sebastián. En 1783, ya se le ve de banderillero en las corridas de la Plaza de la Puerta de Alcalá, en 1787, repite de novillero y al año siguiente, actúa como medio espada con José Jiménez, con frecuencia va sumando actuaciones en el ruedo madrileño. En 1789, toma parte en las corridas reales que se organizan con motivo de la Jura del Rey Carlos IV. En 1793, pide un puesto en las corridas, en lugar de Lorenzo Baden, alegando derechos y méritos a la Junta de Hospitales, que se lo concede. También figura en los carteles de Sevilla y otras plazas, aunque, a veces, se ve perjudicado y desplazado de algunos carteles, al recomendar José Romero a su protegido Lorenzo Baden, para ocupar su puesto. Temporalmente se aleja del toreo, y aparece de nuevo públicamente con exaltado patriotismo en las calles matritenses luchando contra las tropas napoleónicas hasta que le hacen prisionero y le fusilan en la montaña del Príncipe Pío, el 3 de mayo, tal como inmortaliza Goya en su lienzo al óleo, sobre tan bárbara represión de las tropas de Murat. Sus restos reposan en el pequeño cementerio de la Moncloa, junto al paso nivel del tren, de la estación del Norte, o también llamada del Príncipe Pío.

Zamora también da toreros, ya en el siglo XVIII, salía de esta provincia castellanoleonesa, Manuel Alonso «El Castellano», con-



siderado un aceptable matador de toros y habilidoso en la ejecución de la suerte de banderillas. En sus comienzos, Pedro Romero le incorpora a su cuadrilla. En 1803, actúa como matador por primera vez en Madrid, donde repite hasta que Carlos IV suprime la Fiesta de los Toros. Por sus ideas liberales, cuando Fernando VII regresa a España, tiene que confinarse en la ciudad francesa de Valencay. Otro torero con largo historial entre su profesión y la anécdota es sin lugar a dudas, Juan Núñez, «Sentimientos». Aunque sevillano y calé, es de limitada habilidad torera, a cambio posee un extenso repertorio de testimonio expresivos y rasgos curiosos y notables de carácter pintoresco y marrullero. Parco de recursos para completar su toreo, tampoco lo sustenta con vena artística. Se le ve falto de estímulo y de los detalles que había apuntado en sus primeros pasos toeros por el barrio sevillano, donde había nacido y vive próximo al Matadero Municipal, donde ha practicado y consolidado sus comienzos taurinos. Después de figurar en carteles de Sevilla y otras plazas andaluzas, torea en Madrid, el año 1795, de banderillero, mientras asimila lo que le es posible, de secretos de la profesión. Falto del relumbre, sentido del compás y carisma que la raza gitana aporta al arte taurómico, acompaña su toreo con su planta juncal, porque otra opción no tiene. Es frío toreando y su cara poco, o nada agraciada le supone una tara entre los públicos, como denuncia esta coplilla:

*«Sentimientos» y el demonio  
tuvieron una cuestión  
sobre quien era más feo,  
y «Sentimientos» ganó.*

A su tierna sensibilidad debe el apodo y en esa buena consideración es, siempre, caracterizado. De lo que carecía en el ruedo, le sobra en la calle, en su trato personal posee duende, es ocurrente y gracioso. En el coso del Baratillo, de Sevilla, torea en 1803 en compañía de su paisano Antonio de los Santos. El año anterior y ese mismo lo hace en la Plaza de Madrid. También torea en 1805, además de las plazas del Norte y en

Pamplona. Para que le apadrine, compromete al Secretario de la Comisión de toros y festejos de la capital de Navarra, Joaquín López. Adulador y marrullero, se dirige al señor López, con el peculiar repertorio que acostumbra para cualquier petición. Se ofrece al padrino para torear en Pamplona y banderillar dos toros clavando de una vez seis rehiletos. En otra ocasión promete poner veinticuatro banderillas doce en cada mano. Cuando Carlos IV, prohíbe las corridas de toros, solicita y consigue una tabla para despacho de carne en un mercado municipal de Sevilla, además de una pensión de veinticuatro reales, con el fin de lograr el sustento propio y el de su familia, compuesta de mujer, cinco hijos y dos sobrinos huérfanos de corta edad. Cuando en 1808, los franceses napoleónicos invaden España, Juan Núñez se siente inflado de patriotismo. Pero las circunstancias le pueden. El y los suyos se encuentran necesitados y pasan hambre, de hecho olvida odios y fobias y se contrata para torear en la plaza de la Puerta de Alcalá, los días 27 de julio y 26 y 29 de agosto, en las corridas organizadas por el Concejo madrileño para celebrar la llegada del rey intruso, José I. Entre la mañana y la tarde se lidian en la corrida del día 27, catorce toros y alternan «Sentimientos» y Alonso Alcázar «El Pocho». En otoño se vuelven a organizar festejos taurinos y «Sentimientos» se contrata, con tan mala suerte, que resulta cogido en la corrida del 19 de septiembre. Reaparece en Madrid, en la corrida del 26 de octubre, cuando «Sentimientos» brinda al presidente del festejo, don Pedro de la Loma y Mora le dice, «Por Usía, por la gente de Madrid y por que no quede vivo ni un francés». Se va hacia el toro, retinto, feo de lámina y veleto, de la ganadería Albareña, de Ciudad Real, ostentando el famoso hierro de la Campanilla, tras dos pases receta una estocada tendida, el astado no dobla, y repite el envite suministrando un «metisaca» bajo de efecto rápido. El público le empieza a silbar y «Sentimientos» con cierto ademán solemne y con contundente voz dice, «Así tienen que morir todos los gabachos». Entonces los pitidos se volvieron aplausos. Vecino de Madrid en 1809, exige el pago de los atrasos por las cantidades devengadas por las corridas toreadas. Por instancia Juan Núñez, se dirige al Ayuntamiento o Concejo de

Madrid, rogando se le abone el salario de las tres corridas que ha tomado parte por la proclamación, «de nuestro abusto soberano José I». Su ortografía deja mucho que desear. También escribe con el mismo fin al superintendente de la Casa Real, marqués del Mérito, para que se le abone los setecientos reales que se le adeuda. Según la Comisión de Festejos y Toros se le retiene lo devengado para pago de deudas reclamadas por los interesados. El afecto y simpatía con que cuenta en las altas esferas facilita que le abonen el dinero pendiente de cobro. Frente al ardiente y vivo anhelo de su idolatrada patria, Juan Núñez se encuentra con la realidad de sostener y mantener a su familia, que dice, son «trozos de mi alma». Ha de claudicar y torea en 1810 en las corridas de Madrid, a las que asiste José Bonaparte, con la intención de ganarse las simpatías del pueblo. Alterna con Jerónimo José Cándido y Curro Guillén. Se encuentra en Sevilla y ha de regresar a la villa para cumplir con el compromiso de torear la corrida contratada. De camino en la diligencia de posta con escolta para el diestro, a mitad del viaje es detenido en Manzanares por las tropas del mariscal francés Sault, que le trata de convencer para que el domingo día 9 de octubre toree allí, seis bureles, fecha comprometida ya en Madrid. Entre razonamientos y discusión pasa el tiempo, llegando a la capital dos días después de lo previsto. En escrito al Corregidor le ruega le sea abonada una parte alicuota de los honorarios que tenía que percibir por torear, teniendo presente lo sucedido y su precaria situación económica. Nuevamente pone en juego todos sus recursos persuasorios, sus amistades e influencias y consigue le concedan dos corridas a su beneficio, los días 15 de noviembre y 25 de diciembre. Con la obligación de dejar a favor de los hospitales de Madrid y de la empresa, por mitad el cuarenta por ciento del producto líquido que resulte de estos festejos, rebajados los gastos. Las liquidaciones de estas corridas no sacaron de apuros al comprometido torero. Le retuvieron mil quinientos reales que había pedido a cuenta, desde Sevilla para su viaje a Madrid. Además los acreedores que nunca le faltan y le vuelven a reclamar solícitamente que abone las deudas contraídas. Los picadores de su cuadrilla, Juan Gallego y Antonio Rue-

da le reclaman judicialmente el pago que les adeuda de veinticinco doblones a cada uno. El rejoneador Cayetano García que ha actuado en la segunda corrida a su beneficio y solo le ha pagado doscientos reales, le exige el resto hasta los seiscientos cincuenta ajustados. Ante tanta adversidad, recobra aliento y despliega coraje e ingenio. En espera de que el destino le colme de ventura, continua toreando por los distintos ruedos hasta 1818. En la corrida del 22 de junio de ese año, presidida por Fernando VII, está desacertado para estoquear al tercer toro. Del cuarto da cuenta Jerónimo José Cándido y al quinto manso, le echan los perros para soliviantarlo, como es costumbre de la época, y lo mata, Curro Guillén. A Juan Núñez le corresponde matar el sexto. El veleidoso público protesta y pide que lo estoquee Curro Guillén. El deseo popular se truca en gran alboroto y «Sentimientos» intimidado por la reacción del gradetrío, no sabe que hacer. El Rey ordena a Núñez que espere y manda subir al palco a Curro Guillén y le dice que mate al toro, éste trata de exponerle las razones porque no debe hacerlo, pero no sirven ante la voluntad firme del monarca, que mantiene su decisión, maquina como argucia para dar gusto al vulgo, que ilusionado espera el deseo que proclaman. Mientras «Sentimientos» lleno de tristeza soporta con rubor el peso de la humillación del público y del Rey, que le desprecian. Al volver al ruedo Curro Guillén ve en el rostro de su compañero reflejada la huella de la humillación, que suponía la orden del soberano. Guillén salta la barrera y en pensada acción se propicia una caída resultando herido en la cabeza. Entonces el Rey se ve obligado a ordenar a «Sentimientos», que se encargue, como le correspondía de finiquitar al astado. Y lo hace de una gran estocada.

En la noche, después de la corrida, Juan Núñez visita en la fonda del León de Oro, en la calle de El Carmen, a Curro Guillén. Con más demostraciones de afecto y compañerismo que las habituales, por el gesto de uno y el agradecimiento del otro, hasta despedirse. En ese momento Curro le dice, «Adiós “Sentimientos”», y éste contesta, «A ti sí que nadie te gana en sentimientos».

A partir de ese día, Juan Núñez lleno de tristeza decide retirarse de los toros.

Con «Sentimientos» y con «El Castellano», alterna en las corridas de 1802, Joaquín Lapuya, que repite con éxito en las de 1803 y 1804. Navarro, natural de Pamplona, le perjudica la prohibición de las corridas en 1805, cuando queda abolido el decreto, vuelve a los ruedos hasta que se retira en 1818, manteniendo siempre el prestigio del toreo de su tierra.

Nacido en Madrid, a Alfonso Alarcón «El Pocho» se le supone andaluz, porque, vive en Sevilla y allí se hace torero. En la plaza de la Puerta de Alcalá, torea ya en 1775, figurando como banderillero de «Pepe-Hillo». Repite en 1786 hasta 1804. Cediéndole «Sentimientos», en 1803, matar un toro, que equivalía a la ceremonia actual de la alternativa. En 1841 continua de matador de toros y en 1820, se aparta del toreo.

A modo de líneas paralelas sigue desarrollándose la vida madrileña, el pueblo llano con sus diversiones populares y los nobles con sus fiestas en los suntuosos salones de los palacios. Y todos en el cónclave redondo de la Plaza de Toros, unos en las gradas de sol y enfrente los privilegiados por la sombra, griterío, entusiasmo, música, clarines y timbales, ecos de un espectáculo, de una fiesta española común a todas las clases sociales.

# Se regulariza la celebración de corridas de toros

Las corridas de toros se celebran con la regularidad acostumbrada y en los carteles alternan: el sevillano Antonio Ruiz «El Sombrero», nacido en 1792, matador de toros desde 1812, Manuel Baden, también sevillano, con antigüedad en el escalafón de matadores de toros del 26 de mayo de 1814.

Igualmente de Sevilla, José María Inclán, nacido el 18 de julio de 1794, torea por primera vez en Madrid, como matador de toros el año 1818.

De Granada, Francisco Hernández «El Bolero», nace el 2 de abril de 1794 y pisa el ruedo de Madrid, por primera vez en 1814.



Antes de la corrida, en la plaza de la Puerta de Alcalá.

José García «El Platero», nacido en Cádiz, en 1791, sus buenos modos toreros se eclipsan por falta de valor, es protegido de «El Sombrerero» y obtiene la alternativa en Madrid, el 14 de abril de 1817, concedida por Jerónimo José Cándido. Apodado «El Zurdo», por matar con la mano izquierda y «El Habanero», por haber residido en La Habana.

Antonio María Montero, había visto la luz en la localidad gaditana, de Rota. El 1 de octubre de 1818, alterna por primera vez en Madrid, con los afamados Jerónimo José Cándido y Curro Guillén. Ambidiestro, igual maneja la espada con una u otra mano, Juan Jiménez «El Morenillo», nace en Sevilla el año 1793. Su primer oficio es de zapatero, y empieza a hacer prácticas toreras en el Matadero Municipal, donde conoce a Curro Guillén, que se erige en su maestro y protector. Torea por tierras de Portugal y en 1815, se presenta en Madrid, como novillero. Y, el año 1819, alcanza la alternativa en la corrida, que actúan Jerónimo José Cándido, Curro Guillén y José Antonio Badén. A los sesenta y un años de edad mata seis toros en Madrid, el 21 de agosto de 1854, y al retirarse abre un establecimiento de panadería, del que vive hasta el 29 de octubre de 1859, fecha de su muerte.

De familia sevillana, nace en Madrid, José Antonio Baden y como su hermano Manuel, se dedica al toreo. Amigo su padre de Curro Guillén, éste le protege y actúa de banderillero y medio espada desde 1816. En 1819, en la misma corrida que logra ser matador de toros «El Morenillo», es investido también él.

Francisco González «Pachón», de elevada estatura y fuerzas hercúleas, está catalogado como el primer matador de toros de renombre de Córdoba, donde nace el 4 de octubre de 1784. En principio figura de banderillero de José Romero hasta el año 1803. Continúa toreando y formándose, el 29 de mayo de 1820 alterna con «El Sobrero» en Madrid y asciende a la categoría de matador de toros. Torea en Cádiz en 1829 y sufre una cornada en una rodilla, lesión que le aleja de los ruedos algún tiempo por su larga curación. Solicita un empleo del Estado y le conceden el de administrador de sales. Cesante en 1836, vuelve a torear cuando ya cuenta cincuenta y dos años. Se le ve obeso

y torpe. Actúa en Hinojosa del duque, el 28 de agosto de 1842, y un toro de la ganadería del marqués de Guadalcazar infiere una cornada en el vientre, a consecuencia de este percance fallece en Córdoba, el 8 de marzo de 1845.

Torero tan notable, como exaltado liberal, Juan León López «Leoncillo», nace en Sevilla, el 2 de septiembre de 1788, aprende el oficio de sombrerero y en la profesión taurina hace grandes progresos al lado de Curro Guillén, a quien intenta salvar, cuando su cogida mortal. Sin aval alguno se presenta en Madrid ya de matador de toros, el 29 de abril de 1821. Se ve envuelto en las turbulencias políticas de la época, enfrentado con su rival «El Sombrerero». El año 1845, mermadas las facultades se aleja de los ruedos, pero vuelve en 1850, por carecer de recursos. Su última corrida, en Aranjuez, el 24 de mayo de 1851, alternando con Julián Casas «El Salmantino» y Antonio Luque «Cámara». Un desastre de actuación, falta poco para la tragedia, al sufrir una aparatosa cogida. En Sevilla, donde reside, huye de una epidemia de dengue y se refugia en Utrera, en casa del picador Juan Pinto, allí fallece, el 5 de octubre de 1854.

Manuel Lucas Blanco, natural de Sevilla y formado como torero en la escuela del Matadero Municipal sevillano, pertenece a la cuadrilla de «El Sombrerero» y después ingresa en la de «Pachón». Se hace matador de toros, el 27 de mayo de 1821, fecha en la que alterna por primera vez en Madrid, con «El Bo-



José Redondo «el Chiclanero».



lero» y Juan León. Complica sus actuaciones en los ruedos con sus ideas políticas, seguidor acérrimo de Fernando VII, se declara partidario del absolutismo, por lo que se ve perseguido por los liberales. Con fecha de 18 de octubre de 1837, mata en riña cara a cara a un miliciano nacional y es condenado a la pena máxima. Muriendo ajusticiado en Madrid en el campo de las Injurias, próximo al Puente de Toledo, el 9 de noviembre de 1837.

Luis Ruiz, matador de toros que no muere de una cornada por asta de toro, sino víctima del cólera, en el año 1834, causa más traicionera y difícil de salvar en su tiempo. Hermano de «El Sombrerero», no llega a alcanzar en los carteles la misma nombradía, aunque en Madrid, siempre, torea con agrado del público, la Junta de Hospitales, le contrata todos los años. Solo le perjudicó los problemas políticos en los que participa su hermano y le alcanzan a él, sin tener ningún compromiso. En 1833, vuelve a torear en la plaza de la Puerta de Alcalá y será su última temporada, por culpa de su muerte, un año después.

En la capital hispalense, ve la luz Manuel Parra Fernández, el 7 de marzo de 1797. Desde muy joven torea por pueblos e ingresa en la cuadrilla José María Inclán. También torea incorporado a la cuadrilla de «Pachón» y el 10 de julio de 1820, estoquea novillos en la plaza de Madrid. Torea de medio espada entre los años 1825 a 1827, en el coso de la Puerta de Alcalá y en el mismo ruedo, el 16 de junio de 1828, asciende a matador de toros alternando con «Pachón». El 26 de octubre de 1829, fecha en que se celebra una corrida de toros en plaza entera con dos toros estoqueados por Juan León y seis en plaza partida en dos mitades, costumbre de la época, lidiados por Manuel Parra y Manuel Romero, surge lo inevitable. Parra pasa de muleta a «Melentio», toro retinto, de la ganadería navarra de Lizaso y Laborda, de Tudela, resulta cogido, sufriendo una cornada que en principio no parece de gravedad. Marcha a Sevilla, tras la cura y a consecuencia de esa herida deja de existir el 20 de noviembre. Había cometido la imprudencia de viajar con la incomodidad de una travesía tan larga. Había sido un torero hábil y valiente.

De Madrid, nacido el 16 de agosto de 1799, en la llamada Casa del Pastor, debido a una historia anecdótica matritense,

Roque Miranda «Rigores», consume su existencia entre lo taurino y la política.

Precisamente por la causa liberal ha de alejarse de Madrid, después de 1823, por temor de las represalias de los absolutistas. Se halla en estrecha situación económica y con necesidades perentorias, viéndose obligado a solicitar de Fernando VII autorización para torear en el coso madrileño. El soberano le concede la gracia, y el 20 de octubre de 1828, hace el paseíllo en la plaza de la Puerta de Alcalá acompañado de «El Sombrerero», el hermano de éste, Luis Ruiz y Manuel Parra. Ocasión en la que recibe la alternativa, otorgada paradójicamente por Juan Ruiz «El Sombrerero», su antagonista en política. El 6 de junio de 1842, torea con «Curro Cúchares» en el coso madrileño y el toro «Bravío» de la ganadería de los duques de Osuna y Veragua, le empitona y le lleva embrocado hasta las tablas, donde le cornea y produce dos heridas muy graves en el muslo derecho. Sin curar totalmente, reaparece en el mismo ruedo, alternando con Francisco Montes «Paquiro» y José Redondo «El Chiclanero», los días 9 y 24 de octubre, con la agitación de la brega durante la lidia, sufre un retroceso en la curación del que no se repone, y el 14 de febrero de 1843, termina su existencia.

Manuel Romero, natural de Sevilla, donde ha nacido el 23 de junio de 1796, no tiene parentesco alguno con los Romero, de Ronda, aunque coincida el apellido. Torero muy de la escuela sevillana, garboso y alegre e indeciso a la hora de matar. En Madrid se le ve por primera vez, el 17 de diciembre de 1829 y con alternativa anterior a «Paquiro», no quiso ceder a éste su derecho de antigüedad, como hacen otros, ante las pretensiones de los mandones del toreo, por entender que matar el primero es un privilegio acorde con la categoría. En 1834, inauguraría con Juan Hidalgo la plaza de toros de Barcelona.

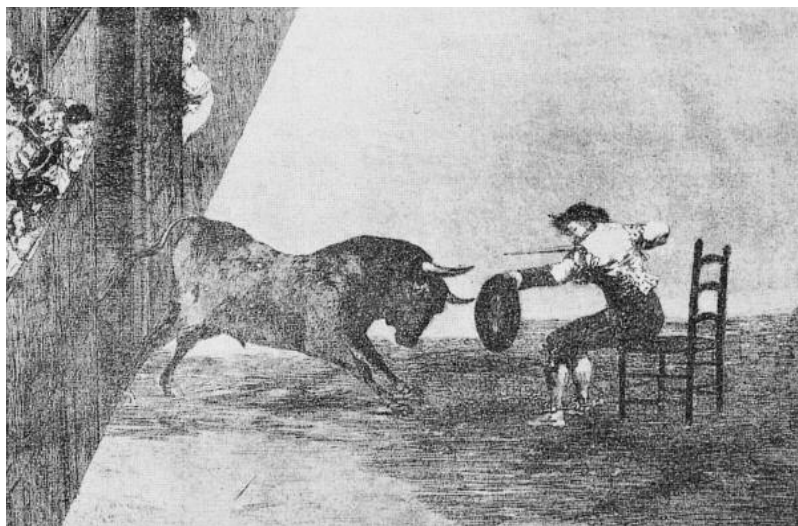
La designación real de corregidor y regidores, vuelve en 1816, por un decreto de Fernando VII. Año en que el monarca casa con Isabel de Braganza.

Los disturbios no cesan contra el absolutismo del rey. Se suceden sublevaciones en Galicia, Andalucía y Aragón. El general Ballesteros aconseja al monarca que jure la Constitución de

1812, y accede. La noticia se extiende y todas las clases sociales se llenan de alborozo, alegría y sentimiento patriótico. En 1814, quedó repuesto el Ayuntamiento constitucional presidido por don Pedro Sáinz de Baranda, aclamada su designación tras la pregunta del poeta Manuel Eduardo Gorostiza al pueblo, si le querían, como tal. De segundo alcalde se propuso al vecino don Rodrigo de Aranda.

# Goya y su tauromaquia

Cuando a Francisco de Goya le han asaltado recuerdos de juventud, y por distracción acomete la serie de aguafuertes «La tauromaquia», que aparece en 1815, es su gran desahogo gráfico. Dibuja asuntos de toros. La mayor parte de la Tauromaquia, la graba en 1816, según el anuncio que aparece en el «Diario de



Temeridad de «Martincho».

Madrid», del 28 de octubre de ese año, con el texto: «Colección de estampas inventadas y grabadas por Don Francisco de Goya, Pintor de Cámara de S.M., en que se representan diversas suertes de toros y lances ocurridos con motivo de estas funciones en nuestras plazas, dándose en la serie de las estampas una serie de los principios, progreso y estado actual de dichas fiestas en España, que sin más explicación se manifiesta por la vista de ellas. Véndese en el almacén de estampas, calle Mayor, frente a la casa del Excmo. Sr. Conde de Oñate, a 10 reales de vellón cada suelta y 300 reales de vellón, cada juego completo, que se compone de 33». Aparte de las láminas de carácter histórico, la «Tauromaquia» revela, en los lances y anécdotas mas o menos dramáticos que refleja, una afición permanente y vivida por el pintor, derivada de su etapa juvenil cuando participa en capeas y novilladas, como «don Paco el de los Toros» refiere en su correspondencia con su amigo Zapater. Prueba abundante de su arraigada afición se halla en cuarenta y cuatro dibujos, que se conservan en el Museo del Prado para esta serie, un cartón para ta-



«Tauromaquia», de Goya. Oleo sobre plancha de cobre.

piz y los lienzos con los retratos de toreros hasta las últimas litografías conocidas por los «Toros de Burdeos». En la «Tauromaquia», Goya hace brotar de una raíz popular y nacional su imaginación, como panegírico de las Fiestas, llena de emoción e inserte en una estética de ímpetu vital acorde con el temperamento del pintor, y a la vez distrae la amargura de su alma. Recuerda de esa manera lances, suertes y diestros de otro tiempo, que le hacen olvidar otros pensamientos. Episodios como «Temeridad de Martincho en la plaza de Zaragoza», «La Pajueleira», «Desgracias acaecidas en el tendido», «Diversión de España», «Dos picadores arrollados por un solo toro», «Bravo toro», «Muerte de Pepe-Hillo», «Escena de rejoneo», «Un torero entrando a matar, citando con sombrero», con estos y otros títulos, hasta completar la totalidad. Francisco de Goya y Lucientes, irradia maestría, modo y estilo, desde su sublime sensibilidad, y se contenta con la anécdota de sucedidos contemporáneos. En 1816, Fernando VII, celebra su segundo matrimonio, con Isabel de Braganza, y su hermano Carlos, con María Francisca de Braganza, Goya pinta los dos últimos retratos de aristócratas, el de doña María Manuela Téllez-Girón, Duquesa de Abrantes y el de su hermano, el X Duque de Osuna. Entonces implantado ya el absolutismo fernandino, Madrid presenta un ambiente tranquilo y en calma, la vida fluye mansamente bajo la dura horma política. Los madrileños a media mañana, a las once, toman pan y vino, los petimetres y cesantes callejean, mientras se trabaja en el comercio y las covachuelas. Estas, otra vez, convertidas en secretarías de despacho y vueltas domésticamente a los bajos del Palacio Real, por donde en seis años pasarían treinta y seis ministros. Al mismo tiempo, en los pisos altos intrigan, más seguros, espías y los pretendientes de la «camarilla». A las dos de la tarde todo Madrid se va a casa a comer su eterna olla de garbanzos. Después de dos horas de digestiva siesta, los burgueses salen a pasear y estirar las piernas, que es muy saludable, por el Prado, la Florida, las Delicias, los Tejares del camino real de Alcalá, más arriba del Buen Retiro, por donde suele aparecer el propio rey. Las botillerías, antecedente de los cafés, que ya van tomando carácter de tales establecimientos, tienen a sus

tertulias enmudecidas y atemorizadas, porque la buena gente prefiere tomarse en paz un vaso de limón o leche helada al anochecer en la Botillería de Canosa, en la carrera de San Jerónimo, que es la de moda y después de cenar ir al teatro, bien a la representación de «La Numancia», en el teatro del Príncipe, interpretada por Isidoro Maiquez, tronando por la libertad, o a la ópera del teatro Caños del Peral, donde hace furor, «La italiana»,



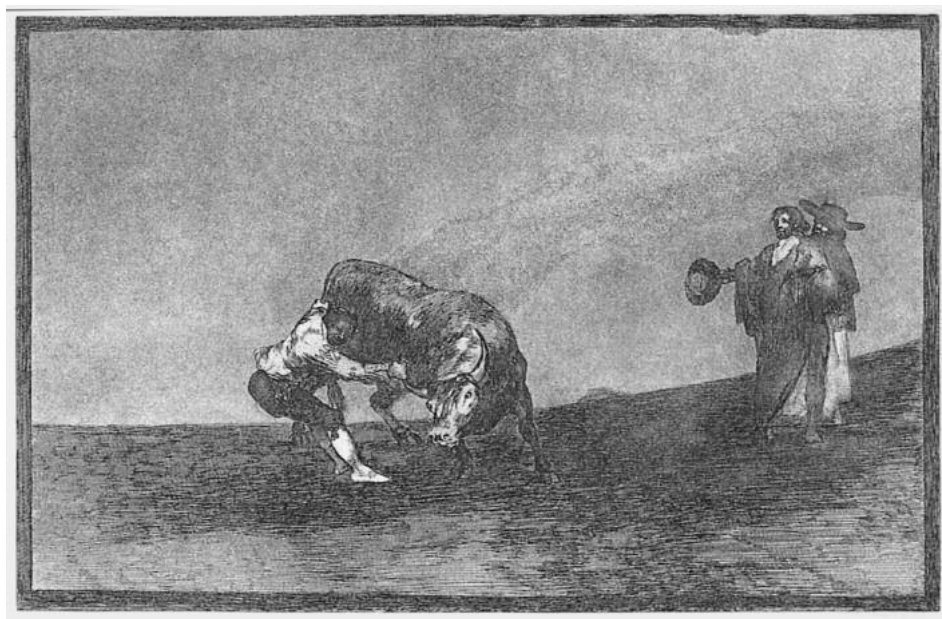
Cuadro de Goya «Celestina y su hija».

de Rossini.

Goya sordo, pinta, dibuja y graba en su casa. Sale poco y se ha distanciado en la práctica de sus funciones de pintor de Cámara, aunque sigue cobrando la nómina. En 1817, Francisco de Goya viaja a Sevilla, se hospeda en casa del joven pintor José María Arango, hace algunos retratos de aristócratas y pinta para el cabildo catedralicio el lienzo al óleo de las Santas Justa y Rufina. Aprovecha su estancia en la capital hispalense para acudir a la Plaza de la Real Maestranza y presenciar su espectáculo favorito, la corrida de toros.

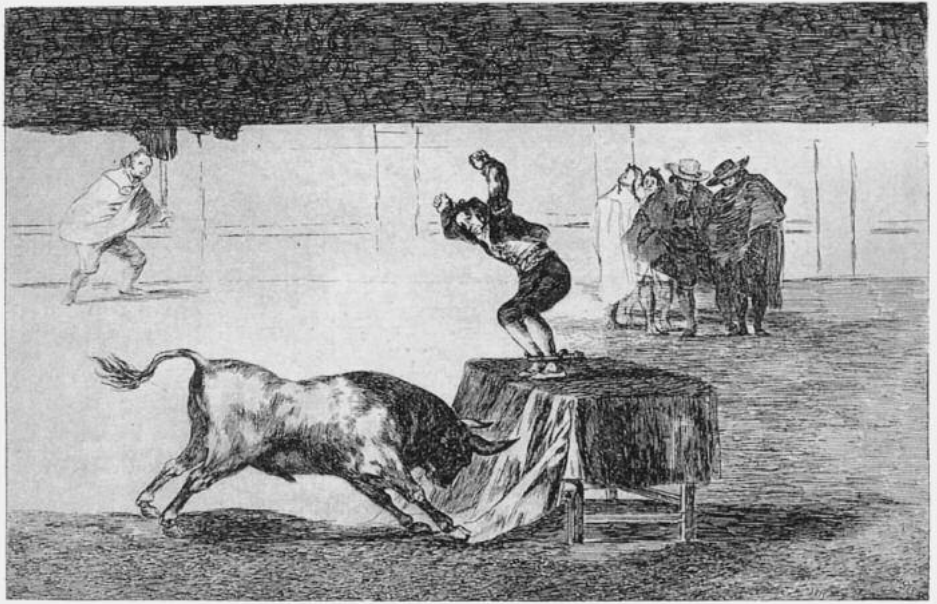
En 1819, Goya se encuentra saludable y vigoroso, es el año que compra la casa de campo, a orillas del Manzanares, que se conocerá por «La Quinta del Sordo». Ha pagado por la propiedad 60.000 reales de vellón. Este año mueren María Luisa y Carlos IV. Unos meses antes, en diciembre de 1818, había fallecido la reina Isabel de Braganza. El pintor de Fuendetodos, estrena en España, la nueva técnica, conocida por litografía, con «La vieja hilando», a la que seguirán otras nueve estampadas.





## El trienio liberal

Antes del trienio liberal se habían sucedido reuniones de sociedades secretas, sociedades patrióticas y tertulias. Se había fundado, desde entonces, para más de un siglo a la madrileñísima tribuna pública del café. Por este tiempo ya se conocen en la capital de España, el café de Lorencini, o de las columnas, en la Puerta del Sol, La Fontana de Oro, en la carrera de San Jerónimo, el de la Cruz de Malta, en la calle Caballero de Gracia y la fonda de San Sebastián. Tertulias frecuentes y famosas, donde el tema por excelencia es la política. A algunas de estas acude el viejo y liberal Francisco de Goya, quien ha pintado a Riego, lienzo que está perdido. También ha plasmado al óleo tres escenas de toros, que más tarde graba en los llamados «Toros de Burdeos». Son dos momentos de la lidia, y el famoso indio americano Mariano Ceballos montado en un toro. En 1823, pinta en la más estricta soledad, los «Disparates» y las llamadas «Pinturas Negras» de su propia casa, la Quinta del Sordo.



## El rey se casa en terceras nupcias

Retrasemos la memoria a cuando el rey Fernando VII, nuevamente viudo y sin descendencia, contrae matrimonio, en octubre de 1819, con María José de Sajonia, de dieciséis años de edad. En noviembre, Goya, que cuenta 73 años de edad, cae gravemente enfermo, por lo que no puede asistir a la solemne apertura del Real Museo de Pintura y Escultura, establecido en el edificio del paseo del Prado y paseo de Trajineros, proyectado por Juan de Villanueva, en tiempos de Carlos III, para Museo de Ciencias Naturales.



El general Rafael de Riego.

Los descontentos con el régimen absolutista que, cada vez son más, acuerdan asesinar al soberano. Corresponde ejecutar el acuerdo al comisario de guerra Richard, que es delatado y paga con la vida el intento. El general Lacy y su colega Vidal corren la misma suerte, mientras Arco, Agüero, Quiroga y Evaristo San Miguel son arrestados en Andalucía, en virtud de delación del conde de Bisbal, de julio de 1819. Mejor éxito obtiene el general Rafael Riego, en el levantamiento en Cabezas de San Juan, el 1 de enero de 1820, secundado por Quiroga. Toma tal fuerza la sublevación liberal que el monarca, el 7 de marzo firma un decreto ofreciendo jurar la Constitución. Lo efectúa, seguido de una amnistía por delitos políticos y con la abolición perpetua del Tribunal de la Inquisición. Se proclama la Constitución en toda España y se recrudece la lucha entre constitucionales y absolutistas, llamados vulgarmente negros y blancos.

En Madrid, el 7 de marzo de 1820, ante un grupo de personalidades representativas de la ciudadanía y a la cabeza de ellos Sáinz de Baranda, el rey jura la Constitución y es el alcalde, quien junto a Fernando VII, desde el balcón de Palacio, da la noticia al pueblo del regio acatamiento constitucional. Seguidamente la familia real saluda a los ciudadanos, y el rey les dice: «Ya estáis satisfechos, acabo de jurar la Constitución y sabré cumplirla». El pueblo congregado ante el Palacio, espontáneamente, replicó: «¡Viva el Rey!», «¡Viva la Constitución!».

Hubo iluminación especial a base de hachones y repique de campanas en memoria por tres muertos, en todos los templos madrileños. Se publicó la Constitución en fascículos y se cantó un *Te Deum* en la colegiata de la calle Toledo, con asistencia de Fernando VII.

Un bando de la alcaldía comunicaba que en su presencia el rey había jurado la Constitución, promulgada el 19 de marzo de 1812 en Cádiz.

El general don Francisco Ballesteros recibió la orden de que el ejército jurara la Constitución. El día 12 de marzo, declarado fiesta nacional, se coloca una lápida en la Plaza Mayor, para recuerdo y pasa a denominarse Plaza de la Constitución, entre bulliciosos festejos. Se inicia el reclutamiento para la llamada

Milicia Nacional, formada por voluntarios de distinta índole social, dedicada a mantener el orden y el gobierno constitucional. Entre un ambiente festivo y triunfalista entra en Madrid el general don Felipe del Arco Aguen, por la Puerta Atocha al frente de los granaderos a caballo, les arrojan flores y suena la música.

El 11 de marzo, Sáinz de Baranda nombra un regidor interventor en los sorteos de la lotería y ordena la publicación de la Constitución y su juramento en todas las parroquias con solemnidad.

El general Quiroga llega a Madrid, y más tarde el general don Rafael de Riego que es recibido triunfalmente por las sociedades patrióticas en la Puerta de Alcalá, que organizan en su honor banquetes en el café de Lorencini, y en el de La Fontana de Oro, foco de instigadores políticos, y una velada en el Teatro del Príncipe, hoy Teatro Español, donde el general, desde un palco, entona la canción titulada «El Trágala» y «El Ladrón» adoptada por los liberales para humillar a sus contrarios. Los constitucionalistas se ven los dueños de la situación, entonces, aparecen los moderados o doceañistas, partidarios de la libertad sin innovaciones violentas, y los exaltados, defensores de las más radicales formas democráticas.

Don Pedro Sáinz de Baranda puso su cargo a disposición del Consejo de Castilla, y el 8 de abril de 1820 fue nombrado alcalde presidente de Madrid don Félix Ovalle, y alcalde segundo don José Pío de Molina. El primero de enero le sucedían el conde de Clavijo y el conde de Goyeneche. En 1822 llegaría al frente de la alcaldía el marqués de Santa Cruz, y en 1823 don Luis Beltrán de Leo.

Fernando VII prepara un golpe de Estado, pero le sale al revés, al percibirse de su propósito, los Ministros reúnen la Comisión Permanente de las Cortes y la Milicia Nacional, logrando el alzamiento contra el rey. El retrato de Rafael Riego es paseado en apoteosis popular por las calles de la villa. Las voces del pueblo le llaman el «Héroe de Platerías», antiguo nombre del tramo de la actual calle Mayor, entre la cava de San Miguel y la calle de Bailén, por ser el lugar donde entregan el retrato al general Martínez San Martín, jefe político de la Corte.

La milicia nacional y la ciudadanía liberal van dominando cualquier conato de insurrección absolutista.

Las fuerzas liberales (milicianos nacionales), el 7 de julio de 1822 en el Arco de Platerías, uno de los accesos a la Plaza Mayor, derrotaron a los batallones de la Guardia Real que se habían declarado rebeldes contra el orden constitucional establecido. Con esta derrota y la retirada a palacio terminó una trágica semana, la primera de julio en que el rey tuvo que aceptar un gobierno hostil a su persona y estuvo a punto de ser depuesto y sustituido por una regencia.

En ayuda de Fernando VII, llegan a España la tropa francesa denominada «Los cien mil hijos de San Luis», al mando del conde de Angulema, dominan a los liberales y se anula el período constitucional que ha durado un trienio. Vuelve el absolutismo para satisfacer rencores y odios del monarca y sus secuaces. Riego es condenado a muerte y ejecutado en la Plaza de la Cebada, siendo arrastrado su cadáver por la calles en un serón.

# Siguen los festejos taurinos, aunque con vicisitudes

Relatados los episodios históricos, políticos y sociales de la época goyesca, reanudemos los hechos taurinos. Representa una efemérides cuando cumpliendo el deseo del público, vuelve a los ruedos Jerónimo José Cándido, después de su obligada retirada en 1812, por una dolencia reumática. Y de nuevo toreado junto a su más directo rival, Curro Guillén, el año 1816. La corrida de reaparición del ídolo de multitudes se organiza en Madrid, el escenario es la Plaza de la Puerta de Alcalá y el público se entusiasma y emociona



Corrida de toros en Madrid.



con la actuación de los dos espadas. Cándido cuenta ya cincuenta y seis años y Guillén cuarenta. La tarde está cargada de gran expectación, con unos aficionados ávidos por cuanto esperan que hagan las dos figuras toreras. El veterano Cándido despliega su repertorio variado, con animo y gallardía, hasta realiza alardes de valor y despena a sus toros de soberbias estocadas de buena ejecución. Curro no le va a la zaga con su toreo de florituras, adornos y majezas, aunque falla en la suerte de recibir, a la hora de matar. Y cuatro años más tarde, llegaría en la tarde del 20 de mayo de 1820, en la Plaza de Ronda lo irremediable. El público que en su mayoría gusta del llamado estilo de la escuela rondeña, no acepta con buen grado el toreo vistoso, alegre y movido de la escuela sevillana, que practica Curro Guillén. Este lidia el primer toro de su lote, de la ganadería de Cabrera, como el resto del encierro, con buenos lances de capa y mulatazos artísticos, sin obtener el beneplácito del graderío, hasta el extremo de increparle y decirle ¿A que no lo matas recibiendo? El espada, cegado de amor propio, olvida que la condición aplomada del toro requería matar a volapié, sin reparar en riesgos, cita al astado obligándolo la arrancada. El astado no obedece el engaño y prende por el muslo al diestro, propinándole una tremenda cornada, se desangra a borbotones por la herida, muriendo en el momento. Su banderillero predilecto, Juan León, que sentía por el maestro gran afecto, en un arranque de locura se arroja a la cabeza del morlaco sin poder salvar la vida de Guillén y poniendo la suya en peligro, al resultar atropellado y cogido sin consecuencias lamentables.

Los sucesos políticos mantienen a España en un estado anormal, perturbado y confuso. Época durante la cual, todas las manifestaciones activas de la vida nacional están desviadas de su curso y se sufren alteraciones y extravíos. Recordemos que de estas circunstancias no podía salvarse el toreo, que pasa por diferentes vicisitudes en este largo período, como la prohibición de las corridas de toros, la decisión de la mayoría del pueblo madrileño de no asistir a los festejos taurinos, por no tolerar la presencia del rey intruso, José I. Gracias que a pesar de los complicados momentos que afectan a la tauromaquia, no dejan de

salir toreros de calidad y méritos. Los lugares que va dejando vacantes Pepe-Hillo, Jerónimo José Cándido y Curro Guillén, los ocupan de manera destacada, Antonio Ruiz «El Sombrerero», Juan Jiménez «El Morenillo», Juan León y Roque Miranda «Rigores». La política que todo lo invade, despierta vivas pasiones en muchas figuras del toreo. Varios toreros que hicieron ostentación pública de su odio a José Bonaparte, fueron perseguidos y acosados. Entre los más rebeldes se distinguió Curro Guillén, que hubo de emigrar a Portugal, porque las autoridades le hacían la vida imposible en España. Después, cuando Fernando VII regresa de Francia, en 1814 y comienza su despótica dictadura con la derogación de la Constitución y encarcelamientos, nacen dos partidos, Absolutista y Liberal, que han de luchar sin tregua hasta la muerte del rey. Blancos y Negros se denominan respectivamente y sus contiendas llegan a extremos de intransigencia y aborrecimiento, que se extiende más allá de la política alcanzando al campo social. En el teatro se libran auténticas batallas entre serviles absolutistas y liberales exaltados, en las cuales no entra la capacidad de los artistas, sino, su filiación política. En las plazas de toros, especialmente en la de Madrid, se provocan altercados graves motivados por los ideales diferentes. En estos sucesos se puede señalar el caso de «El Sombrerero» y Juan León, por ser el más señalado y característico. El primero es voluntario realista, adicto fervoroso a Fernando VII, y el segundo, liberal entusiasta y convencido. Durante el período constitucional viste orgulloso, el uniforme de miliciano nacional. Ambos espadas por su considerable categoría profesional, base obligada en los carteles más importantes de las corridas de Madrid y provincias, habían de figurar en los mismos, porque así lo pedía el público. Su presencia en el ruedo de la plaza de la Puerta de Alcalá, desata la furia de los beligerantes, la gente desde el graderío les injuria, profiriéndoles frases soeces e insultantes, triunfando al final de los estrepitosos choques aquellos que pertenecen al partido en el Poder. La peor parte corresponde a los liberales que durante veinte años no disfrutaron de más mando que los tres años desde el pronunciamiento de Riego hasta la llegada de los franceses, «Los cien mil hijos de

San Luis», con la rendición del gobierno nacional instalado en Cádiz.

Las jerarquías municipales de Madrid, de manera mezquina influyeron en la voluntad popular para que recibieran el 20 de mayo de 1823, a su llegada, a los facciones militares francesas comandadas por el duque de Angulema, «Los cien mil hijos de San Luis» que no eran tantos, ni su progenitor era el mencionado santo, por supuesto.

A su entrada en la Villa y Corte se les enfrentó con dignidad patriótica, las tropas dirigidas por el general Zayas, aunque resultó inútil toda resistencia. El duque entró en Madrid y se formó un Consejo de Regencia. Las casas de los liberales fueron saqueadas y los esfuerzos de los patriotas resultaron insuficientes.

En Cádiz, la Milicia Nacional defendía la independencia de España y la Constitución, mientras Fernando VII, secretamente, se entendía con los franceses, poniéndose cobardemente bajo

su amparo. Cuando los «de San Luis» habían anulado toda resistencia, se volvió al absolutismo más feroz.

Entre tanto se organizaron corridas de toros en honor del duque de Angulema. Los municipios matritenses, en vez de adoptar una actitud despreciativa y de indiferencia, temerosos de perder su puesto se apresuraron a adular al francés. Se organizaron en su honor tres corridas de toros los días 2 y 16 de junio y 4 de agosto de 1823.

En el primer festejo se corrieron 14 toros de la ganadería de don Manuel Bi-



Roque Miranda.

riza, actuando de picadores en la prueba Francisco Javier del Fuego y José Orellana, por la tarde Luis Cochao, Clanvellino, Julián Díaz y Manuel Rivera. La lidia estuvo a cargo de Jerónimo José Cándido, Juan Jiménez y José Antonio Baden con sus correspondientes cuadrillas de banderilleros.

A los dos últimos toros los mató el medio espada (hoy se entiende por novillero) Lorenzo Baden.

Se dispuso que los productos de la segunda corrida se destinasen para aliviar la situación de viudas y huérfanos de las víctimas del aciago día 20 de mayo de 1823, que perecieron en los campos próximos a Las Ventas del Espíritu Santo.

Anunciado el festejo para el lunes 9 de junio, por coincidir con las rogativas públicas de aquel día, se trasladó al lunes 16. Con el talante de adulación a los franceses, los responsables del municipio dispusieron especialmente que la corrida fuese anunciada en francés.

El espectáculo fue presidido por el corregidor don Joaquín Lorenzo y Mozo, se celebró en división de plaza, con una barrera diametral partiendo el ruedo. Actuando de picadores Julián Díaz, Francisco Javier del Fuego, José Orellana, Manuel Rivera, Juan Marchena, Clavellino y Luis Corchao. Los 16 toros fueron lidiados y estoqueados por Jerónimo José Cándido y José Antonio Baden.

En la tercera y última corrida en honor del ejército francés, se lidiaron 15 toros pertenecientes a las ganaderías de Gaviria, Guendalain, Bañuelos, Hernán Chivato y don José Manzanilla. En primer lugar intervinieron los diestros Juan Jiménez y José Antonio Baden que sortearon quién mataba con prioridad y le tocó al primero, después rejoneó José Barbales que resultó cogido y herido. Seguidamente se inflamó un globo aerostático de trece pies de alto, llevando pendiente una firma con la bandera de la Unión de España y Francia en una parte y en la otra una corona de laurel. Se quemó un castillo de fuegos artificiales.

A este festejo no pudo asistir el duque de Angulema por tener que salir la víspera con dirección a Cádiz. Después llegaron noticias que la noche del 30 al 31 de agosto sus tropas atacaron el caño del Trocadero, donde estaban asentados grupos de liberales.

Entre los tumultos que se registran en el coso madrileño, el de más relieve sucede el 13 de junio de 1824. Torean mano a mano «El Sombrero» y Juan León. Es sabido que Juan Ruiz, en público alarde de su fanatismo fernandino, estrenará en la corrida un vestido blanco, representativo de su filiación, seguidamente su colega Juan León encarga le confeccionen uno de color negro azabache. Es mucho el arresto de León, en el tiempo de poderío sanguinario, uno de los más terroríficos de las historias de España. Amigos íntimos tratan de disuadirle del empeño temerario, pero toda reflexión es inútil, puede más su temple de acero y su valor indomable. A la hora de hacer el paseíllo, ambos espadas aparecen vestidos con los colores elegidos. La mayoría de los tendidos ocupados por manolos, chisperos y gente del hampa, que tanto contenta al soberano, con sus generosos halagos y populacheras concesiones, se lanzan a la arena en actitud violenta y acometen a Juan León, que puede zafarse de la multitud agresora, huyendo por el portón del Patio de Caballos, defendido por sus partidarios y de esa manera salva la vida.

Roque Miranda «Rigores» es otro diestro que sacrifica a la política, parte importante de su profesión torera, en la que no brilla como se esperaba, por las aptitudes demostradas en sus principios. Cuando comienza a llamar la atención de los aficionados por sus valores taurinos es elegido sargento de la Caballería de la Milicia Nacional. Considera que el honor del uniforme no ha de consentir correr el riesgo de ser injuriado en la plaza de toros por cualquier causa, o un día de desgracia, que las cosas no salen bien. Abandona la profesión que tanto le seduce, posponiéndola a sus honrados convencimientos liberales. Forma en los escuadrones de la Milicia que acompaña al Rey y a los representantes en las Cortes cuando en marzo de 1823 se trasladan a Sevilla, para defenderse de la invasión del ejército francés. Es allí, en el coso de la Real Maestranza donde se celebra una corrida de toros, a la que asiste «Rigores» como espectador. El público se percata que el diestro madrileño está en el tendido y le pide clamorosamente que lidie un astado, negándose expresivamente por su condición de miliciano y espectador. Insisten

los del graderío y el Presidente del festejo le convence para que desista de su negativa. Salta al ruedo y con singular maestría clava dos pares de banderillas, toma la muleta y la espada, y con breves pases cuadra al toro y lo despena de una estocada a volapié, de perfecta ejecución. Tras este éxito que le llena de popularidad, llega la reacción política y se ve obligado a vivir escondido para librarse de la persecución de los blancos, hasta 1828, cuando Fernando VII, atiende a influyentes amistades del torero y revoca la orden que le prohibía torear en Madrid, como ya a quedado apuntado, pero ya no alcanza los éxitos que prometía al principio de su carrera.



# Goya dona la Quinta del Sordo a su nieto, va a Francia y muere

Francisco de Goya, mientras, en 1824 dona la Quinta del Sordo a su nieto Mariano y encuentra la oportunidad deseada de obtener licencia con sueldo, por seis meses, para tomar las aguas medicinales de Plombières en la zona de los Vosgos al sureste de Francia, con el pretexto de mitigar las enfermedades y achaques que le molestan en su avanzada edad. Aunque su pensamiento es otro, ir al suroeste, donde el facultativo que le trata, el doctor Arrieta, le ha aconsejado. El pintor sin perder tiempo, en cuanto tiene en su poder



Leandro Fernández de Moratín.



la licencia real sale de Madrid y el 27 de junio pasa por Burdeos, como explica por carta Leandro Fernández de Moratín a su amigo el abate don Juan Antonio Melón: «Ha llegado, en efecto, sordo, viejo, torpe y débil y sin saber una palabra de francés. No trae un criado o persona que necesita le atienda, pero contento y deseoso de ver mundo. Ha estado tres días, dos de estos, ha comido con nosotros en calidad de joven alumno del colegio que tiene Manuel Silvela. Le he exhortado a que vuelva en septiembre que no se quede en París y se deje sorprender por el invierno, que podría acabar con él. Lleva una carta para que Emilio Luciano Arnault, autor dramático, vea dónde acomodarle y tome con él, cuantas precauciones se necesitan, que son muchas, y la principal, que no salga de casa, sino, en coche». Termina Moratín agregando, que ya veremos si tal viaje le deja vivo y que mucho sentirá que le sucediese algún trabajo.

A los tres días, con el tiempo indispensable para descansar, sigue Goya con sus setenta y ocho años a costas, directamente hasta París. No se ha sabido qué va a hacer allí, cuando todos sus amigos están en Burdeos, ciudad convertida en centro de los refugiados políticos españoles. Se supone que pretende llegar a ver el Salón de Arte, abierto por ese tiempo, en donde triunfan los pintores franceses Juan Augusto Dominicó Ingres y Fernando Víctor Eugenio Delacroix, posiblemente retenido por algún asunto profesional, tras dos meses y medio en la capital de Francia, el 20 de septiembre se encuentra nuevamente en Burdeos. En su estancia en París, Goya ha ocupado todo su tiempo en visitas y gestiones profesionales. Entre cuantas pinturas realiza, plasma en lienzo al óleo «Una corrida de toros o un picador en ella», que regala a su amigo Joaquín María Ferrer y su esposa. A su llegada a Burdeos, le esperan Leocadia Zorrilla de Weiss con sus hijos, Guillermo y Rosarito, donde se instalan a vivir en un buen cuarto amueblado, y buen paraje, donde pasan cómodamente el invierno. Su vida en la sede del mejor vino francés, es grata, distraída con la novedad y al pronto olvidado de cuanto pasa en España, donde solo su hijo Javier le escribe instándole a que regrese. La vida en la familia la alegra la ju-

ventud de Rosarillo, que estudia dibujo y el arte de la miniatura, la armonía, con Leocadia es buena, a ratos reniega, a ratos divierte. Escribe a la Casa Real, para que le prorroguen su licencia seis meses más. El 17 de enero de 1825, le comunican la nueva concesión autorizada por Fernando VII.

Goya pinta, ensaya haciendo miniaturas y asiste a la tertulia de la chocolatería de Poc. Vuelve a alegrar los cuidados que todavía requiere su enfermedad y achaques, y consigue aprovecharse de un permiso de un año que diligentemente le ha tramitado el duque de Híjar, sumiller de Corps del rey. En octubre trabaja en las diez litografías editadas más tarde, bajo el título de «Los toros de Burdeos», aunque solo cuatro son taurinas, «El famoso indio americano Mariano Ceballos», «Bravos toros», «Diversión en España» y «Plaza partida». Se cambia de casa y se va a vivir en el número 10 de la calle Croix Blanche, como único inquilino. Después se muda a un piso, en la calle Independencia, donde permanecerá hasta el final de sus días. En carta del 6 de diciembre, le escribe el pintor a su amigo Ferrer, a París, para decirle que están ya tiradas sus diez litografías y de ellas le envía un ensayo que representa una corrida de novillos.

La sombra de España no se le va de la cabeza a Goya, a primeros de mayo de 1826, decide volver a Madrid. Regresa solo, harto de los franceses, bien por pura nostalgia de España, por algún fracaso en la colección de litografías, o simplemente porque no acaba de encajar fuera de lo suyo. Todo el encanto de la novedad, de los primeros descubrimientos al instalarse allende el Pirineo, se ha secado ya y le aburre, convertido en rutina. En parte es así, pero una vez que consigue del Rey la jubilación, que le solicita en un memorial argumentado que cuenta ya ochenta años y ha servido cincuenta y tres a los augustos padres y abuelo de Su Majestad, y en razón de que los achaques y los médicos le obligan a pasar a Francia, a restablecer su quebrantada salud. El 17 de junio de 1827, Fernando VII es generoso con Goya, influenciado por la buena disposición del duque de Híjar, uno de los primeros clientes del pintor, se le concede con la integridad del sueldo. Reanuda su vida cotidiana en Burdeos en plena forma y sin dejar de pintar. Su nieto

Mariano pasa temporadas con él, y también escribe a su hijo para que vaya a visitarle.

Goya no declaró abiertamente los motivos que le impulsaron a domiciliarse en Francia, lo guardó para sí, y sólo se excusó alegando razones inconcretas de su salud maltrecha. Con avanzada edad arrastró las incomodidades de los viajes y la lejanía de su ambiente patrio. Pudo ser que la decepción le hundió en un pesimismo insuperable, motivado por las circunstancias políticas del reinado de Fernando VII, que borraron los horizontes del octogenario pintor.

Por ese tiempo una efemérides urbana cabe registrar en 1827: la terminación de la construcción de la obra, con piedra de Colmenar Viejo, de la Puerta de Toledo para ornato de la plaza (hoy glorieta de la Puerta de Toledo) que comenzó durante el reinado de José I y terminó convirtiéndose en Arco Triunfal de Fernando VII. Con la inscripción en el frontispicio: «A Fernando VII, el deseado, padre de la patria, restituido a sus pueblos, exterminada la insurrección francesa, el Ayuntamiento de Madrid consagró este monumento de felicidad, de triunfo y alegría. Año 1827.» Posteriormente en la revolución de 1854 y de 1868, el pueblo arrancó la inscripción que se leía en latín.

Francisco de Goya muere el 16 de abril de 1828, en su casa de la calle de la Independencia, número 39, piso tercero, de Burdeos. Le enterraron en la sepultura bordelesa, donde yacía su consuegro Martín de Goicoechea, padre de Gumersin, la esposa de su hijo Javier, tras solemne funeral oficiado en la iglesia de Santa María. En 1901, los restos de Goya confundidos con los de Goicoechea, son trasladados, sin cabeza, a Madrid, al cementerio de San Isidro. En 1919, pasaron a la ermita de San Antonio de la Florida.

Aunque la vida de Francisco de Goya se abre y se cierra fuera de Madrid, su caudal vital lo absorbe la Villa y Corte, de manera que se identifica con la Capital de España en colaboración mutua. Madrid se beneficia del generoso derroche de humanidad y arte que el pintor otorga, en compensación, Goya se consagra tras pisar suelo matritense, recibir el hálito del Guadarrama y participar en el ambiente tumultuoso, a la vez, aristocrático

y jaranero de la Corte, confusión y regocijo de las Españas, como decía Galdós. Entonces, el Madrid goyesco era y sigue siendo crisol que funde cuanto llega desde cualquier parte de los puntos cardinales. Todos los ambientes torbellinos tienen atracción centrípeta, por esta ley vital, Francisco de Goya cuando se encuentra ya en Madrid, se funde y confunde con la sociedad aristocrática, con el pueblo llano y lo popular, con lo castizo y costumbrista y consecuentemente con lo taurino. El más universal de los pintores de los siglos XVIII y XIX uno de los pinceles más geniales del mundo de todos los tiempos, en su abundante y variada producción artística nada está ausente. Desde la pintura religiosa a escenas de guerra, pasando por cuadros de costumbres. Pasó de lo breve a lo absoluto, le dobió lo feo por hermoso, del negro luciente sacó fruto, siempre, caprichosamente. Volvió lo trágico asombroso, manchó la sombra de brujas, donde apoya la mano dejó vida y color, vistió y desvistió a la maja y toreó con el pincel. En su colosal producción, la Fiesta de los Toros tiene su mejor intérprete y propagandista. La popularidad del espectáculo taurino en su tiempo, en el Madrid goyesco, llega más allá de las fronteras españolas gracias a su obra.

Goya en su actividad confesó que los pintores que habían influido sobre él, habían sido Rembrandt y Velázquez. También se sintió seducido por «El Greco» en la gama de blancos plateados y los carmines. Enriqueció sus recursos técnicos observando la obra de Juan Bautista Tiepólo (1696-1770), representante de la pintura veneciana, y de Antonio Rafael Mengs (1728-1779), de la pintura barroca. Se desligó de la pintura rococó representada por los franceses Juan Antonio Wateau (1684-1721) y Juan Honorato Fragonard (1732-1806). En el Madrid de Carlos III, Tiepólo encendió sus obras con luces claras y resplandores, Mengs, con su característica frialdad y con exactitud, fue expresión teórica y reflexionada del neoclasicismo.

Pintores contemporáneos de Francisco de Goya, conviene recordar además de los ya repetidamente mencionados, a Antonio González Velázquez, José Aparicio, Vicente López, quien le hizo un formidable retrato, Jacinto Gómez y Pastor, José del

Castillo, Luis Paret y Alcázar, Agustín Esteve, Felipe Abas, Rafael Tejeo, Juan Antonio de Rábera, Joaquín Manuel Fernández Cruzado, y sus discípulos más caracterizados, continuadores de su escuela, Leonardo de Alenza, Eugenio de Lucas Vázquez y Jenaro Pérez Villamil.

# El gran pintor benefició a Madrid

El Madrid taurino de Goya se condensa en una época entre la última mitad del siglo XVIII, que la vida española experimenta cambios y mejoras debidas a un Rey, Carlos III, que legisla, gobierna y crea, educando, cambiando y embelleciendo a la capital de España, cuando paralelamente se desarrolla el movimiento ilustrado, pensamiento filosófico para un futuro mejor. Y un inicio del siglo XIX, convulsivo en lo político y en lo social. En el arte la estela de la pintura impresionista de Francisco de Goya y Lucientes marcaría ya una pauta universal gloriosa para ejemplo de generaciones venideras.

